



El Hombre Sin Memoria #3

La tercera zaga de Ricardo Hammer, alias 'Martillo'
Una historia de agentes secretos, romance y violencia

Una novela de

Jorge Morel

1ra. Edición
Diciembre 2025

1ª. Edición. Diciembre de 2025

Este libro es un trabajo de ficción. Los acontecimientos, lugares y personas mencionados en este libro son resultado de la imaginación del autor. Cualquier similitud con personas, hechos u objetos reales es simple coincidencia.

Diseño de tapa: J. Morel

Derechos de autor reservados; cualquier reproducción parcial o total de este texto, si autorización del autor, está estrictamente prohibida.

CAPÍTULO 1

MALAS NOTICIAS

A medida que se interna en la tormenta, el ferry se tambalea violentamente y el casco de hierro gime como una bestia herida. El mar helado presenta una batalla continua: agua negra que se agita entre témpanos fracturados que resuenan con estrepito al chocar entre ellos. Los enormes bloques de hielo suben y bajan con el oleaje, estrellándose contra los costados del ferry. Torrentes de agua cubren la proa, enviando escalofríos a través del barco y agitando los botes salvavidas que se balancean violentamente en sus ganchos.

Me es imposible estimar que hora es, la tormenta se ha tragado la luz y con ella el horizonte; no hay cielo, solo oscuridad y el furioso blanco de las crestas de las olas azotadas por el viento.

Permanezco apoyado en la barandilla, aferrándome con ambas manos para evitar caerme. Puedo sentir el frío penetrando a través de mi abrigo, filtrándose en mis huesos. El aire huele a hierro y sal, a algo antiguo e implacable. Solo veo un paisaje interminable de hielo roto, cada fragmento flotando como un fantasma en la noche.

Me aprieto aún más mi bufanda. No estoy seguro de lo que me espera en la orilla. Cada sacudida del ferry suena como una

advertencia. Desde el puente, el capitán gesticula diciéndome que debo volver al interior, pero el espectáculo me atrae, como si la tormenta misma estuviera poniendo a prueba mi determinación.

Miro al mar como hipnotizado, mi mente vuelve hacia atrás, y revivo los hechos que me trajeron a este momento.

—Gin rummy! Gano otra vez! —exclama Rosie, descansando sus cartas sobre la mesa—. No estás poniendo atención, Ricardo, y sé exactamente lo que te pasa. Extrañas a tu amigo Santoro, no lo niegues; deberías haberte mudado con él, en lugar de vivir conmigo.

Trato de explicarle que está equivocada, le digo:

—Te aseguro, mi cielo, que mi amigo está lo más lejos posible de mi mente. Y sabes que no te miento.

—Entonces estás pensando en Kalemba; debes entender que ya has dejado esa vida en África, las cosas han cambiado.

Rosie no está convencida, se levanta y se sirve un trago sin decir palabra. Está molesta y ello me preocupa. A pesar de que somos amantes desde hace casi un año, todavía no puedo creer que soy tan afortunado como para que ella esté enamorada de mí. Rosie es una modelo famosa; es negra, alta, y con un cuerpo que solo puede describirse como perfecto. Cada uno de sus movimientos exude sensualidad y sus ojos claros atraen de manera irresistible. Pero esas no son sus mayores cualidades.

Viviendo con Rosie, he aprendido a conocerla como persona; su belleza no es ya lo único que admiro en ella. Rosie es una mujer segura de sí misma, que nadie puede manipular. Mantiene siempre una postura recta y elegante e impone autoridad con solo entrar en una habitación. Su mirada, intensa y calculadora, desarma a cualquiera que intente subestimarla.

Rosie fue abandonada por su madre cuando era muy niña y permaneció en un orfanato hasta los quince años, cuando un empresario la descubrió por accidente. El hombre quedó inmediatamente impresionado por su apariencia y sus maneras,

que dotaban en ella las cualidades perfectas para una modelo. Enseguida comenzó a aparecer en las revistas clásicas de la época y, en unos pocos años, pasó de desfilarse para diseñadores emergentes a convertirse en una de las musas de las casas de moda más prestigiosas de Europa.

Y, aunque no puedo entenderlo, a pesar de los muchos hombres de todo nivel social que estarían dispuestos a compartir su vida y su cama con ella, Rosie me ha elegido a mí. Más aun, hay momentos en que demuestra estar celosa. O que teme que me separe de ella. Y este momento es uno de ellos.

Rosie y yo nos encontramos en extrañas circunstancias. Y una de las consecuencias fue la estrecha amistad con el hombre que ella acaba de mencionar, mi amigo Santoro.

Santoro es un agente especial del FBI en Washington y he trabajado para él en un par de misiones. A consecuencia de mi primera misión fue que conocí a Rosie y la razón por la que nos une a los tres una admiración mutua y una sincera amistad.

Y Rosie tiene temor de que una tarde de estas, el teléfono suene y mi amigo Santoro me convenza de tomar parte en otra misión.

Y su temor está justificado. Debo aclarar que no soy un agente. Se puede decir que todo lo contrario, soy un cirujano dental. Las circunstancias que me obligaron a tomar parte en esas misiones fueron de lo más extrañas y no me dieron la posibilidad de negarme. En esas misiones estuve varias veces a punto de perder la vida; una cicatriz de un balazo que llevo en mi estómago no me deja olvidarlo. Pero eso terminó hace meses y Rosie y yo no hemos estado separados más tiempo que el que toman sus sesiones de fotografía o sus desfiles como modelo. El amanecer nos encuentra siempre abrazados y dispuestos a volcar uno en otro nuestras pasiones.

Pero Rosie cree en premoniciones. Ha heredado ese talento de una abuela, según ella una gran bruja de su familia que apenas conoció, y está convencida de que su intuición no falla. Y

últimamente me ha mencionado que presiente que vamos a volver a separarnos. Rosie ha mencionado dos nombres que pueden ser la causa: Santoro y Kalemba.

Ésta última, Kalemba, se refiere al trabajo que realicé por dos años luego de recibirme. Durante ese tiempo, cansado de atender obnoxios clientes en mi práctica en Los Ángeles, acepté un trabajo como voluntario para ‘Doctores Sin Fronteras’, haciendo cirugía y dando clases en un pueblo ubicado en el centro de Sudáfrica, un lugar llamado Kalemba. Esos fueron para mí años de ensueño, cuando me sentí satisfecho y útil de mi profesión e hice amigos que reemplazaron plenamente mis otras amistades. Pero todo eso terminó cuando, en un viaje para atender una conferencia en Dallas, el avión se estrelló y por un tiempo perdí completamente mi memoria. Esa vida romántica en África ya no me pertenece, y me apresuro a tranquilizar a Rosie.

—Mi amor —le digo—, Santoro sabe que él y yo somos nada más que amigos; he dejado bien claro que no tengo intenciones de volver a trabajar con él. Y estoy seguro de que él lo ha entendido; si le quedaba alguna duda, tú te has encargado de quitársela.

Rosie vuelve a la mesa con dos vasos de whiskey y me entrega uno.

—¿Y qué pasa con Kalemba? —su voz suena ansiosa, realmente necesita que disipe sus dudas.

—Kalemba es solo un buen recuerdo. Mis amigos probablemente han pasado a otros destinos y ya sabes lo que pasó con Anika.

Anika era una doctora compañera mía en Kalemba. Cuando falleció en un acto violento, su muerte fue la motivadora de mi segunda misión con el FBI.

Rosie, más tranquila, se sienta en mi falda, toma mi mano y la coloca sobre sus senos.

—Espero que lo que dices sea cierto, sé que no me engañas. Pero, como dice Santoro, tú tienes la facultad de atraer problemas.

En ese momento, como respondiendo a sus palabras, suena el teléfono. Rosie contesta. Es Santoro.

—Santoro —le dice Rosie, en tono de advertencia—, si llamas para proponerle a Ricardo una misión, te advierto que no conoces mis poderes de bruja y te aseguro que no quieres que los desate sobre ti. Así que piensa lo que vas a decir.

Rosie activa el parlante del teléfono y escucho a Santoro riendo. Luego dice:

—No es nada de eso, querida Rosie; ya me lo has advertido y no estoy dispuesto a correr riesgos con tus brujerías. Pero te advierto que lo que tengo que decirle a Ricardo no te va a agradar. ¿Está el allí?

—Te estoy escuchando, Santoro —le digo—; y te adelanto: la respuesta es ‘no’.

—Ricardo, me temo que esta vez no depende de ti. He recibido una llamada completamente inesperada. He hecho arreglos para que nos encontremos, llego al aeropuerto de Dallas mañana a las 9:30. Es así de importante. Y ahora voy a cortar, no me siento seguro de lo que puede hacerme Rosie, aun por teléfono.

Cuando cortamos la comunicación, miro a Rosie; sus ojos despiden fuego.

El día siguiente, mi amigo Santoro está sentado en el living de nuestro departamento. Como de costumbre, viste el atuendo de agente del FBI: traje liso de gabardina negra con la chaqueta suelta para disimular el arma reglamentaria, camisa blanca, corbata oscura y zapatos Oxford, también negros.

Santoro es más que un agente especial. Está a cargo del departamento del FBI que investiga los mayores crímenes federales. Ha cumplido los 53 años y no tiene la apariencia típica de un agente del FBI; su baja estatura y sus anteojos de gruesos cristales lo hacen parecer más a un corredor de seguros que a un agente. Cuando veinte años atrás ingresó en el FBI, a pesar de su

apariciencia, sus jefes se percataron inmediatamente de su gran intelecto. Santoro demostró tener una excelente cualidad de análisis y un inusual talento para tomar decisiones y planear operaciones. Ascendió rápidamente la escala de posiciones y en unos años llegó a ocupar la preciada posición de jefe de departamento, con 350 agentes bajo su control. Su falta de arrogancia y su tranquilo temperamento hacen que sea respetado y apreciado por los agentes bajo su mando.

Todas esas cualidades no significan nada para Rosie; lo aprecia, pero lo ve como el conducto a que yo sea asignado a otra misión y que resulte en nuestra separación por un tiempo. Por eso, en lugar de permanecer como yo sentada frente a mi amigo, se mantiene en pie, descargando en él una expresión acusatoria. Santoro ha captado la situación y comienza diciendo,

—Antes que nada, quiero decirles que soy solo un mensajero y no el causante de lo que les voy a explicar. Por el contrario, Ricardo, mi intervención ha evitado que agentes de Interpol se aparecieran en tu puerta con una orden de captura.

Las palabras de Santoro, aunque llevan la intención de tranquilizarnos, nos estremecen.

—¿*Captura?*, ¿*Interpol?* —repito en voz baja, completamente desconcertado—. ¿De qué demonios estás hablando?

Voy a decir algo más expresando mi confusión, pero Sofie me interrumpe. En un tono de seriedad absoluta, dice:

—Mejor que te expliques, Santoro. Pronto y sin vueltas.

—Déjenme decirles que estoy tan sorprendido como ustedes —dice mi amigo en tono de disculpa—. Esto no es en absoluto un asunto del FBI. La orden viene desde mucho más lejos —mira a Rosie—. Por favor, Rosie, siéntate. Me siento como si estuvieras por asesinarme.

Rosie se acomoda a mi lado y me toma la mano, apretándola con fuerza.

Santoro se levanta, se quita su chaqueta, deja el correaje con el revólver sobre una repisa, se acomoda en el sofá y continúa.

—La razón por la que estoy aquí en lugar de Interpol es puramente por la gentileza profesional que los policías tenemos entre nosotros, y que trasciende las fronteras.

Hace una pausa y continúa:

—Hace dos días recibí un llamado de Johan Olef, un viejo amigo con el que he trabajado en algunos casos en países escandinavos.

Se detiene y mira a Rosie como rogando.

—Querida Rosie, ¿Sería posible que me sirvieras un trago de cualquier cosa? Mi garganta está reseca.

Rosie se levanta y por sorpresa pone un beso en la mejilla de Santoro, indicándole que lamenta sus palabras acusatorias. Luego se dirige al bar. Cuando regresa, lleva en sus manos tres vasos con whiskey y hielo.

—Viejo zorro —le dice a Santoro en tono de broma—, si no fuera porque le salvaste la vida a Ricardo, en un hechizo te haría crecer las orejas como las de un burro.

Los tres bebemos; el ambiente se ha calmado y Santoro continúa.

—Luego de que la *'Polisen'*, la policía sueca, trató de ubicarte sin tener éxito, decidió pedir ayuda a Interpol. Olef, mi amigo, es el agente encargado del enlace entre Interpol y la Polisen. Él y yo solemos comunicarnos periódicamente y charlar sobre nuestros casos. Cuando Olef leyó la orden de captura, recordó que yo le había mencionado tu nombre en uno de mis casos. Olef rompió el protocolo al avisarme.

»Verás Ricardo. Normalmente, en un caso así, el aviso de antemano daría la posibilidad de que la persona se fugara. Pero Olef me conoce lo suficiente y cuando le dije que yo hablaría contigo para que te presentaras tú mismo ante la policía sueca, accedió a demorar el pedido de captura, aunque me dijo que no tiene idea del motivo por el que quieren verte.

—¿De manera que no sabes porque me buscan?

—Así es Ricardo. Supongo que te enterarás cuando llegues a Suecia.

Rosie protesta,

—Suecia queda muy lejos. Si necesitan interrogarlo, ¿Por qué no vienen aquí? Ricardo es un ciudadano de los Estados Unidos, tiene derechos, puede apelar su extradición.

Santoro no está de acuerdo.

—Rosie, entiendo lo que me dices; pero no es una buena idea. No sabemos de qué lo acusan y ni siquiera si está siendo acusado de algo. Conozco a Olef, el me avisó y me dijo que tratará de obtener más información. No hay necesidad de antagonizarlo. Lo mejor es que viajes a Suecia y hables con ellos.

Luego, como disculpándose, dice:

—Querida Rosie, sé que estás pensando en acompañar a Ricardo, pero te aseguro que es mejor que no lo hagas. Tu eres una persona conocida en Europa. Si Ricardo llega contigo a Suecia, las autoridades pueden considerar que piensas usar tus relaciones para inmiscuirte en el caso. Deja que él vaya solo.

Todo esto ha comenzado a preocuparme, interrumpo.

—Mientras permanezca en Suecia, sea lo que sea, ¿Puedo contar con el respaldo del FBI?

—Lamentablemente, no. No eres un agente en actividad y además el FBI no tiene influencia fuera del país. Pero cuando viajes, voy a pedir que el director del FBI llame al consulado estadounidense en Estocolmo y le avise de tu llegada. Es posible que por unos días te sigan y se aseguren de que estés bien tratado. Y me aprovecharé de mi amistad con Olef para que Rosie y yo estemos bien informados de que sucede contigo.

Trato una última posibilidad:

—¿No puede tratarse de un error? Hammer es un apellido bastante común.

—Fue lo primero que pensé —dice mi amigo— pero Olef me envió la fotografía incluida con el pedido de captura y no cabe duda, eres tú.

Los tres permanecemos en silencio. En menos de una hora, todo ha cambiado para mí y para Rosie.

La charla continuó hasta bien entrada la noche. Rosie se retiró y mi amigo y yo disfrutamos de una charla típica de dos viejos amigos que se encuentran después de meses separados.

CAPÍTULO 2

SÄPO

En el número 2 de la calle Bolstomtävägen en Estocolmo está ubicado el edificio 'Säkerhetspolisen' comúnmente conocido como (Säpo).

El edificio de cinco pisos, de líneas modernas, alberga los 1500 agentes que se encargan de la seguridad nacional, la lucha contra el terrorismo, la contrainteligencia, las amenazas cibernéticas y la protección de funcionarios de alto rango, incluidos el primer ministro y la familia real, como lo atestigua el escudo-emblema con la corona, colocado en la pared al frente.

En otras palabras, Säpo es el equivalente del FBI en los EEUU.

En una de las oficinas de este edificio tiene lugar una reunión convocada por el Agente Jefe de Sección Oscar Anderson.

Anderson tiene 32 años y es relativamente joven para ocupar la posición de Agente Jefe de Sección , pero ha demostrado ser competente y es respetado por los agentes bajo su mando.

Anderson es uno de los pocos agentes que ha disparado su arma en una acción relacionada con su trabajo. Cabe notar que Suecia es un país amante del orden. Tiene una población de cerca de 11 millones y el promedio de homicidios por año en todo el país es alrededor de 100 homicidios, proporcionalmente, 5 veces menos que los EEUU. De manera que menos del 1% de los agentes de seguridad llegan a disparar su arma reglamentaria durante toda su carrera.

Pero esa no es la razón por la cual le han asignado esta vez el liderazgo de la misión. Aparentemente, ésta es una misión que requiere especial intelecto, perseverancia, y sobre todo discreción. Anderson ha demostrado tener todas esas cualidades en abundancia.

Con Anderson están reunidos dos agentes, un hombre y una mujer. Johan Peterson, un veterano de 52 años, es un experto criminalista y ha estado con Säpo por más de treinta años. Greta Johanson, es una agente de campo, con dos años en el departamento. Greta es alta, con corto cabello rubio muy claro, ojos azules y con la atractiva figura de una atleta olímpica. Greta es una campeona olímpica en biatlón, un deporte que combina esquí de fondo con tiro con rifle y que requiere no solo resistencia física sino también nervios de acero. Esa habilidad la hace deseable en el departamento para misiones que requieren movimiento a través de las enormes regiones heladas del norte de Europa

Anderson comienza la reunión diciendo,

—Como ven ustedes, esta es una reunión muy limitada. Esto se debe a que debe mantenerse todo en absoluto secreto. Gente

importante parece estar interesada en el asunto y necesitamos actuar con máxima discreción. La orden viene directamente de la Corona. Debemos encontrar la raíz del problema y eliminarla de cuajo.

Los dos agentes se miran uno al otro, conmovidos por la seriedad de las palabras de Anderson.

—Ahora vamos al grano —dice—. ¿Alguno de ustedes ha estado o ha oído hablar de Alltärvitt?

Persson y Johanson permanecen en silencio.

—Alltärvitt es un pueblo al extremo norte de Suecia, en el borde con Finlandia. Yo mismo tuve que buscarlo en el mapa.

Los agentes se preguntan cuál puede ser la importancia de un pequeño pueblo aislado en una de las partes más inhóspitas del planeta.

Anderson continúa:

—Alltärvitt significa “Todo es blanco” y originalmente era una villa ubicada en territorio Noruego. Por supuesto no conocen el nombre, pero lo reconocerían si fueran rusos. Alltärvitt produce el caviar más apreciado y caro del mundo. En una época había allí una mina de tungsteno, un metal usado para fabricar armas, pero fue cerrada. Durante la segunda guerra, cuando la mina producía, Suecia hizo un trato con Noruega, adquirió un estrecho pasaje que llega desde el Mar Noruego hasta Alltärvitt y aprovechó la salida al mar para enviar por barco los metales a Rusia. Pero al final de la guerra los técnicos suecos que fueron enviados por el gobierno para desactivar la mina descubrieron algo más.

Anderson muestra en la pantalla un mapa de la península escandinava. Un pequeño punto en el extremo norte de Suecia muestra la ubicación de Alltärvitt, sobre la costa del Mar de Noruega.

—La zona —explica el jefe de sección —, contiene fuentes termales que crean las condiciones ideales para el hábitat de un pez en particular: el esturión Beluga. Los locales levantaron una

planta para procesar el caviar y el pueblo creció hasta llegar a lo que es hoy. La pesca del esturión y la planta son las únicas industrias del pueblo; los rusos pagan millones de rublos por año por el caviar y absorben casi toda la producción. En la actualidad, el pueblo tiene cerca de mil habitantes y, gracias al caviar, mantienen un tolerable nivel de vida.

»Digo 'tolerable' porque en esa zona el invierno significa una oscuridad casi permanente y las tormentas pueden cortar toda comunicación durante semanas. Los forasteros rara vez visitan, y parece ser uno de esos lugares donde todos conocen los asuntos de todos.

Anderson pausa para que los agentes digieran su explicación. Peterson y Greta Johanson han entendido que su trabajo se va a llevar a cabo en este lugar extraño, en condiciones extremas.

—Ahora vamos a su misión. En Alltärvitt, han ocurrido varias muertes inexplicables, que la policía local no ha podido resolver. Hace unos meses, un pescador llamado Bjork fue encontrado muerto, flotando en el mar. Su barco fue hallado amarrado al muelle, sin señales de violencia. Se supuso que el hombre, que era aficionado a la bebida, había caído al mar y había muerto ahogado.

Los agentes permanecen atentos, ansiosos por saber cuál será su tarea. Anderson ojea sus notas y continúa:

—Unos meses más tarde, luego que la maestra local, una mujer mayor llamada Frida, falló por varios días en presentarse a su trabajo, la policía fue a su cabaña y la encontró vacía. Su moto de nieve seguía allí. Vivía sola, de manera que no se pudo determinar si faltaban alguna de sus pertenencias. Se pensó en la posibilidad de que hubiera abandonado el pueblo, pero gente de la escuela declaró que ella nunca haría algo así sin avisar. Su caso, al igual que el del pescador, sigue abierto.

Peterson, el agente veterano, interrumpe diciendo,

—*Todo esto es muy interesante, jefe, pero las desapariciones de ese tipo son normalmente investigadas por la 'Polisen' (la policía sueca). En esos pueblos aislados, en medio de áreas congeladas y tormentas que llevan la temperatura a menos de 30 grados bajo cero, los casos de gente perdida en la nieve o desaparecida son ocurrencias comunes. ¿Porque razón debe Säpo meterse en esto?*

La pregunta es lógica y Anderson tiene lista la respuesta:

—*Tienes razón, Johan; pero hay algo más. Hace tres semanas un veterano del pueblo, un hombre llamado Lukas, no volvió de un viaje de caza. Se organizó una búsqueda y su cuerpo fue encontrado a dos kilómetros del pueblo. El forense no pudo determinar la causa de su muerte, su cuerpo estaba destrozado. La muerte fue oficialmente declarada como un ataque de un animal salvaje. Con el cambio de clima se han visto osos polares por el área. Pero la moto de nieve estaba intacta y, aún más extraño, su rifle no había sido disparado. Los que lo conocían coincidieron en que Lucas era demasiado experimentado para ser sorprendido por un oso, sin posibilidad de defenderse.*

Anderson pausa por un momento y continúa,

—*Hay aún más. Ante el fracaso de la policía en descubrir que sucede, gente importante, aunque no se quienes puede ser, han hecho llegar su desconformidad a la Corona. Como dije, la orden viene directamente de arriba.*

Johan y Greta permanecen callados, tratando de digerir lo dicho por Anderson.

—*¿Cómo quiere que procedamos, jefe?* —pregunta Greta—. *Esto parece más un trabajo de investigación que otra cosa. Estoy dispuesta a hacer lo necesario, pero hasta ahora mi trabajo ha sido perseguir y atrapar delincuentes ya identificados. Puedo seguir rastros y desarmar a cualquiera, pero me imagino que Peterson —refiriéndose al otro agente presente—, con su experiencia como criminalista, tomará la delantera.*

Anderson sonríe, está acostumbrado a que los agentes intenten definir la mejor manera de ejecutar una misión.

—Entiendo lo que dices, pero no va a ser así, Greta. Tu irás a Alltärvitt y estarás a cargo del caso. Pero no todavía. Creemos que hay una posibilidad de obtener más información. La policía local investigó los tres casos y, aunque no pudo conectarlos entre ellos, encontró un nombre común. Un carácter llamado Ricardo Hammer parece haber tenido alguna relación con estas víctimas. Interpol lo ha ubicado en un lugar de Texas y ha estado de acuerdo con ser entrevistado. Debe llegar a Estocolmo mañana.

CAPÍTULO 3

ESTOCOLMO

El avión de SAS, Aerolíneas Escandinavas, aterrizó en el aeropuerto de Estocolmo a las 5 de la tarde, luego de un viaje de 9 horas. Una hora más tarde, sometido al cambio de hora, estoy durmiendo en mi cuarto del hotel.

El día siguiente, sin levantarme, miro el reloj. Son las 6 de la mañana, he dormido durante 12 horas. Enciendo la televisión y veo en la pantalla la página del hotel, incluyendo el menú del desayuno. El largo descanso ha evaporado el temor y la preocupación que me acompañaron durante todo el viaje y me siento rejuvenecido. Decido arriesgarme y en vez del ‘desayuno americano’, elijo un *frukost*, un desayuno típico de Suecia.

Tomo el teléfono y estoy por decirle a la operadora que me comunique con la policía, cuando llega mi desayuno. Seis minutos luego de haberlo pedido: una muestra de la eficiencia sueca. Cuando destapo los platos me llevo una sorpresa; el desayuno consiste en pan negro, yogurt, dos huevos duros, una selección de frutas y café. Los escandinavos toman el desayuno muy en serio.

Cuando termino, decido que es hora de llamar a los responsables de mi presencia en Suecia y pedir explicaciones. Le pido a la telefonista, que habla en perfecto inglés, que me comunique con el número que me dieron antes de dejar Dallas. Supongo que es el número de la policía. Cuando contestan, antes de que pueda hablar, una voz de hombre dice:

- Señor Hammer, a las 7 va a pasar un vehículo a recogerlo. La voz me sorprende, tardo un momento en contestar. Confuso, pregunto,
- ¿Estoy hablando con la policía?
- No exactamente, señor Hammer. Este es *Säpo*, el Departamento de Investigaciones.
- Me doy cuenta de que la voz en el teléfono no me dice nada más que lo estrictamente necesario. Pregunto:
- ¿Saben ustedes en que hotel estoy?
- La vos toma ahora un tono pedante.
- Señor Hammer, lo hemos seguido desde que dejó el aeropuerto. ¿Algo más?
- Corto la comunicación sin decir nada.

A las 7 de la mañana estoy parado en la puerta del hotel. Un automóvil se detiene. En una puerta, sobre dos grandes cuadrados pintados de color azul y amarillo, tiene la palabra ‘polis’. Cuando me acerco, el chofer desciende del coche y me abre la puerta. Supongo que le han dicho que soy alguien importante, pero estoy equivocado. Más tarde voy a descubrir que la policía sueca actúa de manera extraordinariamente educada.

Me siento en el asiento trasero, el chofer, uniformado de azul con un chaleco también de color azul y amarillo, me mira por el espejo sin decir nada.

En el hotel tuve oportunidad de leer sobre Estocolmo en una guía turística y aprovecho el viaje para disfrutar de mi primera vista de la ciudad.

Según la guía, Estocolmo es una ciudad que define el término ‘modernismo’. Altísimas torres de vidrio y acero se levantan a lo largo de la costa del Mar Báltico. El subterráneo -conocido como ‘T-bana’- y los trenes metropolitanos se mueven por la ciudad a alta velocidad, con precisión y sin conductor. La tecnología está infiltrada profundamente en la conducta diaria, de una manera que deja atrás a las ciudades de Estados Unidos. Los habitantes

de Estocolmo se mueven despreocupados, sin el temor que permanece siempre tangible en otras ciudades.

Los autobuses y taxis funcionan con biocombustibles, barrios enteros como el llamado Hammarby Sjöstad funcionan como modelos ecológicos, alimentados con energía mayormente producida por fuentes renovables. Los parques y vías fluviales están tan limpios que es posible nadar o pescar a pocos minutos del centro de la ciudad.

Por la noche, el horizonte brilla con una paleta futurista: puentes iluminados, instalaciones de arte a lo largo del paseo marítimo y arquitectura moderna que se alza junto a iglesias históricas. Estocolmo es una ciudad que equilibra elegancia e innovación, una metrópolis moderna envuelta en calma nórdica.

El recorrido hasta el cuartel de Säpo lleva 20 minutos. Cuando llegamos, el policía chofer se baja y de nuevo me abre la puerta. Me mira con curiosidad, pero no ha dicho una palabra en todo el viaje.

Cuando entro al moderno edificio, inmaculadamente limpio, y me acerco al mostrador, antes de que pueda decir nada, la mujer en elegante atuendo sentada detrás me dice:

—Bienvenido a Estocolmo, señor Hammer, por favor déjeme ver su pasaporte.

Luego que verifica que efectivamente soy yo, me señala un salón adyacente.

—Por favor espere en ese salón. ¿Le puedo hacer llegar café o agua?

Le agradezco, le rechazo la oferta y entro en el salón indicado. Me acomodo en uno de los comfortable sillones y espero. Diez minutos más tarde veo entrar a los que supongo serán mis interrogadores, un hombre y una mujer. Me levanto, el hombre extiende su mano y se la estrecho.

—Señor Hammer —me dice—, le agradecemos que haya accedido a hablar con nosotros. Soy el Agente Jefe de Sección

Oscar Anderson. Mi acompañante es la agente Greta Johanson. La señorita Johanson estará a cargo de la misión.

La mujer, alta, de cabello rubio muy corto, me estrecha la mano con firmeza, me ofrece una sonrisa de dientes perfectos y me mira con ojos inmensamente azules. Me da la impresión de que todas las personas en Suecia tienen ojos azules.

Mientras Anderson me pregunta perfunctoriamente cómo me fue el viaje, estudio brevemente a los dos agentes. El agente a cargo lleva un traje de color crema, una camisa celeste con una corbata con rayas y zapatos marrones. Un agente del FBI se suicidaría antes de ser visto en esa ropa.

La agente lleva un traje de pantalones color oscuro y una blusa de colores brillantes muy ajustada. Su cuerpo y sus movimientos exuden fortaleza. Noto que ninguno de los dos está armado.

Me piden que los acompañe y tomamos el ascensor. Cuando lo dejamos y caminamos hacia la oficina veo, a los que son indudablemente agentes, vistiendo casacas de fútbol u otras prendas completamente informales. Cuando paso me saludan con la cabeza, en un gesto de bienvenida. El lugar no podría ser más amigable.

Llegamos a un cuarto, Anderson abre la puerta y me invita a entrar. Le hago un gesto de cortesía a la agente para que ella entre primero y me mira sorprendida. Las mujeres suecas creen en la igualdad entre los sexos.

Cuando entramos en el cuarto me llevo una sorpresa. Esperaba ver el arreglo típico de los cuartos de interrogación de la policía de Estados Unidos: una mesa de metal con anillos para sujetar las esposas, tres sillas de metal y un espejo de vista de un lado en la pared. Y una cámara discretamente colocada en un rincón.

En cambio, veo una mesa rodeada de varias sillas de moderno diseño. Sobre la mesa hay varios anotadores y lápices, prolijamente ordenados, y en un rincón una máquina de café. A

un costado, sobre una pequeña mesa, hay un moderno proyector de fotografías digitales y, del lado opuesto, una pantalla enrollada.

Anderson me invita a sentarme y los dos agentes se sientan enfrentándome. Toma su teléfono y dice unas palabras.

—Antes de comenzar, vamos a completar unos asuntos legales, el abogado llegará en unos minutos.

Para este momento, la aprehensión que sentí en los últimos días, desde que hablé con Santoro, ha desaparecido. Me doy cuenta de que, contrariamente a lo que pensé, no voy a ser interrogado, voy a ser entrevistado. Esta gente no me trata como un acusado, no piensan que haya hecho nada malo, solo quieren hablar conmigo. No sé sobre qué, pero no importa. Mañana tomaré el avión y por la noche estaré de nuevo en los brazos de Rosie.

Luego de unos minutos entra un hombre que viste un traje oscuro y una camisa blanca con una corbata lisa. Es el primer hombre que veo en ropa formal, tiene que ser el abogado. Luego de darme la mano, me habla en forma mecánica, en perfecto inglés.

—Señor Hammer, mi nombre es Baldur. Soy abogado y estoy aquí para informarle de sus derechos.

¿Derechos? —pienso— ¿Por qué necesito derechos?

Sin detenerse, Baldur coloca dos hojas de papel frente a mí en la mesa y continua:

—Usted está aquí por voluntad propia y ha concedido en responder algunas preguntas. Puede negarse a responder a alguna o a todas las preguntas que se le hagan. No está detenido y puede dejar el cuarto en cualquier momento. Si durante su entrevista usted sufre cualquier malestar, inmediatamente tendrá servicio médico a su disposición. Mi nombre y número de teléfono están al pie del documento. Si en cualquier momento usted considera que ha sido maltratado, tengo la obligación de ponerlo inmediatamente en comunicación con el consulado de los Estados

Unidos. El documento está escrito en sueco y en inglés, por favor léalo y firme las dos copias.

Hago lo que me pide y el abogado toma el papel y se retira. Se supone que sus palabras debían tranquilizarme, pero el efecto ha sido el contrario. Anderson nota mi seriedad y dice:

—No debe preocuparse, Sr. Hammer; es solo una formalidad. Los suecos somos muy aferrados a las reglas. ¿Desea tomar un descanso y servirse un café?

Siento que mi garganta está seca.

—Si es posible, agradecería un vaso de agua.

—Por supuesto. La máquina dispensa café, agua caliente y agua helada.

Miro a Greta, la agente, esperando que me traiga un vaso de agua. Pero su mirada dice que si quiero algo, debo servírmelo yo mismo. Es mi primera lección, tengo mucho que aprender sobre las mujeres escandinavas.

Cuando volvimos a quedar los tres solos, la presencia del abogado había creado un poco de tensión en el ambiente, pero ésta desaparece mientras hacemos una pausa y tomamos un café. Cuando terminamos, Anderson va directo al tema:

—Señor Hammer; la razón por la cual le hemos pedido que se haga presente es que pensamos que usted nos puede ayudar en la investigación de un caso que ha resultado sorprendentemente complicado.

Anderson pausa, me mira, y yo asiento con un gesto. Por fin voy a saber qué es lo que quieren de mí. Anderson se levanta, enciende el proyector y la pantalla se abre. Luego de un momento aparece la imagen pixelada en blanco y negro de un hombre sentado en una moto de nieve, sosteniendo un rifle en una mano y un zorro muerto en la otra.

—¿Conoce usted a esta persona? —me pregunta el agente.

Estudio el rostro en la pantalla. La fotografía es bastante nueva y se ve con claridad. Pero el rostro no me es familiar.

—No creo conocer a esta persona, agente.

—A ver si esto ayuda.

Anderson manipula un botón y la imagen del rostro del hombre llena la pantalla. Pero sigo sin ubicarlo. Repito:

—Lamentablemente no puedo decir que conozco a esta persona, agente. Quizás si me dice quién es o donde está en este momento...

—El nombre es Natham Lucas. Hace aproximadamente tres semanas apareció muerto.

Las palabras del agente hacen impacto. Greta, la agente, permanece callada, pero me mira con intensidad, observando mi reacción. Vuelvo a estar preocupado. Le digo a Anderson,

—Lo lamento, agente, pero no creo haber conocido a esta persona. ¿Qué les hace pensar que puedo estar relacionado con él?

Anderson no me contesta y cambia la imagen. Ahora es el rostro de una mujer de unos cincuenta años en uniforme de maestra, mirando directamente a la cámara y sonriendo.

—Su nombre es Ana Frida. Era maestra en la escuela del pueblo.

'Era', dice el agente. Es otra persona fallecida. Pero no creo haberla conocido. Mi respuesta es la misma.

Lo mismo sucede con la tercera imagen. Es un hombre de edad media, con una gran barba, en ropas de pescador, aferrado a una cuerda en la cubierta de un barco de pesca.

Anderson insiste:

—¿Lamento insistir, pero está completamente seguro de que no ha conocido o ha tenido algún tipo de relación con estas personas? Estas fotografías tienen solo cuatro o cinco años.

La voz de Anderson sigue siendo amable, pero las palabras se han vuelto acusatorias. Él y la agente permanecen en silencio, como esperando que confiese un secreto; parecen estar convencidos de que les estoy negando la información que necesitan. Están seguros de que conozco a esta gente. Busco frenéticamente en mi memoria. En un momento pienso en la

posibilidad de haber conocido a alguna de estas personas antes de sufrir la pérdida de memoria en el accidente. Pero estoy seguro de que mi memoria ha vuelto completamente. No hay momentos en blanco o dudas. Excepto por el momento mismo del accidente, donde por unos minutos perdí el sentido, recuerdo todo: mis amigos y mi trabajo en África, mi estadía en el hospital, mi relación con Margaret, la enfermera y por un corto tiempo mi amante. Mis dos misiones con el FBI que resultaron en mi estrecha amistad con Santoro. Y mi apasionado romance con Rosie. No hay espacios vacíos.

Anderson interrumpe el silencio.

—Veamos —me dice—, quizás pueda explicarme esto.

Mientras estaba concentrado en mis pensamientos, Anderson ha proyectado una nueva fotografía. Vuelvo mis ojos a la pantalla y me quedo inmóvil.

En un marco completamente blanco de nieve helada, aparecen sonriendo cuatro personas. Tres son las personas de la fotografías anteriores y el cuarto soy yo.

En un momento queda aclarado el enigma. La cuarta persona en la imagen, vestido en un equipo de nieve, con el rostro completamente visible a pesar de los anteojos oscuros, es mi fallecido idéntico hermano mellizo. El verdadero Ricardo Hammer.

CAPÍTULO 4

LA SOMBRA DE RICARDO

La visión que reconocí inmediatamente en la fotografía, la súbita aparición de su rostro, me conmovieron de tal manera que un escalofrío se extendió por mi cuerpo y sentí que el cuarto giraba. Mi mente rechazó la imagen, pero mi ser se estremeció ante la inevitable verdad. El rostro no pertenecía a un fantasma o a un recuerdo, sino a mi hermano, un hombre que creía muerto.

Anderson, alarmado al ver mi reacción, decidió terminar la reunión ahí mismo. Me hizo conducir al hotel con el acuerdo de que nos reuniríamos otra vez el día siguiente. En el hotel, sentado en la cama de mi cuarto, trato de ordenar la confusión y el torbellino que inunda mis pensamientos.

Increíblemente, el fantasma de mi hermano ha aparecido una vez más para complicar mi vida.

Mi hermano mellizo y yo éramos idénticos. El nombre de mi hermano era Ricardo y el mío Félix. Solo nuestros padres y una tía que nos crio podían distinguir uno del otro. Los dos crecimos en un hogar de clase media alta; mi padre era un cirujano dental, y mi madre era abogada, con una clientela exclusiva. Los dos fallecieron cuando teníamos siete años y pasamos al cuidado de una tía llamada Sofie.

Mi padre nos había dejado la casa y un buen fideicomiso y, en nuestra juventud, disponíamos de todo lo que dos jóvenes pueden requerir para cementar una vida próspera.

Yo seguí los pasos de mi padre, me gradué como cirujano dental y abrí una oficina en uno de los barrios más distinguidos de Dallas. Mi tarea consistía mayormente en cirugía cosmética en gente rica. Luego de un par de años, cansado de la futilidad de mi trabajo, me ofrecí de voluntario con la organización ‘Doctores sin Frontera’ y trabajé por dos años en Kalemba, un pequeño villaje al sur de África. Ese periodo, operando principalmente en niños y gente sin recursos, fueron los años más gratos de mi vida. Hice amistades con gente que pensaba como yo, y la satisfacción que me brindaba mi trabajo superaba en gran manera la compensación monetaria de mi trabajo anterior.

Pero cuando todo parecía marchar bien, la sombra de mi hermano vino a interrumpir mi vida, cambiándola radicalmente.

Mi hermano Ricardo, desde joven, siguió un camino diferente y eligió una vida rebelde que repudiaba las convenciones que regían nuestra vida privilegiada. A los 17 años desapareció de casa y nunca más lo volvimos a ver. Solo de noticias de segunda mano pude tener vistazos de su vida. Su carrera fuera de la ley fue progresando hacia el lado oscuro y su reputación llegó a alcanzar un nivel internacional. El FBI, Interpol y las autoridades de varios países de Europa estaban en su búsqueda.

Nuestro apellido ‘Hammer’ se traduce como ‘martillo’ en español. Se corrieron rumores de que castigaba a sus víctimas con esa herramienta y en su infamia se hizo conocido con ese apodo. El FBI, Interpol y las autoridades de varios países de Europa estaban en su búsqueda inútilmente. La mención del nombre ‘Martillo’ aterrorizaba de tal manera que aun los criminales más duros preferían ir a la cárcel antes de declarar contra él.

En un momento en que el recuerdo de mi hermano había quedado casi borrado, decidí dejar por unas semanas mi trabajo en Kalemba para atender un seminario en Dallas. Pero el destino decidió para mi otros planes.

El avión en que viajaba se estrelló y a consecuencia del accidente sufrí una temporaria amnesia total. Por semanas no conocía mi nombre, no recordaba absolutamente nada de antes del accidente. Ese momento desato una serie de circunstancias que, aunque en un momento posterior recuperé la memoria, siguen afectando mi vida hasta ahora.

Mis documentos se habían perdido en el accidente y no tenía forma de probar o de saber quién era. El FBI, tratando de identificarme, envió mi foto a Interpol y, unos días después, el MI-5, la policía secreta de Londres, me identifico erróneamente como mi hermano.

Resultó que, en un momento, Ricardo había sido capturado por la policía inglesa. Cuando estaban tratando de tomar sus huellas digitales, había saltado de la ventana de un tercer piso y escapado. Cuando los agente vieron mi foto, le aseguraron al FBI que yo era el criminal tan buscado.

El FBI en ese momento estaba tratando inútilmente de infiltrar un cartel que producía una droga extraordinariamente mortal, llamada Supralix. Los agentes a cargo de la investigación, seguros de mi supuesto carácter criminal, vieron la oportunidad de utilizarme como espía e introducirme en el cartel.

Sin saber quién era y sin medios para negarme, acepté lo que fue mi primera misión con el FBI, que tuvo éxito, en mayor parte debido a mi cooperación¹.

Para cuando la misión terminó había recuperado mi memoria y establecido mi relación con Rosie. El FBI quedo muy satisfecho de mi trabajo y me ofreció seguir trabajando con ellos. Pero yo había estado a punto de perder la vida y me negué rotundamente. Pero de nuevo el destino trazó diferentes planes para mí.

Una mujer llamada Anika, con la que había hecho una estrecha amistad en Kalemba, fue asesinada cuando visitaba a sus padres en Dallas. Ese hecho, más una serie de circunstancias

¹ Ver 'El Hombre sin Memoria', primer libro de la serie.

conectadas al asesinato, me llevaron a cumplir mi segunda misión con el FBI².

Una vez terminada, me aleje de todo lo relacionado con el FBI, excepto mi amistad con Santoro. Me mudé con Rosie y me dediqué, en completa paz y tranquilidad, a escribir mis memorias acerca de mi estadía en África.

Durante ese tiempo me llegaron noticias, no confirmadas, de que mi hermano Ricardo había sido asesinado en China cuando sedujo a la amante del jefe de una de las más feroces triadas de Beijín.

Honestamente, no puedo decir que lamenté mucho su muerte; no lo había visto por años y él había elegido esa vida de riesgos. Para mí, él y su memoria habían desaparecido.

Pero no era así. Su existencia había desaparecido, pero no su fama. Nadie había confirmado que Ricardo estaba muerto. Su cuerpo nunca había aparecido, se suponía que el gánster chino se había encargado de que así fuera.

La pregunta que me perturbó desde mi encuentro con Santoro, ¿Qué ha sido lo que me trajo aquí? ha sido contestada. Los agentes del Säpo estaban convencidos de que el hombre en la foto era yo.

En el hotel, busco la solución, aunque sé que hay una sola: debo decirle a Anderson quien soy realmente y explicarle la razón por la cual he adoptado la personalidad de mi hermano. Pero antes debo hablar con Santoro. Le pido a la operadora que me conecte con el FBI en Washington.

—Lo lamento señor Hammer. El hotel tiene orden de un juez de no transferir sus llamadas. Hay solo número con el que lo puedo poner en contacto.

Le pido que lo haga. El teléfono llama y alguien contesta.

—Oficina del Agente Jefe de Sección Anderson.

² Ver 'El Hombre sin Memoria #2', segundo libro de la serie.

—Necesito hablar con el agente inmediatamente.

—Un momento, señor Hammer, el agente no está en su oficina pero me ordenó que le pasara inmediatamente su llamada.

Todo el mundo sabe quién soy, no necesito decir mi nombre. Luego de un minuto, Anderson toma el teléfono.

—¿Cómo se siente, señor Hammer? Nos ha dado un buen susto. Estuvimos a punto de llamar a un médico. Y debe disculparnos por mantenerlo incomunicado. Se habrá dado cuenta de que no podemos permitir que hable con nadie; mis órdenes son que debo mantener todo lo relacionado con esta investigación en absoluto secreto.

—Entiendo, agente Anderson. Y sé que es obvio que usted y la agente Greta Johanson merecen una explicación.

—Así es; y estamos dispuesto a escucharla.

—Y yo estoy dispuesto a ofrecérselas, pero antes debo hacer una llamada.

—Eso es imposible. Como le dije, no podemos dejar que hable con nadie. Además, debe saber que no podrá dejar el país hasta que esto quede aclarado.

Pienso en una manera de convencerlo.

—Anderson, ¿conoce al agente Olef?

—No personalmente; sé que es nuestro enlace con Interpol. He hablado con él un par de veces.

—¿Puede llamarlo y decirle donde estoy y que necesito hablar con él?

Anderson duda. Me dice:

—El agente Olef no es parte de esta investigación.

—Es cierto, pero si habla con su jefe, él confirmará que Olef estuvo a cargo de transmitir mi orden de captura a Interpol.

—Con todo respeto, eso lo hace un mensajero, a pesar de que es parte de Säpo no puedo permitir que se comunique con usted sin estar asignado a esta investigación.

Anderson empieza a sonar como un disco rayado; me vuelvo impaciente.

—Agente Anderson, ¿Cuánto tiempo vamos a perder hasta resolver esto? Hable con quien necesite, pero quiero ayudarlos, y no podemos salir adelante hasta que haga mi llamada. Y sé que Olef puede entender el problema y facilitar las cosas.

Lo he convencido; Anderson, luego de un minuto, me contesta:

—Muy bien. Son las cinco de la tarde. Si lo que usted dice es cierto, Olef lo llamará dentro de la hora.

Me siento en la cama, frustrado. Los suecos son dogmáticos acerca de las regulaciones. Las cosas en Latinoamérica se hacían mucho más fácil y más rápido. Unos pesos era todo lo que necesitaba para doblar un poco las reglas.

El teléfono interrumpe mis pensamientos.

—¿Hammer? Habla Olef. ¿Cómo te han tratado hasta ahora?

Olef habla con una acento sueco tan fuerte que me resulta difícil entenderlo.

—No me puedo quejar. Pero no me van a dejar salir hasta que les de cierta información. Y no puedo hacerlo antes de hablar con Santoro.

—¿Está mi amigo envuelto en la investigación?

—No, pero aparentemente yo lo estoy.

—Ya lo sé. El agente Anderson me ha dicho que te han informado lo suficiente sobre la investigación como para mantenerte incomunicado. Se corre el rumor de que la operación es super secreta y que la orden vino directamente de la Corona.

—Así es. Por eso es que necesito tu ayuda. Solo debes convencer a Anderson que me permita hablar con Santoro.

—Voy a ver qué puedo hacer. No salgas del hotel.

—No te preocupes, no creo que me dejarían salir.

Nos despedimos. Me siento mejor, creo que voy a poder hacer mi llamada. Olef suena como uno de esos agentes entrado en años que conocen todos los ángulos y no se preocupan por el protocolo.

Antes de que pase una hora, suena el teléfono.

Contesto. Es Santoro. Olef ha cumplido.

—Ricardo, ¿Me llamas para decirme que todo anda bien y pronto estarás de vuelta?

—Santoro, debo decirte algo que no te va a gustar.

Le explico la situación. Cuando termino, me dice:

—Es indudable que tu hermano, el criminal, ha pasado un tiempo en ese lugar y que de alguna manera ha estado envuelto en los delitos que están investigando. Aunque por razones de secreto, Olef no me ha dicho en qué consisten.

—Así es, y no puedo simplemente negar que soy yo. Las fotografías son muy claras.

—Entiendo. Pero decirles la verdad traería una complicación enorme para el FBI. Solo la gente envuelta en tus misiones conocen tu verdadera identidad. Cuando perdiste la memoria en el accidente y no sabías quien eras, te forzamos a actuar de espía creyendo que eras el rufián de Ricardo y amenazándote que si no nos ayudabas irías a la cárcel. Si la prensa o los liberales del congreso se entera de que el FBI forzó a un ciudadano inocente, un dentista además, a arriesgar su vida en una misión, habrá un escándalo enorme y las cabezas van a rodar en el FBI. La mía incluida. Hemos tenido suerte de poder mantener el secreto hasta ahora.

—¿Qué propones que haga, Santoro? Anderson es una buena persona, pero no se conformará sin una explicación lógica. —Le bromeo:—vas a tener que enviar un comando a rescatarme, como hiciste en la selva de Lacandona.

—Eso es, es bueno que no pierdas el humor. Estoy pensando que hay una manera. Esta tarde tengo una reunión con el director del FBI. Creo que su autoridad nos puede dar la solución.

—Mejor que resulte, o le pido a Rosie que te heche una maldición y hace que esta noche te orines en la cama.

—No puedo saberlo antes de hablar con el director, además, no puedes amenazarme, estás incomunicado.

Allí concluye la conversación.

Cuando el FBI teme que se produzca un escándalo, las cosas se mueven rápido. Una hora más tarde suena el teléfono. Es el agente Anderson, Jefe de Sección.

—¿Hammer? —su tono es amistoso—. Estoy impresionado, el asistente del director del FBI llega mañana a hablar con mi jefe sobre tu caso. Me parece que me conviene estar de tu lado favorito. No sé quién eres en realidad, pero creo que mañana lo voy a saber.

—Así es Anderson, aparentemente soy alguien importante. Para empezar, déjame que llame a mi pareja, es la clase de mujer que no se puede dejar mucho tiempo sola.

—No todavía, mi amigo. Vamos a esperar a ver que resulta de la reunión. Pero puedo hacer algo por ti, te puedo llevar a cenar. ¿Qué te parece?

—Estoy de acuerdo, no tengo más remedio.

Cuando bajé al vestíbulo del hotel a esperar a Anderson, vi que la calle estaba helada y me informaron que la temperatura era de 20 grados bajo cero. Deduje que la chaqueta que llevaba desde que dejé Dallas no era apta para el tiempo de Estocolmo. En el shop del hotel compré un abrigo de pluma de ganso. El precio de 900 dólares me pareció excesivo, pero más tarde llegué a descubrir que en Europa del norte prácticamente todo es exorbitantemente caro.

A las 8 de la noche Anderson y yo entramos en el restaurant. Cerca de la entrada veo un salón lleno de abrigos colgando de ganchos. Supongo que debo dejar allí mi nuevo abrigo. No hay encargado del guardarropas. Aparentemente, la gente no se preocupa de que alguien deje el lugar llevándose tu abrigo de piel.

El restaurante es un lugar elegante, de moderno decorado. El plato se selecciona y se ordena desde un menú en una pantalla ubicada sobre la mesa. Entiendo que ese conveniente método ordenar la comida es relativamente nuevo en los Estados Unidos

pero se ha usado por años en Suecia. Una prueba más del adelanto técnico Sueco.

Cuando elijo mi orden, le comento a Anderson que deseo probar un plato típico sueco y me explica que uno de los platos más populares y tradicionales de Suecia es el *'köttbullar med potatismos'*. Lo ordeno y resulta ser un plato de albóndigas con puré de patatas y una salsa de crema (*gräddsås*). Lo encuentro muy agradable. Noto en el menú que patatas y cremas parecen estar incluidas en la mayoría de los platos. A pesar de ello, no parece haber un problema de obesidad en Suecia.

Anderson es un tipo interesante. Me comenta que es abogado y que el gobierno había pagado todos sus estudios. De la facultad pasó directamente al FBI como ayudante en la parte legal, pero su intención era ser agente de campo. Estudió de noche los cursos necesarios y ascendió rápidamente hasta llegar a Jefe de Sección.

Anderson es casado con dos niños y me dice que espera que mi situación mejore para que pueda conocer a su familia. Anderson está intrigado por mí y por mi situación y trata de acercarse. Me hace preguntas muy discretas sobre mí, pero no encuentro un segmento de mi vida que pueda compartir con él. Anderson está seguro de que soy el hombre de las fotografías y no sé qué puedo revelar de lo que sucede hasta que hable de nuevo con Santoro.

En un momento Anderson me confiesa muy discretamente que cuando le asignaron el caso, entre los documento venía incluido el reporte que Sjöo contiene sobre mí en sus archivos.

Me dice:

—Hammer, con toda sinceridad, no puedo coincidir lo que he leído sobre ti con la persona que tengo frente a mí.

Pienso, *'por supuesto que no puedes, el reporte que has leído pertenece a mi hermano, no a mí.'* Pero no puedo decir nada sobre eso.

—Anderson —le digo—, me has tratado muy bien y me agradas, pero debemos esperar a la reunión entre mi jefe y el tuyo. Estoy seguro de que todo se aclarará.

Anderson me responde mostrando su confusión,

—¡Esa es la otra cosa que no comprendo! Nada menos que el asistente del director del FBI en Washington se va a molestar a venir hasta aquí para resolver tu situación. No puedes culparme por querer saber lo que sucede.

—No te culpo en absoluto. Pero estoy tan interesado como tú en que esto termine. Estocolmo me resulta interesante, pero mi intención es ayudarlos en lo que pueda y volver a mi departamento.

Le propongo a Anderson compartir una botella de vino, pero se disculpa, diciendo que prefiere beber cerveza. Me explica que el gobierno limita el contenido de alcohol para la bebida que se vende al público en los comercios, y prefiere la cerveza servida en restaurantes, que no tiene restricciones y es más fuerte. Encuentro todas estas explicaciones de Anderson muy interesantes. Nunca antes he estado en un país escandinavo y mi primera visita me está resultando muy educativa. Pero esto no es nada comparado con lo que voy a presenciar en unos minutos.

Cuando entramos al restaurante, vi que la gente eran en su mayoría turistas. Noté también que una pared estaba cubierta por una gran cortina. Supuse que en algún momento, un grupo musical iba a entretener a los clientes. Mi suposición fue errónea. A las 9 de la noche, se escuchó en todo el salón un anuncio en varios idiomas, anunciando que el show de la noche iba a comenzar.

Las luces cambiaron sutilmente, atrayendo todas las miradas hacia el escenario. Con el público en silencio, la cortina se abrió lentamente, revelando un inesperado espectáculo. En el escenario se veía la representación de un elegante dormitorio. En la cama, un hombre y una mujer desnudos estaban envueltos en una sesión de sexo. La iluminación teñía el ambiente de un color rosa pálido,

sin ocultar los detalles íntimos del encuentro. Los dos participantes eran evidentemente jóvenes. La piel oscura del hombre, probablemente un africano o mestizo, mostraba las líneas bien definidas de sus músculos y resaltaba contra la piel bronceada de una mujer rubia, de figura atlética. Los tonos se fundían en abrazos mutuos, agregando un matiz salvaje y dramático a la escena.

El espectáculo era innegablemente erótico, pero ejecutado con elegancia y arte: movimientos fluidos, contrastes de raza evidentes y gestos espontáneos de pasión desenfrenada. La cuidadosa coreografía transformaba la sensualidad del acto en un espectáculo refinado.

La audiencia se mantenía en un silencio solo interrumpido periódicamente por expresiones de asombro. La tensión inicial de los clientes, tomados por sorpresa, fue desapareciendo, reemplazada por sonrisas, mientras la curiosidad se mezclaba con el deleite. Los artistas se movían con una gracia hipnótica, dominando el escenario, y el show culminó en una discreta explosión de pasión contenida hasta el último momento. A pesar de la conmoción inicial, el programa encantó a todos, y cuando volvió a cerrarse el telón, la sala se llenó de murmullos de apreciación, risas y aplausos.

Cuando las luces volvieron a iluminar el salón, Anderson, con una expresión de picardía, me dijo que esperaba que no me sintiera ofendido. Explicó que había elegido ese lugar porque tenía fama de ofrecer un espectáculo diferente, de carácter sensual, pero que no ofendía la sensibilidad del público. Además, supuso que yo tendría interés en ver un show que nunca estaría permitido en un país puritano como los Estados Unidos.

Me pregunta qué pienso del espectáculo y le contesto que le agradezco por elegir algo diferente, atrevido, ingenioso y sorprendentemente agradable.

—Como has visto —me dice—, en Suecia, la postura legal sobre la pornografía es relativamente liberal.

Una vez que hemos cenado, estamos terminando con el café y Anderson llama a uno de los meseros y le dice algo en sueco que no entiendo. Cuando el mesero se aleja, Anderson me dice:

—¿Te agradecería conocer a uno de los artistas?

Antes de que le conteste, agrega:

—Acabo de invitar al actor a nuestra mesa. Creo que una persona de su profesión debe tener algo interesante que decir.

El hombre resulta ser un dominicano llamado Emilio, un joven de lo más simpático. Nos saluda con una gran sonrisa, y nos agradece el haberlo invitado. Lleva una camisa y un pantalón de color crema, sandalias y un collar de coral. Nos dice que es su uniforme cuando no está actuando. Es alto, musculoso, de piel color ébano y de ojos negros. El tipo de hombre que las mujeres consideran atrayente. Habla inglés con un fuerte acento y sonrío continuamente.

Le pregunto qué le parece su trabajo y dice que lo hace por el dinero, pero que lo deja exhausto. Hace dos shows por día, de jueves a domingo. Riendo, menciona que el dinero es muy bueno pero que tiene problemas con su novia, ya que seguido no tiene ganas de hacerle el amor.

Le pregunto si la mujer a la que le hace el amor en el escenario es su novia y se ríe.

—¡Oh no, mi amigo! —me dice—, esa no es mi novia. Agnes es mi socia, nos repartimos el dinero.

Le pregunto cómo comenzó con su profesión, y me explica,

—En Santo Domingo trabajaba descargando grano de los barcos. Los dueños de la empresa eran Suecos y tuve una affaire con la esposa. Ella me decía todo el tiempo que tenía lindos ojos y que debía ser actor. Me regaló un pasaje y me consiguió un trabajo como extra en un estudio. Allí conocí a Agnes. Ella era aspirante a artista y los dos teníamos pequeñas partes, principalmente en comerciales. Un día, ella me propuso formar una sociedad y hacer un *'erotisk show'*, que paga mucho mejor que lo que hacíamos antes. El problema fue que, de acuerdo a la

ley, la pareja que hace estos shows debe ser un matrimonio. Agnes estaba casada, pero estaba tan determinada a hacer el show que se divorció y nos casamos, aunque cada cual continúa con su pareja. Es una práctica común en este tipo de trabajo.

Emilio finaliza su historia diciendo,

—Así que Agnes es legalmente mi esposa, aunque ella sigue viviendo con su ex y yo con mi novia.

Le pregunto,

—He notado que te mantienes excitado, sin terminar, durante el tiempo que dura el show, ¿Cómo lo consigues?

—¡Ah, mi amigo! —dice riendo—. Cuando le haces el amor a una mujer ocho veces por semana no tienes que preocuparte de excitarte demasiado.

En ese momento, una atractiva mujer rubia con largo cabello se acerca a nuestra mesa. La reconocemos como la compañera artística de Emilio.

—Emilio, —dice con una sonrisa—, ¿Me vas a presentar a tus amigos?

Emilio está por presentar a Anderson, pero la rubia lo detiene, diciendo:

—No, no él, puedo detectar un policía a 10 metros de distancia. Preséntame al de los ojos oscuros.

Todos ríen, y Emilio me presenta a la mujer. Parece un poco mayor que Emilio, debe tener unos 30 años. Lleva puesta una bata de seda cubriendo su cuerpo atlético; es obvio que lo mantiene en buena forma para el trabajo. Los dos se sientan y la mujer me observa por un instante.

—Así que tú eres americano —me dice con una sonrisa—, mi nombre es Agnes. Estaré encantada de mostrarte la ciudad; terminé mi último espectáculo a las 11. Si no tienes coche, podemos usar el mío.

Le agradezco, pero rechazo la oferta mientras Anderson se divierte mirándome y disfrutando de mi embarazo. Invitamos a Emilio y a Agnes con una cerveza, pero Emilio dice:

—Les agradecemos, pero no podemos. Tenemos otro show que comienza en unos minutos y el alcohol puede interferir con nuestra 'actuación' —se levantan de la mesa y se despiden diciendo— ¡Buena suerte amigos! Esperamos volver a verlos.

Se dirigen al escenario, deteniéndose un par de veces para charlar con el público. Anderson y yo disfrutamos de las historias de Emilio. No cabe duda de que la suya es una profesión única. De nuevo, Suecia es un país de gente interesante, lleno de sorpresas.

La tarde ha sido agradable, a eso de las 11, Anderson me deja en el hotel. Me agrada el agente de Säpo; siento que ya somos casi amigos.

La mañana siguiente me despierto tarde, son las 8 y el sol todavía no se ha levantado. No hay mensajes, quizás los agentes de Säpo se han olvidado de mí.

No me animo a pedir el mismo desayuno de la última vez. En la pantalla de TV selecciono '*amerikansk frukost*'. Quince minutos más tarde entra un mucamo con un carrito. Huevos, tocino y papas. Todo frito, al diablo con el colesterol. Jugo de naranja fresco y tostadas de pan negro.

Cuando termino de desayunar, la pantalla de TV me dice que la temperatura es de 6 grados bajo cero. Y el invierno recién comienza.

A las diez de la mañana, cansado de ver las noticias en CNN, decido probar de nuevo en llamar a Santoro.

Para mi gran sorpresa, la operadora me dice:

—Buenos días, señor Hammer. Supongo que desea conectarse al mismo número de ayer.

—Así es. Si es que no sigo comunicado.

La operadora se ríe.

—¡De ninguna manera! Lo comunico.

Algo ha cambiado. Santoro contesta al décimo ring. Suena fastidiado.

—Hace dos días que estás esperando, Ricardo; son las 4 de la mañana, ¿no podías esperar un par de horas más?

No le hago caso y le pregunto, impaciente,

—No perdamos tiempo, dime lo que decidieron. ¿Puedo hacer mi maleta?

—Puedes hacerla si quieres, pero no garantizo que tu próximo vuelo sea a Dallas.

—¡Qué mierda estás diciendo! ¿Estás jugando conmigo, Santoro?

—Para nada. Déjame explicarte. Ocurre que agentes de Säpo están investigando una serie de muertes sospechosas y creen tener pruebas de que Ricardo, tu hermano, está de alguna manera involucrado. Aunque no lo acusan a él directamente.

Estoy perdiendo la paciencia.

—Eso ya lo sé —le digo—. Lo he visto en las fotos. Es exactamente lo que te dije yo ayer. Pero sabes que se trata de mi hermano.

Santoro me explica,

—Muy bien. El problema es que el FBI no puede decir que sabe que tú no eres Ricardo, ya sabes porqué. Te enviamos en una misión sin saber que eras un civil. Cometimos el mismo error que están cometiendo los investigadores de Säpo, piensan que eres tu hermano ‘Martillo’, el criminal.

Me incorporo y estoy al punto de arrojar el teléfono contra la pared.

—¿Porque me dices todo lo que ya sé? ¿Qué es lo que no quieres decirme?

—Tranquilízate. El asistente de director del FBI se reunió ayer con su colega, el vice-director de Zapo, le explicó lo complejo de tu situación y lo comprometido que está el FBI y, por cortesía profesional, llegaron a un acuerdo. O sea que Anderson y solo un reducido número de personas envueltas en la investigación, saben que tú no eres Ricardo Hammer, sino su hermano mellizo. El vice-director aseguró que el secreto no será

revelado. Los agentes que están investigando, Anderson y el resto serán jurados a nunca revelar lo sucedido. Los confiamos. El director mismo me aseguró de que no debemos preocuparnos, el FBI está a salvo.

Respiro a fondo, no puedo creer lo que me dice Santoro, todo se ha arreglado.

—O sea que no necesito mentir más, puedo decirle lo que quieran saber sobre mi —le digo, eufórico—. ¡Eso es estupendo!

—Así es, pero hay todavía un detalle. El vice-director de Säpo impuso una condición. Anderson y su jefe creen que tú aun puedes serles muy útil en la investigación.

El corazón se me ha bajado al estómago.

—¿Qué quieres decir, Santoro? ¿Qué tengo yo que ver con esas muertes? Si saben que soy un dentista, ¿cómo creen que puedo ayudarlos? ¿Qué clase de arreglo es ese? No puede ser. Estoy pensando en agarrar mi maleta y salir para el aeropuerto. Si me arrestan, llamo al consulado y le cuento todo. No me importa quién del FBI salga jodido. Ustedes son los que cometieron la cagada para empezar.

—Ricardo, cálmate y piensa. Tú no eres un agente, pero has sido parte principal en dos misiones peligrosas y sabes cómo funcionan las cosas. La seguridad de las instituciones es más importante que el bienestar de cualquier persona. Y no te preocupes por el consulado, el cónsul de Estados Unidos y la Corona de ese país están al tanto de todo. Hemos tenido la obligación de informarles.

Me vuelvo a sentar, me siento engañado. Se que la culpa no es de Santoro, pero no puedo evitar hacerle blanco de mi indignación. Pero Santoro no parece afectado y continúa,

—Lo importante es esto. Si te niegas a trabajar con ellos, pueden negar lo que les hemos dicho y seguir asumiendo que eres el verdadero Ricardo y detenerte como testigo. Como sabes, tienen varias fotografías de tu hermano con las víctimas. Puedes tener que permanecer en Suecia por años. No sabemos que

esperan ahora de ti. Quizás no sea nada, o muy poco. Ponte de acuerdo con Anderson, tengo muy buenas referencias sobre él, es una persona razonable.

No puedo hablar más, corto la comunicación sin despedirme.

El FBI me ha arrojado una vez más a los tiburones. Y Santoro, mi amigo y protector, que una vez me salvó la vida, no puede hacer nada. Rosie tenía razón, no importa lo que haga, tengo un talento especial para atraer problemas. Hay solo dos palabras que definen mi situación: Estoy jodido.

El mismo día de mi conversación con Santoro, una secretaria me conduce a la oficina donde debo reunirme con la gente que definirá mi futuro durante los próximos días.

Temprano, la misma secretaria me presentó a un médico que insistió en hacerme una completa revisión. Todas mis características personales fueron anotadas en un documento por una enfermera presente en el consultorio. Por un momento tuve la esperanza de que el doctor encontrara algo que me impidiera seguir adelante. Pero no sucedió. El doctor me revisó con una precisión mecánica, y luego de una hora prácticamente desnudo enfrente del doctor y la enfermera, me vestí y la misma secretaria me conduce ahora a la oficina donde va a tener lugar la reunión.

En la oficina, hay cuatro personas esperándome. Anderson, la agente Greta Johanson, el agente de enlace John Peterson y un agente que Anderson me presenta como su jefe, el Agente Especial Adrián Berger.

Presintiendo la seriedad de la reunión me he presentado vistiendo ropa formal, traje y corbata. Me he equivocado, los agentes parecen haber venido directamente del gimnasio. La persona de más antigüedad, y mejor vestida, el Agente Especial, jefe de Anderson, luce unas patillas a lo Elvis Presley y viste una chaqueta a cuadros que lo hacen distinguible a cuerdas de distancia. Me va a resultar difícil tomarlo en serio.

No puedo decir que estoy ansioso de hablar con esta gente. Esta reunión es para planear los últimos detalles de la misión destinada a investigar, resolver y detener a los responsables de las muertes que han venido ocurriendo en Alltärvitt, un lejano villaje ubicado en el extremo norte de Suecia.

La misión había sido planeada meses antes, pero cuando uno de los agentes de Säpo tuvo la idea de enviar a Interpol algunas de las muchas fotografías coleccionadas durante la investigación inicial, Interpol identificó a una de las personas en las imágenes y el nombre Ricardo Hammer volvió a aparecer en los documentos.

Anderson y el resto se sintieron defraudados cuando recientemente fueron informados de que yo no era la persona de las fotos. Pero, obviamente, mi presencia en esta reunión, a la que atiendo contra mi voluntad, significa que han encontrado en la misión un lugar para mí.

Supongo que mi tarea ya está definida y que este mitin es para dejármelo saber. Confieso que a pesar de mi frustración siento curiosidad por saber qué papel me han asignado. He pensado sobre ello durante horas, pero no he podido encontrar una respuesta. No conozco el pueblo ni ninguna de las gentes relacionadas con las muertes y nunca he estado allí.

Los agentes se sientan a la mesa; en deferencia hacia mí, la reunión se va a realizar hablando inglés. El Agente Especial Berger toma la palabra.

—Para esta misión se ha elegido el nombre ‘*Öde Kallt*’, o ‘Norte Desolado’. Lo he elegido yo mismo y me parece sumamente apropiado, dado el lugar de los hechos.

El jefe mira alrededor de la mesa esperando gestos de aprobación, pero todos se limitan a esperar que continúe.

—Alltärvitt es un pueblo donde la mayoría de los habitantes se han relacionado por años y poseen un profundo conocimiento de la clase de vida y las costumbres de cada uno. Por semanas, los estrategas de Säpo han tratado de encontrar la forma de

infiltrar el pueblo sin poner a sus habitantes, y por lo tanto a los asesinos, en aviso. Hasta este momento no hemos encontrado la forma de hacerlo. Pero, hace dos días, la suerte se puso de nuestro lado.

La prosa poética del agente especial para expresar el más sencillo mensaje me impacienta y tengo ganas de gritarle que vaya de una vez al grano. Pero el hombre continúa, impasible.

—El destino ha colocado entre nosotros una persona que no solo resultará conocida por la gente de Alltärvitt y cuya presencia será recibida con toda normalidad, sino que es además un agente de experiencia. La prueba está en que esta mañana mismo el doctor me ha informado que el agente lleva permanentemente dos cicatrices de heridas de bala, causadas indudablemente al enfrentarse con bravura al enemigo en una de sus misiones. Este hombre se ha presentado voluntariamente, ansioso de cooperar con nosotros en esta misión. Y no estoy hablando de otro que el agente Hammer, aquí presente.

El jefe-poeta se levanta, se acerca y me estrecha la mano en un gesto efusivo, diciendo:

—Señor Hammer, a partir de ahora tiene usted el agradecimiento del pueblo de Suecia y el nuestro propio.

La dramática introducción no me ha hecho saber qué es lo que esperan de mí, pero ha causado que el resto de los agentes presentes se levanten y estrechen mi mano.

Pienso que es todo una charada, pero me conmuevo cuando en sus ojos veo sinceridad y agradecimiento. Greta me aprieta en un abrazo y me da un profundo beso en la mejilla. Sin esperar, estoy emocionado. Este es un país que se enfrentó a los Nazis cuando el resto de las naciones escandinavas se doblegaba ante las amenazas de Hitler. En un instante me doy cuenta de que este país frío, de gente extraña, que habla un idioma aún más extraño, está poblado por hombres y mujeres que piensan no con el cerebro, sino con el corazón. En este momento decido que

merecen mi ayuda y mi fidelidad. Para mi sorpresa, me siento orgulloso de trabajar con mis nuevos amigos agentes del Säpo.

CAPÍTULO 5

GRETA

Un avión de carga Turboprop Cessna de dos motores, sin otra identificación que su sigla de letras, vuela en dirección norte sobre las nevadas montañas que separan Suecia de Noruega.

Aunque la temperatura fuera del avión es de 30 grados bajo cero, el ambiente en la cabina de control es confortable. Pero la calefacción no es suficiente en la cabina de carga, y los pilotos han provisto a su único pasajero, una mujer, con una manta eléctrica.

La mujer es la agente del Säpo Greta Johanson, y está en camino a su misión en una de las zonas más aisladas del continente. Sujeta al incómodo banco improvisado a un costado de la cabina, la agente repasa sus instrucciones.

En la última reunión con sus jefes, se confirmó que ella y Ricardo Hammer son los agentes asignados a la misión. Pero no van a viajar juntos. La misión ha sido planeada de manera tal que debe suponerse que no se conocen. Greta va a llegar a Alltärvitt una semana antes para familiarizarse con la zona y establecer un campo de operación. Además de sueco, Greta habla perfecto inglés y noruego; su historia de cubierta va a ser que es una maestra rural llegando de Noruega, tratando de conseguir trabajo en Alltärvitt.

Greta siente pasión por su trabajo y no teme enfrentarse a los criminales que debe atrapar. Es conocida por su habilidad

con el fusil y su resistencia física. En su última misión, uno de los malhechores, un hombre mucho más grande que ella, la atacó armado con una navaja. Greta lo arrojó al suelo con un golpe marcial, lo sujetó con las esposas y lo entregó a la estación policial.

Pero este caso es diferente. No conoce al hombre asignado a trabajar con ella. Ricardo Hammer no es, como ella, un agente profesional. Antes de partir, el jefe del departamento lo presentó con un caluroso elogio de su experiencia. Pero Greta no está completamente convencida. En esta misión, trabajarán lejos, aislados de todo tipo de ayuda. La seguridad y la vida de cada agente dependerá de su compañero.

El piloto interrumpe sus pensamientos cuando le anuncia que han cruzado el círculo ártico y que en 20 minutos van a aterrizar.

Cuando Greta desciende del avión son las cuatro de la tarde, todo está a oscuras y solo se distingue la pista de aterrizaje y un pequeño edificio con las luces iluminadas. Están en el puesto Sabrook, la posición más al norte de Suecia, destinada a detectar una invasión bélica viniendo del territorio ruso. La temperatura es de diez grados bajo cero y lo único alrededor es una gran extensión nevada, con montañas cubiertas de blanco en el este.

Los pilotos han abierto la puerta trasera de descarga y ayudan a Greta a retirar su moto de nieve y su equipo. Le sugieren a Greta a entrar al edificio con ellos para calentarse, Greta les acepta la oferta, pero les advierte que solo puede permanecer con ellos por unos minutos. Desde allí, debe cubrir, en la moto de nieve, los 60 kilómetros que le quedan para llegar a Alltärsvitt, el pueblo de su destino. Y debe hacerlo en menos de dos horas, para que el frío de la noche, cuando la temperatura baja 10 o 15 grados, no la sorprenda en territorio abierto.

El edificio, denominado oficialmente 'Puesto Sabrook de Aviso Avanzado' o PSAA, es una estructura de hormigón armado, con un impresionante arreglo de pantallas de satélites en la parte

superior. Invisible desde afuera es la instalación de tres pisos 30 metros bajo tierra.

Cuando se aproximan a la puerta de acero una luz roja se enciende automáticamente y una voz dice:

‘Zona prohibida. Identifíquese y enuncie su propósito.’

Los pilotos están familiarizados con el puesto, lo visitan luego de cada aterrizaje. Uno de ellos se acerca a un tablero, y entra un código. Luego se mantiene inmóvil y es iluminado brevemente por un flash, indicando que su imagen ha sido grabada. Luego de un minuto la luz roja se apaga y la puerta de acero se abre. Los tres visitantes son recibidos por un joven en un uniforme de la aviación sueca. Es obvio de que está excitado de ver caras nuevas.

—¡Bueno! —bromea el joven— ¡Moe y Larry, dos de los tres chiflados, solo falta Curly! Era hora, necesitamos un poco de entretenimiento...

Luego mira a Greta.

—Vaya, ¿y quién tenemos aquí? —se inclina en forma ceremoniosa, y le dice— permítame presentarme, soy el primer oficial Henrich, “Henny” para mis amigos.

Greta lo saluda y le dice, sonriendo:

—Tenía la impresión de que estos lugares semi-secretos eran más serios.

—Solo cuando visita un general. Pasen, vamos al salón de entretenimiento.

Los cuatro entran en un ascensor. El joven entra un código y la cabina desciende por varios minutos. Salen del ascensor y entran en un salón inocuo con varias mesas y sillas. En una pared se ve una pequeña cocina, en la otra la entrada a un baño y dos puertas que conducen a cuartos privados. Alrededor, brillantes fotografías de mujeres apenas vestidas alivian el sentido de reclusión del lugar.

Los cuatro se sientan a una de las mesas.

—Ok, amigos voladores —dice el joven—, ¿qué nos traen de regalo esta vez?

—Nada esta vez, Henny. Solo hemos transportado un pasajero. ¿De paso, nos ofreces algo de tomar?

—No se permiten bebidas alcohólicas en el puesto, pero puedo ofrecerles café, té o chocolate. ¿Qué desean?

Todos optan por café; Henny prepara tres tazas y las deposita en la mesa.

—Lamento que mi compañero no pueda venir a saludarte —le dice a Greta—. Está dos pisos más abajo, descifrando mensajes. Es prácticamente lo que hacemos todo el día.

—¿Son solo ustedes dos?

—Así es. Nos enteramos de todo lo que nuestros amigos rusos se dicen entre ellos en esta zona. Y uno de nosotros está siempre alerta. Estamos asignados por un mes; es todo lo que se puede permanecer en este lugar sin volverse loco. Y discúlpame si estoy hablando demasiado, raramente recibimos visitantes.

—No te preocupes, a mí me pareces muy simpático.

—Gracias, pero hablemos de ti. Debes ser una persona muy importante para que hayan contratado este avión solo para ti. Supongo que no puedes decirme que haces y a que se debe tu visita.

—Así es, Henny, no puedo decírtelo. Pero el viaje no ha sido solo para mí, he traído mi moto de nieve. Por eso ha sido necesario un avión grande. ¿Presumo que no puedes decirme tú lo que hacen aquí?

—¡Todo lo contrario! Nuestros amigos rusos lo saben perfectamente. Solo mantenemos nuestros ojos electrónicos bien abiertos, para evitar sorpresas. Hemos seguido el recorrido de tu vuelo desde que entró en nuestra zona; antes de llegar transmitió un código que inmediatamente fue descifrado como 'amigo'. Lo que sí es super secreto son los códigos y el equipo que usamos para detectar intrusos.

Hugh, uno de los pilotos, interviene.

—Henny, me parece que tratando de impresionar a nuestra visita estás hablando demasiado. Vamos a tener que reportarte.

—¡Por favor, háganlo! Quizás me saquen de este lugar. No me pueden enviar más al norte, queda solo el polo para que me transfieran.

Todos sonrían y Greta se levanta, dispuesta a concluir la visita.

—Te agradezco el café, Henny, pero debo marcharme. Me espera un largo viaje.

Los cuatro toman el ascensor y vuelven a la entrada. Henny entra un código y la puerta de salida se desbloquea. Antes de que Greta se retire, el joven le dice

—Greta, no sé qué vas a hacer aquí, pero el Ártico encierra toda clase de peligros. Si en algún momento lo necesitas, este lugar posee todas formas de comunicarse, sin importar el clima. Las comunicaciones personales con el continente desde este puesto están estrictamente prohibidas; pero en casos de emergencia, se pueden hacer excepciones. Recuérdalo.

—Gracias, Henny. Espero no necesitarlo, pero lo recordaré.

Greta se despide del joven y de los pilotos. Vuelve a su máquina, retira la cubierta y la guarda en una de las alforjas.

Su moto de nieve es una máquina Alpina Sherpa / Superclass con un motor de 1600 cc, capaz de producir 113 HP. Es la máquina más grande en su tipo, puede desarrollar una velocidad máxima de 83 Km./hr.

Greta lleva puesto un abrigado traje de nieve. De una de las alforjas toma el pesado abrigo que la protegerá contra el viento helado, se coloca el casco completo que mantendrá la nieve fuera de sus ojos, verifica que el fusil está listo en su funda, arranca y se aleja, el ruido del motor tronando en la silenciosa inmensidad.

Han pasado dos días desde que la moto de nieve de la agente entrara en el pueblo. A las siete de la tarde, en un dormitorio alquilado en una de las casas que bordean la calle principal de

Alltärvitt, Greta se mira en el espejo, satisfecha de su figura. Ha terminado su media hora de gimnasia diaria, se ha duchado y lleva puesto unos breves pantis negros y un sostén del mismo color. Se prueba un ajustado suéter, pero decide que es demasiado obvio y elige en cambio una blusa con los botones de arriba desabrochados. Un vaquero ajustado y altas botas completan el conjunto. Su intención es dar la impresión de una mujer seria y segura de sí misma, pero dispuesta a entablar conversación con el hombre indicado.

Media hora más tarde está sentada en un bar de Alltärvitt, charlando con el barman. El barman, un joven llamado Williams, es apuesto y a Greta le resulta agradable. Es además lo suficientemente serio como para que los clientes le confíen sus problemas. Aparte de algunas de las mujeres del pueblo, nadie está mejor enterado que el barman sobre las abundantes infidelidades y otras cuestiones que ocurren en Alltärvitt. El dicho lo clama: “Pueblo chico, infierno grande”.

Pero a Greta lo que le interesa son cuestiones específicas, como la conducta y la ocupación de los hombres que frecuentan el bar; principalmente aquellos que han tenido o que tienen roces con la ley. Y que confiable son las autoridades, como la policía o la junta que dirige la vida y la economía del pueblo. Con sus charlas, la agente tiene la suficiente experiencia y habilidad para descubrir a quienes debe dirigir la búsqueda de información que necesita para poner la investigación en marcha.

El agente Anderson tomó la correcta decisión cuando puso a Greta a cargo de la investigación. Luego de unos días de hablar con el barman y de usar sus encantos para extraer información de los sujetos seleccionados, Greta está dispuesta a encontrarse con Ricardo Hammer y a lanzarse juntos de lleno a tratar de resolver las misteriosas muertes que los condujeron a ese lugar.

CAPÍTULO 6

UN PUEBLO EN MEDIO DEL HIELO

Una gran ola se estrelló contra el costado del Ferry y el sacudón me volvió a la realidad. Mis pensamientos sobre cómo había llegado hasta aquí fueron reemplazados por el sonido del hielo rechinando contra el acero de la nave como una cuchilla rasgando la piedra.

El capitán sigue haciéndome señas desde el puente para que retorne a mi cabina. Me doy cuenta de que mi abrigo está empapado y decido hacerle caso. En mi camarote, me quito mi abrigo, me acuesto y repaso los términos de mi misión.

Voy a llegar a Alltärvitt por la única ruta comercial posible: un ferry desde Balaguen, una ciudad ubicada sobre la costa de Mar de Noruega, a 70 kilómetros de Alltärvitt. El buque lleva provisiones y correo al pueblo cada tres meses. Una vez más voy a hacerme pasar por mi hermano. Las fotografías prueban que Ricardo ha estado allí hace cuatro o cinco años y ha entablado relaciones con los locales.

La razón por la cual mi hermano pasó ese tiempo allí y que hizo durante su estadía, datos fundamentales para la investigación, se ignoran y voy a tener que arreglarme para descubrirlos.

Cerca de las once de la noche un tripulante golpea en mi puerta y anuncia que estamos llegando al puerto. Mi equipaje

consiste en una mochila; la recojo y salgo a la cubierta; soy el único pasajero. Camino hacia la proa, tratando de ver la costa. Las capas de hielo son ahora más delgadas y crujen a medida que el ferry las parte y las hecha de lado, con el sonido de las astillas resonando en la bahía, que permanece todavía invisible.

Me apoyo contra la barandilla y me levanto el cuello del abrigo, el viento helado me quita el aliento. Luego de un momento, a lo lejos, el pequeño puerto pesquero se empieza a materializar en la penumbra.

El capitán disminuye la velocidad y el ferry se acerca lentamente. Pasamos lentamente junto a unos barcos de pesca amarrados en fila. Las redes cuelgan en jirones rígidos y cristalinos, brillando débilmente bajo la tenue luz, los mástiles erguidos meciéndose en un bai-ben sincronizado. El viejo muelle, sostenido por robustos pilares, está bordeado de escarcha, sus tablonos oscurecidos por la sal arrojada por tormentas invernales.

El ferry se detiene, la vibración de los motores cesa, y unos minutos después la pasarela cae sobre el muelle con un sonido metálico que resuena en la noche. En el muelle veo a varios hombres en uniforme esperando.

El capitán me hace señas de que puedo desembarcar. Desciendo por la pasarela hasta llegar al muelle y camino con cuidado para no resbalarme, mis botas haciendo crujir las maderas. Los hombres en uniforme se acercan al ferry comienzan a descargar.

En la noche, el pueblo yace en una quietud helada, cubierto por un espeso manto de nieve. Camino sin ver un alma, no hay gente ni ruidos, solo el silencio interrumpido por el sonido de los aparejos de los barcos golpeando contra los mástiles.

En la calle principal, una hilera de casas rústicas, pero bien cuidadas, se alinean alejándose del muelle. La única luz proviene de las lámparas colgadas de los postes y de algunas ventanas que brillan débilmente, tenues cuadrados de luz oscilante. El juguete

de un niño, un viejo carro de madera, yace abandonado en un charco, con las ruedas atrapadas por el hielo.

Algunas chimeneas despiden humo, pero no me llegan voces, ni risas, ni sonidos de conversaciones. No puedo evitar el sentir que, en alguna de las casas cerradas, detrás de los vidrios empañados, alguien me está mirando.

A medida que camino unas cuadras el pueblo mejora. Hay veredas y paso por el frente de algunos comercios, todos cerrados. Miro mi reloj, se aproxima la medianoche. Estoy pensando en volver al ferry a pasar la noche, si es que no se ha ido, cuando escucho el sonido de un motor. Al final de la calle aparecen dos focos de auto. Están más altos de lo normal, supongo que deben ser de un camión elevado. Los faros se acercan y el vehículo se detiene junto a mí. El transporte es una cabina sobre un chasis montado sobre orugas, especial para moverse en la nieve. El chofer abre la puerta y me dice que suba. El asiento está a más de un metro del suelo, apoyo mi pie en la oruga y salto dentro de la cabina.

El chofer se vuelve hacia mí, y me dice, en inglés:

—Lamento haber llegado tarde, espero que no haya tenido problemas. El capitán del ferry me llamó avisándome que usted llegaba, pero hace 10 grados bajo cero y esta maldita cosa no quería arrancar. Lo lamento. De paso, mi nombre es Leo, trabajo para la señora Anastasia, la dueña del hotel.

Leo lleva un abrigo enorme y casi no puedo ver su rostro. La luz del tablero ilumina los ojos azules de un hombre joven.

Leo me mira esperando que le diga mi nombre, pero solo le agradezco que me haya recogido y permanezco callado.

La máquina se mueve a buena velocidad sobre la nieve, dejamos atrás el pueblo y Leo enciende los faros auxiliares montados sobre el techo. Las luces iluminan un camino cercado por nieve acumulada en ambos lados. Excepto por las líneas más oscuras que bordean el camino, el paisaje es completamente blanco.

—No lo parece —dice Leo—. Igor ha limpiado el camino ayer, pero nevó todo el día y todo sigue igual. Usted llegó justo a tiempo, mañana va a estar intransitable. Espero que no tenga nada urgente que hacer.

Leo continúa hablando del clima, pero no lo escucho. Estoy pensando con quien me voy a encontrar. Hay gente aquí que ha conocido a mi hermano Ricardo, no sé qué voy a hacer cuando me encuentre con ellos. Mi aprensión aumenta a medida que nos acercamos a mi destino. Leo cambia de tema.

—Si usted no ha estado nunca en Alltärsvitt, le va a agradar el hotel. Casi nunca tenemos turistas aquí, solo gente que viene por negocios, mayormente finlandeses y algunos rusos. A la señora Anastasia no le agradan los rusos, dice que son brutos y sin maneras sociales. Y que beben demasiado. Sobre todo, les gusta el *Brännvin* —me mira y agrega—, ¿ha probado el *Brännvin*, señor Hammer?

La constante charla de Leo, aunque bien intencionada, me molesta; necesito pensar, y estoy agotado. Solo le digo,

—No lo creo.

—Debe probarlo, es el licor típico de Suecia. Hecho de papas y granos, lo bebemos caliente durante las fiestas de '*jul y nytt år*'.

Lo miro y se disculpa.

—Perdone, quise decir 'Christmas' y 'Año Nuevo'. El capitán me avisó que usted no habla sueco.

—¿Qué clase de vehículo es éste? —le pregunto.

La pregunta lo satisface, Leo está orgulloso de su máquina.

—¡Ah! —dice— ¿no le parece extraordinaria? Es un vehículo convertido especialmente para moverse sobre la nieve y el hielo. Antes teníamos un 4 por 4 que se quedaba varado en la nieve alta. Yo mismo la convencí a Doña Anastasia que lo comprara. Lo llamamos 'Caterpillar', por la marca.

Cuando llegamos, el hotel resulta ser un moderno edificio de dos pisos. Leo me ayuda y salto del Caterpillar, mochila en mano, sobre la vereda cubierta de nieve. El joven toma mi

mochila y entramos en la oficina. Son casi las 12 de la noche. Detrás del mostrador hay un hombre mayor. Deja de lado el libro que ha estado leyendo y cuando fija sus ojos en mí permanece inmóvil por un imperceptible momento. Luego toma el registro de huéspedes, lo coloca sobre el mostrador y, sin dejar de mirarme, lo abre y lo empuja hacia mí.

—¿Quiere registrarse por favor?

Escribo mi nombre y mi nacionalidad. El hombre lee mi nombre.

—¿Cuánto tiempo piensa quedarse, señor Hammer? Y voy a necesitar su pasaporte.

Le entrego mi pasaporte.

—Todavía no estoy seguro. Ya le dejaré saber.

Elige una de las llaves colgadas en un llavero y me la entrega.

—Mi nombre es Sebastián —me dice—, llámeme para lo que necesite. Aunque yo estoy aquí solo de noche. El encargado de día es Antón —pausa y agrega—, quizás usted lo conoce.

Lo miro incrédulo y le digo,

—¿Que le hace pensar que puedo conocerlo? Puede ver que acabo de llegar.

—Tiene razón, disculpe, señor Hammer, fue un error; pensé que lo había visto a usted antes.

Leo y yo subimos a mi cuarto. Le doy 50 ‘*crones*’ (coronas) de propina —unos 5 dólares— y se despide, diciéndome que lo llame si necesito salir.

Cuando me recuesto, estoy agotado. La temperatura del cuarto es agradablemente templada, pero todavía siento en los huesos el frío adquirido durante el viaje en ferry. No me cabe duda de que el encargado, Sebastián, me ha conocido. Mejor dicho, ha creído reconocer a mi hermano. Estoy demasiado cansado para preocuparme por ello, me quito las botas, me acuesto y quedo inmediatamente dormido.

Al día siguiente me despierto a las 11 de la mañana, la diferencia de hora ha alterado mi reloj circadiano, va a tardar unos

días en normalizarse. A pesar de ello, me siento sorprendentemente bien. No puedo negar que estoy un tanto ansioso de comenzar con la investigación. Anderson y las personas que planearon la misión no estaban seguros de qué manera yo podría cooperar, de manera que mis instrucciones fueron no hacer nada de mi propia iniciativa, solo seguir las instrucciones de mi colega, la agente Greta Johanson.

Al mediodía bajo al restaurant del hotel. No veo a nadie más sentado, aparentemente soy el único huésped. Una camarera se acerca y me habla en sueco. No le entiendo. Pero como es común en Europa, el menú tiene fotografías de los platos. Apunto a una taza de café y a un sándwich que parece de tocino y queso.

Al rato llega otra camarera y me dice, en correcto inglés:

—Lo lamento, pero mi hermana (refiriéndose a la primera camarera) no habla inglés. No sabíamos si usted quería café solo o con crema, de manera que le traigo la crema aparte. El sándwich que usted pidió viene con queso y *korv*, lo que ustedes llaman salchicha. ¿Está bien?

Asiento y deja todo sobre la mesa. Me sonrío y, cuando está a punto de retirarse, veo que la otra camarera le hace una seña. La joven se vuelve y, en forma franca, me dice:

—Mi hermana quiere que le pregunte de donde es usted y si todos los hombres allí tienen los ojos de color negro.

Me rio en voz baja para no ofenderla y le contesto,

—No exactamente, vengo de Texas y allí también hay mucha gente de ojos azules. Aunque no tan bonitos como los de ustedes dos.

La otra camarera se ha acercado y sigue atentamente la conversación; su hermana le traduce lo que acabo de decir y las dos ríen encantadas. Luego repito lo que digo cada vez que me encuentro con una mujer por primera vez.

—Yo tengo los ojos negros porque heredé los de mi madre, que era una cherokee.

Me miran sin entender.

—Por favor, —me dicen— ¿qué es una ‘cherokee’?

—Una mujer de una tribu india.

Me miran asombradas y dudando. Luego se ríen y lanzan pequeños gritos tapándose la boca. No me creen.

—Usted, señor *cowboy* —me dicen—, es muy gracioso. Y se alejan riéndose.

Mientras desayuno, vuelvo a pensar en mi tarea. De acuerdo con el plan, Greta debe haber llegado hace siete días y debo esperar a que ella me contacte. No me han dicho cuándo será, solo que debo esperar.

En el hotel siento que estoy encerrado y decido familiarizarme con los alrededores. Me coloco mi abrigo y a pesar de que la temperatura continúa siendo de varias cifras bajo cero, salgo a caminar. Luego de caminar unas 10 cuadras por las veredas heladas, llego hasta el centro del pueblo, los comercios están abiertos y veo gente haciendo compras, caminando tranquilamente, indiferente al viento helado que sopla casi sin parar. A las seis de la tarde ha oscurecido y he llegado a mi límite de tolerancia hacia el frío, busco un lugar para calentarme.

Paso delante de un negocio y me parece escuchar música. Me detengo, la puerta tiene un pequeño cartel luminoso y a pesar de estar cubierto por nieve puedo ver que dice ‘BAR’; esa palabra parece ser la misma en todo el mundo.

Entro a un pequeño ambiente, idéntico a la mayoría de los bares en Texas: luz tenue, una larga barra de cedro lustrado y una fila de banquetas cubiertas de felpa. El aire es denso, cargado con los aromas mezclados de humo de tabaco, licor derramado y lana húmeda. A un lado, bajo una lámpara amarillenta que parpadea seguido, cuatro viejos pescadores sentados en una mesa charlan en voz baja. Cuando paso me lanzan un vistazo desinteresado y vuelven a su charla.

Me siento a la barra y los observo. Me recuerdan a un cuadro de Georges Seurat: gruesos abrigos de lana, remendados en algunos lugares, gorras bajas, y capuchas forradas de piel que

enmarcan rostros curtidos. Sus guantes yacen apilados en el centro de la mesa, húmedos por la nieve derretida, junto a vasos medio vacíos. Sus botas, aún cubiertas de aguanieve, descansan pesadamente sobre las tablas del piso.

El mesero se acerca para recibir mi orden; cuando me vuelvo hacia él se queda mirándome con el mismo gesto del empleado del hotel. Luego de un momento murmura una disculpa y desaparece. No tengo tiempo para preguntarme que sucede. Inmediatamente aparece un hombre obeso, de unos cincuenta años, vestido con un delantal de cocinero. Se planta frente a mí del otro lado de la barra y me mira con un gesto de no estar satisfecho de mi presencia.

—¡No puedo creer que tengas el descaro de aparecerte por aquí! ¡O tienes las bolas de un gigante o has perdido el seso!

Quienquiera que sea este hombre, es obvio que cree que soy mi hermano. Su furia ha teñido su rostro de rojo.

—¡Te has escapado como un cobarde! —me dice, en voz baja, tratando de no llamar la atención— ¿Qué crees, Ricardo, piensas que todo ha pasado?

Estoy pensando en que contestarle, pero no tengo oportunidad, el hombre continúa,

—Me habían dicho que habías vuelto, pero no podía creerlo... ¡Si crees que tu reputación va a salvarte esta vez, estás muy equivocado! Te has hecho de muchos enemigos, Ricardo.

Mi mente se mueve a máxima velocidad, tratando de encontrar una respuesta a las palabras de este hombre que no conozco pero que cree conocerme. No sé qué decir, debería haberme quedado en el hotel hasta encontrarme con Greta.

De repente, una voz suena a mis espaldas, preguntando:

—¿Qué sucede, Tomas? ¿Quién es este hombre?

Es la voz de la agente Greta Johanson. Me doy vuelta y me enfrento con ella. Casi no la reconozco, está vestida en vaqueros ajustados y una blusa escotada que resaltan atributos que no había

notado antes. Greta me mira sonriente, como disfrutando de mi sorpresa.

Tomas le dice:

—No quieres meterte en esto, Greta. Eres nueva en el pueblo, no conoces la historia de este sujeto. Mantente lejos de él, si quieres mi consejo. Lo conozco bien y sé lo que te digo.

Greta sigue sonriendo, sin inmutarse le dice:

—Vamos Tomas, no es manera de tratar a los recién llegados —me mira y agrega—, ven, extraño, te invito a una cerveza.

Tomas está por protestar, pero Greta no le da tiempo,

—Tomas, sé un buen muchacho y mándanos dos cervezas a la mesa.

Greta se vuelve y camina hacia una de las mesas meneando sus caderas de manera provocativa. Me doy cuenta de que mi compañera es una agente experimentada y sabe aprovecharse de su feminidad.

Tomas se resigna y deja el bar por una puerta al costado. Greta y yo nos sentamos a una mesa y el mesero nos trae dos cervezas.

—Me alegra que me hayas encontrado —le digo—, hay gente que cree conocerme y no estoy seguro de como debo actuar.

—Bueno, puedes relajarte, ya estamos juntos. Durante esta semana he averiguado varias cosas que pueden ayudarnos en la investigación.

Greta no ha perdido el tiempo, desde que llegó ha estado trabajando en nuestra misión. Me dice:

—Primero, he ido a la escuela y he hablado con la directora, explicando que estaba interesada en un trabajo de maestra. Me recibió muy bien y prometió llamarme cuando necesitaran un reemplazo. Ahora todo el pueblo sabe quién soy y que hago aquí. Luego acudí al periódico local, hablé con el dueño, le dije que había solicitado trabajo en la escuela y que quería familiarizarme con el pueblo. Me dio acceso a las publicaciones de los últimos años. Así revisé las noticias publicadas sobre las tres muertes.

Cuando fueron investigadas por la ‘polis’ local, la policía no encontró nada que mostrara que los asesinatos estaban conectados. Pero estoy segura de que había una cierta amistad entre tu hermano Ricardo, y las víctimas Frida y Lucas, aunque no encontré ninguna relación entre ellos y la primera víctima, el pescador llamado Bjor.

—¿Qué clase de relación tenían Frida y Lucas con mi hermano?

—Eso no lo pude determinar —baja la voz—, pero hablé con el dueño del periódico y me dio a entender que la policía no había estado muy interesada en investigar esas muertes. Luego de una averiguación perfunctoria declararon inconclusos los casos del viejo pescador y de la maestra. Y al cazador se lo consideró víctima del ataque de un oso. Tengo el presentimiento de que sabe más de lo que ha publicado o de lo que me ha dicho, pero tiene miedo de hablar. La oficina es un lugar pequeño, allí trabajan solo él y su hija y publican un pasquín que se ofrece gratis en los negocios. Pienso volver a hablar con él.

Greta bebe un trago de cerveza, sonrío con picardía y me dice:

—Pero sé cómo puedo averiguar más, me hecho algunos amigos aquí en el bar. En estos pueblos pequeños a la gente le gusta chismosear, y encontrándome por momentos con unos ‘amigos’ en el lugar oscuro en la parte de atrás del bar he obtenido un tesoro de información.

Greta me acaba de decir en la forma más natural que para proceder con la misión ha intercambiado sexo por información. No me sorprende, es una mujer atractiva con un cuerpo muy atlético, una combinación difícil de resistir. Mi rostro debe haber reflejado mi sorpresa, vuelve a sonreír y me dice:

—Pareces sorprendido; no te preocupes, sé cómo detener los encuentros antes de que lleguen demasiado lejos. Se trata solo de intercambiar algunas caricias. ¿Las investigadoras del FBI no usan estos métodos? ¿Crees que hacemos mal en usar nuestra

sexualidad para nuestra ventaja? Aparte, selecciono solo los hombres que me agradan.

—No critico tus métodos, al contrario, si estás dispuesta a hacerlo. Pero, ¿no crees que puedes despertar sospechas andando por ahí haciendo preguntas?

—No te preocupes cariño, tengo experiencia y sé cómo llevar la conversación al tema naturalmente, sin que sospechen. Veo que tienes mucho que aprender sobre las mujeres escandinavas. Además, debí establecer mi reputación de mujer accesible antes de que tú llegaras. De esa manera nadie se sorprendería de que tú y yo nos juntáramos desde el primer encuentro. Después de todo, tú eres buen mozo, pero nada especial —vuelve a sonreír con picardía—. Me parece que lo que sucede es que estás un poco celoso.

—Bueno, dejemos el tema y dime que has descubierto con tu método.

—Cierta gente a oído a Frida, Lucas y Bjork, las tres víctimas, discutiendo con tu hermano sobre dinero. Pero todos tenían temor de tu hermano. Y ahora que creen que tú eres él, se va a hacer más difícil encontrar informantes.

—¿Qué quieres decir?

—¿Tengo que explicártelo? Has anotado tu nombre en el registro del hotel. Es más, el encargado del hotel y Tomas, aquí mismo, te han reconocido y piensan que eres Ricardo. No sé qué clase de hombre era tu hermano, pero ha impuesto terror en todos los que lo conocían. Si ha estado envuelto en los asesinatos, nadie va a hablar sobre él.

—Entonces, ¿cuál ha sido el propósito de tu jefe de traerme aquí? No tiene sentido.

Greta suspira.

—Al contrario, querido, se ve que no eres un agente. Anderson y yo estamos convencido de que hay gente dispuesta a cobrar cuentas con tu hermano, o sea contigo, y van a salir de su

anonimato. Entonces sabremos quienes son los que están metidos en el asunto.

—O sea que me están usando de carnada.

—Así es. Pero no te preocupes, aquí estoy yo para protegerte. Y hay algo más. A unos kilómetros del pueblo está la planta que procesa el caviar. El pueblo vive prácticamente de ello. Creo que el dinero que mencionaban tiene algo que ver con la gente que maneja la planta. Es un consorcio, pero los verdaderos dueños son una mujer llamada Anastasia y su esposo, que es también el alcaide del pueblo. Hay rumores de que un dinero, usado para sobornar a alguien, ha desaparecido. Algunos piensan que tu hermano se lo ha llevado.

Pienso que el asunto es bastante complejo, hay muchos cabos sueltos. Y ahora Greta me ha dicho que puedo estar en peligro.

Le digo,

—¿Y ahora qué hacemos?

—Para empezar, invítame a cenar. Debemos pretender que quieres aprovecharte de mí —dice riendo.

Esa noche, sobre la cena, Greta me explica nuestro plan.

—El primer paso está hecho. Hemos logrado que te establecieras como Ricardo sin que nadie sospeche. Y sabemos que hay un dinero desaparecido de por medio. Tarde o temprano alguien envuelto en el asunto se cercará a ti y tendremos un sospechoso para investigar.

—Espero que llegues a investigarlo antes de que me liquiden.

—No te preocupes, ahora que todos creen que somos pareja, estaré contigo casi todo el tiempo. Y creo que puedo averiguar aún más: he tomado un cuarto en la casa de la directora de la escuela, una viuda llamada Beata, y es una chismosa de primera. Le he caído bien; cuando bebe se le suelta la lengua y le encanta contarme cosas. Esta mujer parece saber todo lo que pasa en el pueblo. De paso, ¿has hablado con el jefe de policía, te ha hecho llamar?

—No, para nada.

—La viuda me ha dicho que el jefe de policía se llama Eggerson, pero todos lo llaman 'ägget', que en sueco significa 'huevo.' Seguro que te llamará pronto, acuérdate de su nombre.

—Okey, lo tengo. ¿Qué más?

—Sabemos que la policía no se ha preocupado en investigar como corresponde los asesinatos y ha dejado los casos de lado. Pero estoy segura de que saben algo más. Cuando hables con el jefe de policía, debes tratar de averiguar la razón por la cual no han investigado como corresponde; si él cree que eres Ricardo puede que te hable del asunto.

—Haré lo posible, aunque no creo que mi hermano se haya llevado bien con la policía. ¿Hay algo más?

—Si: nuestro próximo paso, es muy importante y quizás un poco riesgoso. En la Oficina de Justicia debe haber documentos con información sobre las muertes y sobre la investigación. Mañana por la noche entraremos allí, vamos a revisar los archivos del caso.

Greta me ha hablado en la forma más natural sobre irrumpir en una oficina del Estado. No puedo evitar sentir cierta preocupación. Le digo,

—Me alegra que lo consideres solo 'un poco riesgoso', ojalá tengas razón.

Cuando terminamos de cenar, Greta me dice:

—Ahora salgamos juntos. A tres cuadras del hotel, sobre la calle principal, hay un café; nos encontramos allí mañana a las 3 de la tarde. Ahora te llevo de vuelta a tu hotel en mi moto de nieve —sonríe—. Pero no te hagas ilusiones, no voy a pasar la noche contigo. La viuda tiene un aparato de onda corta que pertenecía su marido y que nunca utiliza. Le voy a poner un somnífero en su té para que duerma toda la noche. Si tengo suerte voy a poder comunicarme con Anderson y decirle que te estoy protegiendo —agrega en tono cariñoso—, nuestro jefe está preocupado por ti.

No le contesto, el sarcasmo está justificado. Greta es un agente de primera clase y mi vida está en sus manos.

A la mañana siguiente estoy desayunando en el hotel. He llegado a ver la realidad de la situación y, aunque Greta la describió en términos muy ligeros, me preocupa. Greta fue franca; la razón principal por la que me trajeron aquí es que, al ser tomado por mi hermano, alguien me contactará o, más probablemente, intentará matarme. Y entonces, tendremos sospechosos.

Supuestamente, Greta se va a asegurar de que no me pase nada malo. Pero la verdad es que mi bienestar ha tenido una prioridad menor que la investigación. Pero no les culpo, la idea tiene sentido.

Las hermanas, luego de servirme el desayuno, se han sentado a mi mesa y me bombardean con preguntas. La conversación se alarga porque la más joven hace preguntas en sueco y la mayor debe traducirlas, y lo mismo con mis respuestas. Pero no tengo nada que hacer y me entretienen.

—Así que dime, cowboy, ¿a cuántos indios has matado?

—Lamento desilusionarte, pero ya no matamos a los indios. Al contrario, los contratamos como extras para las películas. Ahora dime. ¿Qué edad tienen ustedes?

—Yo tengo 18 y mi hermana 17. De paso, ya que no lo preguntas, mi nombre es Helga y mi hermana se llama Ebba. Y algo que probablemente ignoras: en Suecia, la edad necesaria para consentir a una relación sexual es de 15 años. De manera que, respecto a nosotros, no tienes que preocuparte.

—La conversación se ha vuelto un poco escabrosa. Decido cambiar el tema. Muy bien, —le digo—. Ahora explícame algo, ¿como es que tú hablas inglés tan bien y tu hermana no?

—Mi hermana habla bastante inglés; lo que sucede es que es tímida, más aún con los hombres.

—Entonces que ella me haga la próxima pregunta.

Ebba me mira en forma inhibida y me pregunta,

—¿Con cuantas indias te has acostado?

Me ha tomado de sorpresa y no puedo evitar reírme. De vuelta al mismo tema. ¿qué sucede con las mujeres escandinavas, que tratan sexo como si fuera una práctica de lo más común?

En ese momento llega Leo, el conductor de la máquina Caterpillar. Leo es alto y buen mozo y las hermanas lo reciben con sonrisas sugestivas.

—Señor Hammer, el jefe de la policía me ha dicho que desea verlo. La estación está solo a unas cuadras del hotel y tengo el Caterpillar afuera. Si usted quiere, puedo llevarlo.

Decido probar que relación tenía mi hermano con el jefe. Le digo:

—Dile que estoy ocupado y que pasaré a verlo cuando tenga tiempo.

Leo permanece mirándome, sorprendido por mi respuesta.

—Al jefe no le va a gustar eso, señor Hammer; él lo esperaba ya mismo.

—Bueno Leo, dile que lo lamento y que tengo cosas importantes que hacer.

Leo insiste,

—El jefe me puede preguntar cuáles son esas ‘cosas importantes’.

—Si te pregunta, dile que yo digo que no es asunto de él.

Leo duda, pero lo miro esperando que se retire; suspira y se aleja.

Helga y Ebba me miran impresionadas.

—Nadie le ha hablado así al señor Eggerson, ¿no te preocupa?

Les respondo sonriendo,

—¡En absoluto! Nosotros los cowboys somos rebeldes, no nos agrada que nos den órdenes.

Las hermanas me miran, no saben si les estoy hablando en serio.

CAPÍTULO 7

ANASTASIA

La mansión se eleva en el desierto helado como una aparición, un monumento de vidrio y piedra, iluminado por un sol pálido y frío. El edificio no parece pertenecer al mundo que lo rodea. Las líneas afiladas de su arquitectura son suavizadas solo por la escarcha que se adueña de todas las superficies. Una gran escalera de piedra pulida conduce a puertas dobles de roble oscuro enmarcadas en hierro. Al atardecer, a través de las altas ventanas, pueden verse las luces de los candelabros de cristal, que brillan inmóviles, como constelaciones congeladas. En el interior, un fuego ruge en el hogar, esparciendo reflejos sobre el piso de mármol pulido y haciendo que el aire huelga a cedro y humo.

Sobre el manto del hogar cuelga una pintura al óleo de una mujer joven, de refinada elegancia, sentada contra un fondo de cortinas de terciopelo rojo, las mismas cortinas que en ese momento cubren las paredes del salón. El pincel del pintor ha capturado en detalle su hermoso rostro, enmarcado por un cabello cuidadosamente arreglado con un broche de diamantes.

Pero son sus ojos los que llaman la atención; de un azul grisáceo penetrante y pintados en el retrato con tanta precisión que parecen casi vivos. No hay calidez en ellos, solo seguridad y una tranquila determinación. Su mirada es la de una mujer

destinada al poder, a mandar a otros y a ser obedecida. En ella se ve el reflejo de una determinación inquebrantable.

La mujer en el retrato es Anastasia Johanson, la dueña de la planta productora de caviar y la persona más poderosa de Alltärvitt.

Veinte años después de que al artista la trasladó a la tela, la misma mujer está sentada en el mismo cuarto, en un sillón ubicado al frente de las mismas cortinas.

La edad ha suavizado sus rasgos, pero no su presencia. Hace veinte años, era el tipo de belleza que perturbaba en silencio. Ahora los años han menguado su belleza: líneas alrededor de la boca y los ojos, el color de su cabello opaco bajo discretos toques de tinte dorado. Sin embargo, nada esencial la ha abandonado. La curva de sus labios, aunque más delgada, todavía insinúa la sonrisa de alguien que sabe que es temida más que amada. Su mirada sigue siendo penetrante como siempre, y su voz lleva el peso de la autoridad habitual, el tono de alguien que ha dado órdenes toda su vida y no ve ninguna razón para dejar de hacerlo.

Frente a Anastasia están sentados tres hombres: uno es Sergio Gustaf, su esposo y, gracias a la influencia de su esposa, alcaide de Alltärvit.

El segundo hombre es Dimitry, secretario de Anastasia, su guardaespaldas y el jefe del grupo para-militar KV. Dimitry es un hombre de cincuenta años, alto y fornido a pesar de su edad, viste un uniforme negro y lleva una pistola en la cintura.

El tercero es Carl Gustaf, el hijo de Anastasia y Sergio. Carl es un hombre joven, delgado y alto, de figura atlética y con los ojos color acero de su madre.

—¿Estás seguro de que el recién llegado es Ricardo Hammer? La pregunta de la mujer está dirigida a Dimitry, su guardaespaldas.

El hombre responde en un fuerte acento ruso:

—Absolutamente; el encargado del hotel y otras personas lo reconocieron.

—¿Cuándo llegó y que ha hecho desde entonces?

—Llegó hace tres días en el ferry. Se ha registrado en el hotel, no ha tratado de ocultar su identidad.

Anastasia reflexiona por un momento.

—¿Que creen ustedes que Ricardo puede estar haciendo en Alltärvitt? —pregunta, sin dirigirse a nadie en particular—. Se sabe que se escapó con el dinero, y algunos de los pescadores lo odian. No me extrañaría que alguien quisiera matarlo.

—Es probable que haya vuelto por la misma razón por la que llegó aquí la primera vez —dice Dimitry, creemos que se está ocultando de las autoridades. Y supone que, en el pueblo, los que lo conocen no se van a animar a meterse con él, saben que es un criminal peligroso.

Anastasia le pregunta a Sergio, su esposo:

—¿Has hablado con Eggerson?

—Sí, en cuanto me enteré de que Ricardo había llegado. Le ordené que lo vigilara. Hizo un poco de resistencia, no quiere meterse en esto; pero le recordé que soy el alcaide y que puedo reemplazarlo en cualquier momento.

Anastasia duda,

—¿Crees que lo hará? Ese hombre es un inútil, y su aspecto no lo ayuda. Solo sirve para romper peleas entre pescadores y encerrar a algún borracho.

—No hay que preocuparse, Eggerson no quiere perder su trabajo; me ha obedecido y ya lo está haciendo seguir.

—¿Y qué ha informado, ha descubierto algo?

—Hammer no ha hablado con nadie desde que ha llegado, solo se ha juntado con la mujer noruega, esa que llegó hace una semana y quiere ser maestra.

Anastasia muestra una sonrisa irónica.

—¡Esa ramera! Me han hablado de ella, solo quiere sacarles plata a los pescadores y a otros en el bar. No hay que preocuparse por ella.

Carl, el hijo, la interrumpe,

—Si Hammer te preocupa tanto, madre, porque no lo haces seguir por uno de los tuyos. O mejor aún, porque no lo matamos; yo me encargo de ello...

Anastasia silencia a su hijo con una mirada fulminante.

—Hijo, te amo, pero a veces actúas como un idiota. Por dejarte eliminar a ese pescador que iba a hacer la denuncia nos metimos en un gran lío, hemos tenido suerte de poder evitar que Eggerson se encargara de la investigación. Inútil como es, quien sabe dónde hubiera metido su nariz.

Se dirige a su esposo:

—Haz tu trabajo y asegúrate de que Eggerson lo siga y nos informe de todo lo que hace Ricardo. Tengo un mal presentimiento y no voy a estar tranquila mientras ande suelto por ahí. Y ahora déjenme, quiero sacar a pasear a mis perros.

CAPÍTULO 8

UNA MUERTE INEVITABLE

A las 3 de la tarde estoy sentado a una mesa del café y entra Greta. Me levanto, me toma del cuello y me da un beso en la boca.

—Muéstrate cariñoso, me dice, se supone que dormimos juntos. Ayer puse el somnífero en él té de la viuda y hablé con Anderson por el transmisor de onda corta, le informé que nos habíamos encontrado y lo puse al tanto de la investigación. Solo dijo que tengamos cuidado.

—¿Has descubierto algo nuevo?

—Algo interesante. Estuve conversando con la viuda antes de ponerla a dormir y me he enterado de que un año antes del primer asesinato, cuando desapareció el pescador llamado Bjork, hubo otro crimen. Un hombre llamado Serrano fue asesinado en su casa de un balazo.

—¡Otro asesinato! Se supone que Alltärvitt es un pueblo pacífico y tranquilo... ¿o es que estamos en Chicago?

—Como sea. Detuvieron al presunto asesino, hubo un juicio, pero no fue condenado.

—¿Piensas que tiene que ver con las muertes que estamos investigando?

Greta se encoje de hombros.

—No sé, quizás. Pero es posible que los asesinatos que siguieron meses después tengan que ver con esa muerte y con ese juicio. La información está guardada en algún archivo en la Sala

de Justicia y nadie nos la va a dar. Esta noche vamos a entrar a allí, debemos hallarla.

—¿Cómo piensas que vamos a entrar?

Greta sonríe.

—Uno de mis 'confidentes' es uno de los guardias. Después de unos momentos íntimos detrás del bar, le hice unas preguntas. Intentando impresionarme, cantó como un canario. Me aseguró que por la noche solo hay un guardia que hace rondas cada hora. Y no hay alarma.

—¿Estás segura de que te ha dicho la verdad?

—¡Querido! —me dice sonriendo—, no me conoces. Una vez que les permito un poco de intimidad, siempre vuelven por más. Estoy segura de que mi confidente no me ha mentado, querrá verme otra vez.

—¿Algo más?

—Los guardias que vigilan la sala de justicia son del mismo grupo que cuida la planta donde se procesa el caviar. Por lo que entendí, son unos tahúres que forman la guardia personal de la dueña, su esposo el alcaide y el resto de la familia. Debemos tener cuidado con ellos. No son de aquí, son rusos expatriados, exconvictos.

La advertencia, a diferencia de mí, no parece alarmar a Greta. Termina diciendo,

—Iremos esta noche; tengo un plan.

A las diez de la noche, Greta y yo estamos cenando en el restaurant del hotel. Es viernes, y el lugar está más concurrido que de costumbre. La barra está ocupada por varias filas de jóvenes, bebiendo y riendo. En un rincón, una gran pila de abrigos de todos tamaños atestigua la temperatura exterior, que ha bajado a una docena de grados bajo cero.

La figura de Greta ha atraído la atención de tres jóvenes sentados al bar. Los tres llevan la casaca del equipo de fútbol del

pueblo. Uno de ellos en particular, más alto y fornido que el resto, ha estado lanzándole miradas sugestivas.

—Es hora de hacer que recuerden que nos han vistos juntos —dice Greta—, yo me encargo de ello.

Se levanta y se dirige al bar. Lleva un par de vaqueros ajustados y una blusa escotada que rebela las líneas de su busto. Se aproxima a la barra y ordena dos cervezas. El joven que la ha estado mirando se acerca, se para detrás de ella e intercambia unas palabras con el hombre sentado junto a Greta. El individuo se aparta y le cede el lugar al joven. Greta está parada esperando las cervezas, el joven le dice algo y Greta le sonríe. El tumulto del bar y la música ahogan la conversación y desde mi mesa no puedo escuchar lo que dicen.

Es obvio que el joven ha estado bebiendo y trata de impresionarla. Greta toma las cervezas y cuando se vuelve hacia nuestra mesa, el joven la toma del brazo.

Greta trata de alejarse, pero el joven insiste y trata de impedirselo. Greta reacciona, levanta una de las copas y le arroja la cerveza en la cara. Sigue un tumulto, el joven trata de llegar a Greta y sus amigos tratan de detenerlo. Me levanto y me acerco; el joven se vuelve hacia mí. Sé que tiene ganas de golpearme; es más alto y fornido, pero no me conoce y mi seria mirada lo hace dudar. Sigue un momento en el que los dos nos quedamos mirándonos.

Sebastián, el encargado del hotel, parado detrás del mostrador se ha puesto pálido y me mira. Desde el día que llegué, Sebastián me ha identificado como mi hermano. Alarmado, se inclina sobre el mostrador, toma del brazo a uno de los amigos y le dice unas palabras al oído. Los dos jóvenes me miran e inmediatamente reaccionan; toman a su amigo y lo fuerzan a alejarse. Cuando se resiste, le dicen quien creen que soy. El joven queda inmóvil, luego de un momento nos mira, murmura una disculpa y él y sus amigos dejan el restaurante de prisa.

Sebastián se acerca y me dice:

—Lo lamento, señor Hammer, no volverá a pasar. Y por favor dele mis disculpas a la señora.

Cuando volvemos a la mesa, Greta se ríe.

—Bueno —me dice, disfrutando—, sí que se asustaron. Es la primera vez que un hombre defiende mi honor.

Seguimos sentados a la mesa, varios de los parroquianos nos miran con curiosidad.

Greta se levanta y dice:

—Hemos conseguido nuestros testigos, ahora debemos hacer creer que pasamos la noche juntos. Es hora de irnos.

Dejamos el restaurant, caminando en un interludio amoroso. En la recepción, Sebastián me alcanza la llave, diciendo en un tono de amable picardía,

—Que el señor y la señora tengan muy buenas noches.

En mi cuarto, me cambio a un equipo de jogging. Greta toma de su mochila un conjunto de color negro ajustado y se lo coloca. Cuando abre su mochila, por un instante veo en el interior el brillo de un arma.

Una hora más tarde, los dos, cubiertos por gruesos abrigos de color oscuro que llegan casi hasta el suelo, cruzamos sigilosamente la recepción del hotel. El encargado, echado hacia atrás en su sillón, ronca detrás de un libro abierto apoyado sobre su rostro.

Salimos a la calle; el pueblo permanece inmóvil bajo una capa de hielo, sin ninguna señal de vida. Las calles están desiertas, las casas oscuras y silenciosas. El viento gime como un animal herido, sacudiendo las persianas y arrastrando la nieve en largas cintas que semejan fantasmas bailando bajo las luces de los postes. A lo largo de la calle principal, los montículos se amontonan contra las puertas, creando estatuas esculpidas por el vendaval. Greta produce de su mochila dos máscaras de esquiar negras y me da una.

—Póntela —me dice—, no sabemos con quién nos podemos encontrar.

Greta se mueve sin hacer ruido, sus pasos apenas perturbando la nieve que cubre la vereda. Me dice solo una palabra:

—Sígueme.

Me muevo tras la sombra de Greta, siguiendo el vapor de su aliento, que flota en el aire helado.

Caminamos en silencio varias cuerdas y nos detenemos frente a la puerta de un edificio de oficinas. Estamos separados de la Sala de Justicia por otros dos edificios.

Greta se quita sus guantes, de su mochila toma una pequeña cartera y sus dedos ágiles trabajan sobre la cerradura. Escucho un clic y Greta abre la puerta, muy lentamente. Entramos en un pasillo bordeado de oficinas a oscuras, al fondo hay una escalera.

Llegamos a la escalera y Greta sube los escalones de a dos, sin apresurarse, sin producir ningún sonido que denuncie sus pasos. Cada uno de sus movimientos es deliberado. Trato de mantener la calma, pero siento el sudor de mis manos deslizándose dentro de mis pesados guantes. Luego de subir tres pisos nos detenemos frente a una escotilla que da acceso a la azotea.

Greta pausa, se vuelve y me mira, su rostro a unos pocos centímetros del mío. Quiere verificar que sigo bien. Noto que su respiración no ha variado desde el momento en que nos encontramos, no hay una sola señal de agitación en su cuerpo. Con un gesto le doy a entender que estoy bien. Salimos por la escotilla y en un momento somos dos sombras que se mueven rápidamente a través de las azoteas hasta llegar al edificio de Justicia.

La posibilidad de que seamos descubiertos aguza mis sentidos. Greta se detiene frente a un tragaluz, saca de su mochila un par de lentes infrarrojos, se inclina sobre el cristal e inspecciona la sala debajo.

—No hay nadie —me dice—; vamos a entrar.

Encontramos la puerta que conduce a la escalera del edificio, pero está bloqueada del lado de adentro. Greta se arrima al borde

de la terraza y se asoma sobre la baranda. Una ventana del tercer piso está cerca, llega casi hasta la terraza. Se quita la mochila y me la entrega.

—Espérame aquí, —me dice.

Pasa sobre la baranda y se para en el borde del otro lado. Se agacha y, tomándose de un caño de desagüe, se desliza hasta que consigue hacer pie en el borde inferior de la ventana. Con un golpe seco rompe el vidrio, entra su mano, la abre y desaparece dentro del edificio.

Pasan varios minutos, Greta no aparece y comienzo a preocuparme. Pero no puedo hacer nada, solo debo esperar. El viento helado me entumece y no veo un rincón en donde refugiarme. Luego de quince minutos la puerta de acceso a la escalera se abre y Greta se asoma, haciéndome señas de que entre.

Cuando me reúno con ella, se coloca la mochila y dice:

—Debemos bajar el primer piso, sé dónde están los registros de los juicios.

Bajamos por la escalera. Cuando pasamos por el tercer piso, por el que ha entrado Greta, a través de la puerta abierta, veo en el suelo el cuerpo inconsciente de un hombre. Debajo de su gorra, un hilo de sangre mancha el piso.

—Un guardia oyó el ruido del cristal roto y vino a investigar —me explica—. Lo escuché venir, cerré la ventana y me escondí debajo de un escritorio. Cuando caminaba alrededor iluminando con su linterna, le di un golpe con mi pistola. No me vio. Va a seguir inconsciente por un rato, debemos apurarnos.

Bajamos por la escalera. En el primer piso pasamos varias oficinas hasta que llegamos a una con el cartel 'Registros y planillas'.

La puerta no está cerrada con llave. En el interior, el aire está viciado, espeso con olor a moho y papel almacenado. Greta toma de su mochila una linterna y la enciende. El cuarto está lleno de cajones de archivos y lectores de microfilmes.

Una fila está marcada 'Legajos de juicios'. Mientras sostengo la linterna, Greta encuentra un cajón marcado 'R-S-T'. Lo abre, busca por un momento, y toma una carpeta titulada 'Juicio Felipe Serrano'.

—¡La tengo! —me dice, guardando la carpeta en su mochila—. ¡Vamos, se nos acabó el tiempo!

Llegamos a la escalera y subimos volando sobre los escalones. Solo nos queda llegar a la terraza y alcanzar la calle por el mismo camino por el que llegamos.

Cuando pasamos el segundo piso, las luces se encienden de golpe. Los tubos fluorescentes parpadean débilmente sobre nuestras cabezas, creando una penumbra que hace distinguible nuestras figuras en fuga.

Un instante después, el estruendo de un disparo resuena en el hueco de la escalera, y una bala rebota en la barandilla de metal, soltando chispas.

Nos agachamos instintivamente, presionándonos contra la pared. La voz del guardia nos alcanza, escalofriantemente firme, con un fuerte acento ruso.

—¡No van a salir de aquí con vida!

En un vistazo fugaz distingo la silueta del guardia, descendiendo hacia nosotros con dificultad, una mano sujetando la barandilla para mantener el equilibrio, y la otra empuñando su pistola.

Nos volvemos y bajamos saltando los escalones, sin hacer caso al estrepito de nuestros pasos. Nuestro aliento corta el aire en ráfagas irregulares mientras nos precipitamos por la escalera. Un par de balazos pasan cerca y hacen impacto en la pared, cerca de nuestras cabezas.

En mi frenesí, luego de pasar por el primer piso me doy cuenta de que Greta no está detrás mío. Pero no puedo detenerme, sigo bajando, impulsado por el desesperado deseo de alejarme. Llego al rellano final y, a través del sudor que me quema los ojos,

veo la pesada puerta de salida. Me abalanzo sobre la manija, y trato de moverla, pero no cede. Está cerrada con llave.

Por un instante me congelo, las piernas se me doblan y el latido del corazón me aturde los oídos. Arremeto contra la puerta cerrada, golpeando mis manos contra el frío metal. Estoy atrapado. En mi desesperada confusión, mi pensamiento se vuelve hacia Greta, deseando que haya encontrado una salida.

Me vuelvo y en la penumbra veo una sombra que toma forma. Es mi perseguidor, descendiendo los escalones que nos separan. No veo su rostro, pero distingo la sangre que gotea, manchando la escalera. El hombre se tambalea y se aferra a la pared para no caerse; el golpe que le aplicó Greta con la pistola casi lo inmoviliza, pero sigue bajando, despacio, a pasos deliberados.

En mi pánico, el tiempo parece detenerse. Siento, en el aire que respiro, el sabor metálico de mi miedo. El guardia continúa bajando con dificultad los últimos escalones y en un momento puedo distinguir su rostro. La sangre que brota de su frente le impide verme y con la mano que sujeta la pistola se refriega sus ojos. Su rostro es una máscara escalofriante de odio que declara su intención, no tiene interés en capturarme. Quiere vengarse, terminar con mi vida.

“Así es como termina todo” —pienso. Extrañamente, lo que más lamento es que voy a morir sin saber el nombre de mi asesino. La pistola se levanta hasta que el cañón, como un pozo negro sin fondo, apunta directamente a mi frente. El seco tronar de un disparo me aturde y reacciono desconcertado, tratando de sentir el dolor del balazo. En cambio, he sentido un violento golpe que me ha arrojado de espaldas contra la puerta. El guardia, lanzado contra mí por la fuerza del impacto de la bala que penetró su espalda, se aferra a mí, su rostro casi tocando el mío. Sus ojos, hasta hace un momento llenos de odio, se apagan. Lo empujo alejándolo de mí y cae sobre el piso, todavía empuñando la pistola.

Unos escalones más arriba, en el descanso de la escalera, enmarcada en la penumbra, está la forma inmóvil de Greta, sosteniendo una pistola humeante con manos firmes. No había gritado una advertencia. Simplemente había actuado, apareciendo entre las sombras como una fuerza de la naturaleza, silenciosa y letal.

Greta desciende lentamente los escalones, sin bajar el arma hasta estar segura de que la amenaza ha desaparecido. Sus manos no tiemblan y, a diferencia de la mía, su respiración es perfectamente normal. Una vez más, alguien me ha salvado la vida; y esta vez ha sido una mujer que he conocido por solo unos pocos días.

Trato otra vez de abrir la puerta que da a la calle,

—¡No, por ahí no! —exclama—, el guardia puede haber dado la alarma y podemos encontrarnos con la policía. O alguien puede vernos. Vamos a salir por las terrazas, como entramos.

Nos retiramos por el mismo camino por el que llegamos. Cuando alcanzamos la calle, cada soplo de viento se siente como un agujijón en el rostro. Pero no vemos a nadie, el pueblo helado continúa en silencio.

Nos alejamos caminando, y en un minuto quedamos cubiertos de nieve. Greta se vuelve hacia mí, los copos de nieve pegados a su rostro brillan y resaltan sus ojos azules. No parece alterada en lo más mínimo; su voz es tranquila, como si en vez de una peligrosa misión hubiéramos salido de un cine luego de ver una película.

—Vamos a tu hotel —me dice—, no quiero correr el riesgo de que la viuda se despierte y me vea entrando a las dos de la mañana.

Cuando entramos al hotel, el encargado está durmiendo en la misma posición en la que lo dejamos una hora antes. Una vez en mi cuarto, alejado el peligro, me detengo y miro a Greta. Los sentimientos que ha acumulado en los peligrosos momentos que acabamos de vivir, las emociones contenidas de manera que le

permitieron hacer su trabajo, súbita y violentamente, hacen erupción.

Deja caer la mochila al suelo, y veo con sorpresa que sus manos tiemblan. Se queda rígida por un momento, se sienta sobre la cama y entierra su rostro entre sus manos. Su respiración se agita en un crescendo que termina en una exclamación ahogada.

—Estoy bien. Estoy bien —repite—, hice lo que tenía que hacer.

Retira las manos de su rostro y me mira.

—Es la primera vez que disparo sobre alguien a sangre fría. No tuve tiempo para hacer otra cosa, el guardia estaba por dispararte.

Destellos del rostro del guardia parecen surgir en su mente: la desesperación salvaje en sus ojos, el disparo ensordecedor, el silencio que siguió. Greta presiona sus palmas contra sus sienes como si pudiera bloquear sus pensamientos, pero las imágenes persisten y se levanta la voz acusadora: *Apretaste el gatillo. Terminaste con él.*

Un sollozo escapa de ella, irregular y reacio, y luego otro, hasta que todo su cuerpo tiembla. De nuevo entierra su rostro entre sus manos, con sus pensamientos divididos entre la certeza de que no tenía elección y el peso aplastante de haber quitado una vida.

Se hunde en la cama, acurrucándose hacia dentro, agarrándose los brazos para mantenerse unida. Me siento en la cama a su lado, esperando a que pase el momento y tratando de consolarla.

"Quiero que me tomes ahora —susurra—, ayúdame a sacarme esta pesadilla de la cabeza."

Sin separarse, se quita la ropa poco a poco. Luego se aparta y me mira, como invitándome a disfrutar de la vista de su cuerpo.

Es la primera vez que la miro así; el tiempo parece detenerse y no puedo apartar la vista. Greta es alta, con los hombros rectos y el cuerpo equilibrado. Está desnuda, pero no hay nada frágil en

su desnudez: solo poder, gracia y desafío. Sus músculos se estremecen suavemente a lo largo de sus brazos, su abdomen es tenso y cada curva de su cuerpo encaja en perfecta armonía. La luz de la lámpara se desliza por su pecho, por su vientre y desaparece en las curvas de su cadera. Es una diosa guerrera, descarada, inmóvil, como si estuviera tallada en mármol por un artista que la ha capturado en un tono indefinido entre fuerza y belleza.

Cuando la conocí me había parecido completamente indiferente y ahora sus labios entreabiertos me envían, sin romper el silencio, un claro y evidente mensaje de intimidad.

Respondo a su pedido y minutos más tarde estamos haciendo el amor: Greta desnuda retorciéndose sobre mí, mordiéndome suavemente, refregándose contra mí piel, descargando en el calor generado por el roce de nuestros cuerpos la energía y la tensión acumulada durante nuestra aventura, como si cada caricia ayudara a borrar el recuerdo de lo sucedido y a disipar su angustia.

Cuando terminamos, Greta, ya más compuesta, me dice, en voz tan baja que casi no puedo oírla:

—Yo lo conocía.

—¿Qué quieres decir?

—El hombre que maté, lo he visto antes. Era uno de los guardias que sedujo en el bar para obtener información.

Me quedo mirándola, no sé qué decir. Greta sacude la cabeza como para expulsar sus ideas, se cubre con una sábana y se levanta.

—Vamos —me dice—, tenemos que ver que hay en esa carpeta y si todo esto valió la pena.

Greta se sienta al escritorio, abre la carpeta, toma dos documentos y los coloca sobre el escritorio.

—Tenemos que revisar estos documentos y deshacernos de ellos. No le va a llevar mucho tiempo a la policía el comprobar que documentos nos hemos llevado. Y tú eres uno de los relacionados en este caso; la policía puede aparecerse en

cualquier momento. Y no puedes anotar nada, es seguro que nos van a revisar.

Los documentos llevan el membrete '*Investigación y proceso del caso Felipe Serrano*'. Nos repartimos los documentos y en una hora tenemos una clara noción de parte del asunto.

Greta termina de leer, deja los documentos a un lado y dice:

—Es fácil ver porque nada de esto se ha hecho público. Serrano intentaba presentar una denuncia ante el tribunal, aunque el documento no dice en que constaba. Esa noche el asesino irrumpió en su cuarto y lo liquidó de un tiro. Cuando escapaba fue visto por una vecina que lo describió en detalle a la policía y un hombre de las mismas características fue capturado minutos después a solo unas pocas cuerdas del crimen. No le encontraron el arma homicida, pero la vecina aseguró que era el mismo hombre. El acusado era no otro que Carl Gustaf, el hijo de Anastasia Gustaf, la dueña de la planta de caviar.

»Carl tenía trazos de pólvora en sus guantes y en su ropa y había dejado huellas de nieve del mismo tamaño de sus botas en el cuarto del crimen. El fiscal declaró que había las suficientes pruebas para llevarlo a juicio.

Greta pausa, toma otro documento y dice:

—Unos días más tarde, cinco testigos se presentaron y dijeron que el acusado había estado jugando al póker con ellos en el momento del crimen. El juez se reunió con ellos en secreto y declaró nula la causa. Hubo un gran escándalo y el fiscal renunció y dejó Alltärsvitt. El asesino nunca fue hallado y el nombre de los testigos fue mantenido en secreto por orden del juez. Y, por supuesto, los documentos con la denuncia que hizo Serrano desaparecieron misteriosamente.

Greta pausa y toma un documento marcado en letras rojas '*Secreto y confidencial*'.

—Pero aquí está lo bueno, lo que el periódico no pudo o no se animó a publicar. En este documento están los nombres de los testigos que declararon en favor de Carl. Y lo interesante es que

tres de ellos están muertos. Son las víctimas de los asesinatos sin resolver: Bjork, el pescador, Frida, la maestra local y Lucas, el cazador. El cuerpo de Bjork fue hallado flotando con una herida en la cabeza. Era un borracho consuetudinario y se asumió que había caído de su barco y arrastrado mar adentro por la corriente. La maestra fue asesinada una noche al dejar el bar; no encontraron su cartera y se supone que fue un robo. Fue un día que el ferry estaba atracado en el puerto y se asumió que el asesino fue alguien de la tripulación. El ferry zarpó al día siguiente y la tripulación no llegó a ser interrogada. Y el cazador fue hallado muerto cerca de su moto de nieve a unos kilómetros del pueblo. Su cuerpo había sido destrozado y se supuso que había sido sorprendido por un oso.

Greta me mira y sonrío de forma irónica.

—O sea que nadie más se está preocupando por los muertos o por las causas de sus muertes.

—Hasta ahora son tres —le digo—, tú mencionaste cinco testigos.

—Esa es la crema del pastel, querido. El otro es un trampero llamado Jones. Aparte de que es nombrado como testigo, las actas no dicen nada sobre él.

Greta pausa y me toma de una mano.

—¿A que no adivinas quien es el quinto?

Toma un legajo, me indica un párrafo con cinco nombres y apunta a una línea que muestra un nombre. La tinta está parcialmente descolorida por los años, pero que se puede leer claramente, dice: "*Ricardo Hammer*".

Permanezco inmóvil; Greta me aprieta la mano y dice:

—Así es. Tu hermano fue uno de los testigos. Debemos pensar sobre esto. Ahora sabemos cuál es la relación entre estos asesinatos sin resolver. Aunque no sabemos la causa. Pero ahora debemos deshacernos de estos documentos; la policía piensa que tú eres Ricardo. Es probable que ya estén investigando el robo a la sala de justicia y con más razón van a venir en tu busca. Y no

solo eso, tu y el trampero Jones son los únicos sobrevivientes de la lista. No sería raro que la próxima víctima seas tú. Ahora, vamos a desquitarnos de todo esto.

Greta toma la carpeta, arruga los papeles y los quema en la pileta del baño. Luego toma las cenizas y las arroja en el toilette.

El cuarto huele a humo y Greta abre una ventana. La temperatura baja inmediatamente y podemos ver nuestro aliento condensado en el aire helado. Greta se mete en la cama.

—¡Vamos! —me dice riendo—, métete, te vas a congelar! Se supone que hemos estado haciendo el amor, cuando entre la policía debe encontrarnos en la cama.

Tiene razón. Me acuesto junto a ella y nos cubrimos con las mantas. Por primera vez en la noche me siento relajado. Pero luego de un largo rato, la policía no aparece y nos quedamos dormidos.

Cuando despierto, la luz del sol ilumina claramente el cuarto.

En ese momento, Greta sale del baño, se ha duchado y parece haberse recuperado completamente de la experiencia de anoche.

Se acuesta junto a mí, se ríe y me abraza con fuerza. Pero no hay sexo en su intención, solo un deseo de íntima compañía.

—Esta mañana la mucama va a venir a hacer el cuarto —me dice—, y se va a dar cuenta de si hemos hecho el amor o no, sabes cómo somos las mujeres. Deben quedar trazas de nuestro romance, se supone que somos amantes.

No tenemos que preocuparnos, en nuestro anterior momento de pasión, toda la tensión de la noche ha quedado depositada en las sábanas.

A las 10 de la mañana, la mucama golpea en la puerta del cuarto. Pretendemos no escucharla, queremos que nos vea. Un momento después, el sonido de la llave y la puerta que se abre. Greta ha apartado las cobijas lo suficiente como para que la mucama vea que estamos desnudos. La mujer entra y se detiene, sorprendida.

—¡Disculpen! Pensé que la habitación estaba vacía. Vuelvo más tarde.

Se retira mortificada. Greta se ríe y dice:

—Bueno, ahí tenemos otro testigo.

Pero la segunda visita no es tan fácil de ignorar. Diez minutos más tarde golpean en la puerta, diciendo,

—Abra la puerta señor Hammer, es la policía.

Greta y yo nos miramos.

—Sabíamos que vendrían por ti —me dice—, espera que entre al baño y abre la puerta.

Me pongo una bata y abro la puerta. Veo a un policía en impecable uniforme. Parece ser muy joven, es corto de estatura y muy delgado. Tiene los ojos alargados como los mongoles; a pesar de su seria expresión, su apariencia es completamente inofensiva. Me dice:

—Lamento molestarlo señor Hammer. Mi nombre es Supiaq, soy el ayudante del jefe de policía. El jefe me ha dicho que quiere verlo; por favor, vístase y acompáñeme.

Mientras me visto, Greta sale del baño, concentrada en nuestra investigación. Me dice:

—Están investigando el asesinato del guardia; es lógico que quieran hablar contigo, eres recién llegado al pueblo. Ve con el policía y de paso, cuando hables con el jefe, trata de averiguar lo que puedas sobre ese juicio, estoy segura de que tiene algo que ver con los asesinatos.

CAPÍTULO 9

EGGERSON

Media hora más tarde entro en la oficina del jefe de policía. El jefe se incorpora detrás del escritorio, me estrecha la mano y me invita a sentarme.

—Mi nombre es Eggerson—me dice—, y le agradezco su presencia, senior Hammer. Ayer le hice llegar un mensaje, pero me dijeron que estaba ocupado, me alegro de que haya encontrado tiempo para venir a verme.

No noto ironía en sus palabras. Eggerson no tiene la apariencia de un policía. Es bajo y pasado de peso, casi diría rechoncho. Tiene rasgos orientales, manos pequeñas con dedos gordos, usa unos enormes lentes redondos, no tiene barba y su cabello negro está cortado al estilo militar. En su uniforme, me recuerda a uno de esos oficiales japoneses de la segunda guerra que aparecían en los documentales, solo le falta la espada katana.

Pero su apariencia engaña. Detrás de los gruesos vidrios de sus lentes veo la mirada de un hombre inteligente. Debo tener cuidado con lo que le digo.

Eggerson sonrío y continúa,

—Sé que mi apariencia le llama la atención; a mis espaldas la gente me llama *'ägget'*, que significa *'huevo'* en sueco, por la forma de mi cuerpo. Pero no debe asombrarse, mis padres eran esquimales de la tribu Yupik, una tribu original del norte de

Siberia. Luego de la segunda guerra la ONU decretó este territorio perteneciente a los Yupik, y el territorio se extiende hasta cubrir Alltärvitt. Si usted viaja unas horas al norte, puede encontrarse con alguna de mis gentes. Los Yupik prefieren estar lejos del hombre blanco. La razón por la cual soy el jefe de la policía es que, durante la guerra en Afganistán, cuando cooperábamos con los americanos, yo era un oficial del ejército y se necesitaba alguien de autoridad, de nacionalidad Yupik, para ocupar el cargo en el territorio.

Encuentro su explicación de lo más interesante. Le pregunto, —¿De manera que usted y sus hombres son la ley en el territorio? ¿Y eso incluye Alltärvitt?

—Solo teóricamente, señor Hammer. Tengo seis hombres y mayormente nos ocupamos de detener peleas entre ebrios, investigar el robo de alguna una moto de nieve y delitos así. Hace unos años, mi ayudante Supiaq y yo investigamos tres asesinatos, pero no tuve mayor cooperación y quedaron sin resolver —baja la voz—. La verdad es que gente influyente del pueblo se encargó de que la investigación no progresara. Pedí ayuda a la policía de Estocolmo y prometieron enviar a alguien, pero hasta ahora no he tenido noticias. Además, mis hombres y yo no somos la verdadera autoridad en Alltärvitt.

Sus palabras me sorprenden. Le pido que se explique y dice:

—La única industria del pueblo es la producción de caviar, y está bajo el absoluto control de los dueños de la planta. Han contratado un grupo de mercenarios que utilizan para imponer su autoridad en el pueblo. Es un grupo paramilitar, formado por exsoldados rusos, que se encargan de ejecutar las órdenes de la familia, principalmente las de la señora Anastasia. El grupo se denomina ‘Kunglig Vakt’, o ‘KV’, que significa algo así como ‘Guardia Real’. El nombre fue elegido por la misma Anastasia, que, según ella, tiene sangre noble. Son cerca de cien hombres, bien armados y completamente fieles a la señora. La gente del

pueblo se ha acostumbrado a mantener la boca cerrada y los desconformes han sido obligados a dejar Alltärvitt.

Eggerson termina su explicación y no he podido evitar notar un dejo de frustración en sus palabras. Sé que hay algo más que desea decirme.

—Agradezco su explicación, jefe —le digo—, pero todavía no sé porque estoy aquí.

—Ayer quise hablar con usted, señor Hammer, porque me interesaba conocer el motivo de su presencia en Alltärvitt. Este pueblo está aislado la mayor parte del invierno y estoy esperando comunicarme con Estocolmo para solicitar sus antecedentes. Pero mis hombres son fieles y varios de los pescadores son también Yupik. A través de ellos me he enteré de que usted ha estado aquí hace unos años, cuando ocurrieron esos asesinatos.

Voy a hablar, pero el jefe me interrumpe con un gesto.

—Pero la situación ha cambiado de golpe —continúa Eggerson—. Esta mañana, uno de los hombres del grupo que trabaja para la señora Anastasia fue encontrado muerto. El grupo vigila algunos edificios municipales y el hombre estaba de guardia en la Sala de Justicia. La investigación debería estar a mi cargo, pero la señora Anastasia me informó que, por tratarse de uno de sus hombres, gente del grupo KV se encargarán del caso, y me pidió cortésmente que no interviniera. En realidad, no tengo opción, la situación es tal que debo hacer lo que me pide.

—Entiendo —le repito—, pero todavía no sé qué estoy haciendo aquí.

Eggerson se levanta y cierra la puerta de su oficina, que yo había dejado entreabierta. Luego se sienta, con esfuerzo, sobre el escritorio, frente a mí. Sus piernas no llegan al suelo y su redonda figura se balancea en el escritorio; la imagen es realmente cómica y tengo que hacer un esfuerzo para no sonreír. Indiferente al espectáculo que ofrece, en un tono reflexivo, comienza a hablar.

—Ricardo —me dice—, déjame decirte algo más acerca de mí. ¿Sabes que hacía en el ejercito?

Me siento incómodo en mi silla y me pregunto cuánto va a durar esto. ¿Me ha llamado Eggerson solo para contarme la historia de su vida? Pero el pequeño hombre continúa, y escucho, ignorante de que estoy por recibir el equivalente a un baldazo de agua fría.

—Te cuento: era capitán de Inteligencia. Mi trabajo, antes de cada batalla, era analizar la situación, razonar sobre lo que sabíamos, y predecir el resultado. No siempre acertaba, pero el trabajo requería un análisis frío, despejado de cualquier influencia extraña, pura lógica. De manera que me acostumbré a mirar cada situación en forma realística y aceptar la verdad, indiferente a cuál sea el resultado.

Eggerson se baja del escritorio, vuelve a sentarse en su silla y, mirándome directamente, dice:

—Y aquí viene la crema de la historia, Ricardo. El hombre asesinado anoche es uno de los hombres con los que tu amiga compartió un momento íntimo en la parte trasera del bar.

Eggerson se calla. Pretende acomodar unos papeles que descansan sobre el escritorio y me ignora por un momento. Sabe que sus palabras han hecho impacto en mí y espera a ver mi reacción. Lo he juzgado incorrectamente, el hombre tiene un ingenio como pocos. Y usa su apariencia inofensiva y ridícula para tender su trampa. Y yo he caído en ella. La pregunta en mi mente se siente como el azote de un látigo: ¿Qué es lo que quiere este hombrecito? O peor aún: ¿qué es lo que se propone? Sabe que me ha sacudido, y aprovecha para decir:

—Todavía no conocemos el motivo por el cual alguien irrumpió en la sala de justicia y asesinó al guardia —me dice—. Pero apuesto, Ricardo, que van a descubrir que los intrusos estaban buscando documentos relacionados con los asesinatos. Y un indicio: no hay marcas de pólvora alrededor de la herida del guardia. El disparo fue hecho desde lejos, por alguien de gran control, el proyectil hizo impacto exactamente en el centro de la

espalda del guardia. Y la persona que disparó estaba segura de que un solo disparo era suficiente.

Eggerson se encamina a la puerta y la abre, indicando que hemos terminado. Me levanto con esfuerzo y me dirijo a la puerta.

—Vuelve con tu amiga, Ricardo —me dice—. Puedes decirle que la gente del grupo KV ha interrogado al Sebastián, el encargado de noche del hotel, y él les ha asegurado que ustedes permanecieron en tu cuarto toda la noche. Y es fácil de creer, esa muchacha es extraordinariamente atractiva. Aunque me parece que es una mujer demasiado educada para ser solo una maestra en busca de aventuras.

Al día siguiente de mi encuentro con el jefe de policía, Greta y yo estamos desayunando en el hotel. Le he contado sobre mi conversación con Eggerson y está preocupada.

—Es evidente que sospecha de nosotros —me dice—. No sabe quiénes somos realmente, pero sabe que andamos tras algo. Te puesto que nos ha estado vigilando desde nuestra llegada.

—Estoy de acuerdo. Eggerson no me hizo ninguna pregunta; me invitó a su oficina y me habló solo con la intención de ver mi reacción. Quizás quiera acercarse a nosotros, es claro que está frustrado por su situación; no es la verdadera autoridad en el pueblo. De acuerdo con lo que me ha dicho, esa mujer llamada Anastasia es la que manda.

—Si es así, Ricardo, debemos averiguar de qué lado está él. Por ahora, sigamos tratando de indagar lo que podamos.

Greta piensa por un momento y continúa,

—Veamos lo que sabemos hasta ahora. Han ocurrido cuatro asesinatos, no tres, como pensábamos. Todos están relacionados de alguna manera. El asunto comienza cuando un hombre llamado Felipe Serrano amenaza con presentar una denuncia. No sabemos en qué consiste, todos los documentos relacionados con la denuncia han desaparecido. La única fuente de recursos del pueblo es la pesca y la producción de caviar. De manera que la

denuncia debe relacionarse con ello, y es lo suficientemente seria como para que alguien, suponemos las personas que se benefician de la producción del caviar, decidan eliminar al denunciante. El culpable de este primer crimen es evidente. Según las actas, las pruebas contra Carl eran innegables. Pero aparecen cinco testigos que declaran en su favor y evitan que sea condenado. De manera que la denuncia nunca llegó a las autoridades en Estocolmo.

Greta piensa por un momento y continúa listando lo que sabemos.

—Unos meses después, tres de los testigos que declararon en favor del presunto asesino mueren en circunstancias misteriosas.

Greta pausa y pregunta,

—¿Por qué meses más tarde? Hay alguien que puede saberlo. Uno de los testigos sigue vivo: ese sujeto que mencionan las actas, un viejo trampero, que desapareció inmediatamente después de declarar.

Greta me mira con una expresión que me indica que ha pensado en una nueva pista.

—¡Eso es lo que debemos hacer! —dice exitada—, el nombre del trampero es Jones, debemos encontrarlo. Estoy segura de que ha desaparecido porque, aparte de tu hermano, es el único aun vivo que puede decirnos porque han matado a los otros testigos. ¡Esa debe ser la razón por la que se esconde!

—Estoy de acuerdo —le respondo—. ¿Pero cómo piensas que podremos encontrarlo?

—No lo sé todavía, pero este diminuto pueblo está lleno de misterios, estoy segura de que alguien sabe dónde está. Pero no podemos andar haciendo preguntas por ahí abiertamente, la gente va a sospechar de nuestras intenciones. Aparte del trampero, creen que tú eres el único testigo vivo y sospecho que todavía no han atentado contra ti es porque asumen que solo has vuelto a Alltärsvitt escapándote de las autoridades. Además, te tienen el temor suficiente para decidir que es mejor dejarte tranquilo.

La interrumpo, se me acaba de ocurrir una idea, aunque un poco arriesgada.

—Greta querida, hay una sola forma de poder continuar nuestra investigación sin despertar sospechas y, sobre todo, sin que me maten.

—¿Qué es...?

—Debemos hacernos de un aliado; alguien del pueblo en quien podamos confiar y que esté dispuesto a ayudarnos.

—¿En quién estás pensando?

—Cariño, no vas a estar de acuerdo, pero piensa antes de responder. El hombre que tengo en mente es Eggerson, el jefe de policía.

Greta ha dejado su taza de café sobre la mesa y me mira. Esperaba una fuerte reacción de su parte, pero permanece concentrada pensando. Luego de un instante, me dice:

—OK, te escucho. ¿En qué basas tu idea?

—Piensa en lo siguiente. Eggerson era un capitán del ejército y aquí ha sido relegado a una posición secundaria, casi sin importancia. Es obvio que resiente que la autoridad resida en manos de esa señora Anastasia Gustaf y su familia, y que sea ejercida por esos tahúres rusos del grupo KV, que la obedecen ciegamente. Está frustrado porque ha pedido ayuda a la policía de Estocolmo, pero no ha recibido respuesta. Eggerson cree saber quiénes han sido los ejecutores de los crímenes. Es más, es un hombre inteligente. Lo último que me dijo es que le parecías una mujer demasiado educada para lo que clamabas ser. No me sorprendería que ya sospechara la verdadera razón por la que estamos aquí.

Greta duda.

—No estoy segura. Si estás equivocado y una sola persona de este pueblo se entera de quienes somos, nuestra investigación termina aquí. Este no es un pueblo donde se pueden guardar secretos.

—Greta, sé que no tengo tu entrenamiento ni tu experiencia como agente. Pero los años que pasé en mi misión en África me han ayudado a conocer las personas. Creo que Eggerson es una persona honesta; si le decimos quienes somos y le explicamos que hemos sido enviados desde Estocolmo para investigar los asesinatos, estará dispuesto a ayudarnos. Pero no lo va a hacer hasta estar seguro. Nosotros debemos aproximarlo. Se que es un riesgo, pero creo que vale la pena.

—¿Como piensas que debemos hacerlo?

—Tú vas a identificarte como agente y explicarle cuál es tu misión.

—¿Y que le decimos acerca de ti?

—Eso es más complicado; si sigue pensando que soy mi hermano, solo le diremos que Säpo me ha convencido de que vuelva aquí para cooperar contigo.

—Ok, si voy a salir de mi cubierta debería hablar primero con Anderson, mi jefe. Pero no creo poder hacerlo, el tiempo solo empeora y no hay maldita manera de comunicarnos. Y eso es algo importante para tener en cuenta: si la situación se pone violenta, estamos solos.

A las 3 de la tarde estamos en la oficina de Eggerson.

—Esperaba verlos —nos dice en tono amable—, aunque no tan pronto; pero me alegro de que hayan venido. Siéntense, por favor.

El jefe de policía se hecha atrás en su silla. Está impecable en su uniforme y, sentado detrás de su escritorio, no se nota que sus piernas apenas alcanzan a tocar el suelo. Great y yo nos acomodamos en las sillas frente a él. Hemos decidido hablarle con franqueza y pedirle su ayuda.

Greta comienza a decir algo, pero Eggerson la interrumpe.

—Antes que me digan a que se debe su presencia, permítame hablar primero, señorita Johanson. Estoy seguro de que lo que voy a decirles va a hacer más fácil nuestra conversación.

Eggerson habla en un tono amable, claro y preciso, como un profesor dictando una clase a su alumno preferido.

—Como estoy seguro de que su amigo ya le ha dicho, soy originalmente de la tribu de esquimales Yuki. Las circunstancias que me han traído a vestir este uniforme y a ejercer como jefe de la policía no tienen importancia en este momento. Pero sí quiero que sepan algo de mis costumbres. Los yukis no somos exactamente religiosos, pero sí somos supersticiosos. Yo no creo en coincidencias, pero sí creo que manos misteriosas crean las circunstancias que definen nuestro destino.

Greta y yo permanecemos en silencio; a pesar de su apariencia, el hombre frente a nosotros posee la facultad de hablar de una manera que hace que lo escuchemos atentamente. Cada frase parece llevar un significado importante.

—Luego de investigar de manera infructuosa los delitos que ustedes conocen —continúa Eggerson—, hace un tiempo, cuando el invierno todavía no nos había aislado, envié un cable a la policía de Estocolmo explicando la situación y solicitando ayuda. Por varias semanas no tuve noticias, pero un día, para mi sorpresa, recibí una respuesta. El cable fue enviado, no por la policía de Estocolmo, como yo esperaba, sino por la organización llamada Säpo; una entidad del gobierno con la que no estoy familiarizado. El cable era conciso, como corresponde a una entidad secreta. Tenía solo una línea; decía: *“La ayuda solicitada va en camino. Firmado: Adrian Berger, Säpo Agente Especial.”*

Greta y yo nos miramos: Adrian Berger es el superior de Anderson, nuestro jefe. Eggerson sonrío.

—Sus reacciones me hacen pensar que el nombre no es completamente desconocido para ustedes. De todas maneras, dos semanas después de pedir ayuda a Estocolmo, una mujer arriba a Alltärvitt, no en el ferry, la forma normal, sino en moto de nieve, luego de hacer un recorrido de decenas de kilómetros en territorio helado y salvaje. Esta mujer clama ser de origen noruego y dice que desea emplearse como maestra y que ha estado trabajando

con nativos esquimales, en el norte del territorio. Un alma caritativa, sin duda.

El tono irónico de las últimas palabras de Eggerson ha captado aún más nuestra atención. Por supuesto, está hablando de Greta.

—Incomunicados como estamos, no consigo hacer averiguaciones sobre ella. Pero hago algunas averiguaciones entre mis relaciones en la tribu, y me dicen que nunca han oído hablar de ella. ¿Comprenden mi dilema?

No contestamos. Eggerson continúa.

—Una semana después, un desconocido llega en el ferry. Imagínense mi curiosidad. Nadie viene a Alltärvitt a hacer turismo. Solo para huir de las autoridades o a recuperar algo que han perdido. Luego me entero de que este hombre ha estado aquí antes. Y no solo eso, hay fotografías que muestran que ha tenido algún tipo de relación, que todavía no conozco, con las personas asesinadas.

Eggerson fija sus ojos en mí y agrega,

—Y hay aún algo más. Mis ayudantes me aseguran que algunos de los pescadores no sienten ninguna simpatía hacia este hombre, al contrario, según me he enterado, entre ellos hay quienes quieren eliminarlo.

Permanezco inmóvil, un frío sudor brota de mi frente. Eggerson se levanta, se pasea por el cuarto y sigue hablando en un tono completamente neutral.

—Y permítanme terminar con esto: esta mujer muestra estar dispuesta a ser cortejada, particularmente por hombres que encuentra en el bar, hombres deseosos de conocerla íntimamente, algunos de ellos empleados del grupo KV. Pero eso cesa cuando ella, y este hombre recién llegado, establecen una relación, que presumo es de carácter amoroso. Y a partir de ahí, parecen verse juntos muy seguido.

Eggerson toma vasos de un estante y sirve agua para los tres. En una actitud relajada, bebe varios tragos y dice:

—Disculpen, el hablar tanto me ha secado la garganta —mira a Greta—. Creo que ahora es su turno, con lo que quieran decir.

Es inútil tratar de negarlo. Este hombre, de apariencia cómica, es un zorro, no un policía común. Desde que llegamos nos ha estado observando y ha conectado los hechos con la facilidad de un niño uniendo las líneas que conectan los puntos en una hoja de papel. Comenzando por los asesinatos, siguiendo con su pedido de ayuda a Estocolmo y terminando con nuestra presencia en Alltärvitt.

Greta y yo nos miramos, preguntándonos si Eggerson está con nosotros o en nuestra contra. Greta decide arriesgarnos.

—Muy bien, jefe. Lo felicitamos por su impecable deducción de los hechos y de la situación. Como usted sospecha, estamos aquí para cooperar en la investigación de los asesinatos. Para dejar las cosas en claro, mi nombre es Greta Johanson y soy una agente de Säpo. La razón por la cual no le hemos dicho la verdad sobre nuestra presencia es que debíamos asegurarnos de que usted no estaba envuelto en los asesinatos.

Greta pausa, esperando la reacción de Eggerson. El jefe solo sonríe y dice:

—Te agradezco tu sinceridad, agente Johanson. Pero hay algo que no has mencionado. En este pueblo hay gente joven interesada en los deportes de invierno, y en la oficina del periódico se consiguen revistas con noticias sobre ese tema. En general son noticias viejas, pero ojeándolas, para mi sorpresa, he visto fotografías tuyas en competiciones olímpicas de biatlón, ese deporte difícil donde debes esquiar y disparar un rifle. Te felicito, mi querida, creo que has elegido el deporte ideal para tu profesión. Tus jefes de Säpo deben estar orgullosos de ti.

—Es verdad, ya sabes quién soy —Greta comienza a decir—; en lo que se refiere a mi compañero Ricardo...

Pero Eggerson la interrumpe otra vez.

—¡Ah! Tu amigo aquí presente... Déjenme decirles lo que pienso, aunque les confieso que no estoy seguro. Quizás ustedes

puedan aclarar mis dudas. Mis informantes hablan de ti, Ricardo, con mucho respeto. Diría algo más: con mucho temor. Me dicen que estás aquí escapando de las autoridades, incluyendo Interpol, debido a una serie de brutales crímenes que has cometido. Y aquí viene mi dilema.

Se acerca y pone su mano sobre mi hombro, en un gesto paternal.

—Me dicen que el hombre frente a mi es un criminal nato, una persona sin piedad, que acostumbra a usar un martillo para torturar a sus víctimas. Sospecho que la verdad es diferente. Hablando contigo por unos minutos me he hecho a la idea de que no eres un agente del gobierno, pero tampoco un criminal.

Todo este tiempo, mientras Eggerson diserta, he estado en tensión, mi respiración acelerada y mi frente cubierta de sudor. Pero sus próximas palabras me conmueven y me devuelven la tranquilidad.

—Ricardo—me dice—, tu presencia aquí es un dilema que no puedo resolver por medio de conjeturas. Pero no necesito saber más, estoy dispuesto a dejar que siga así. Creo que es lo mejor.

Las palabras de Eggerson crearon un alivio general que surgió a través de la habitación como un torrente rompiendo una presa. Dada mi situación, Eggerson hubiera tenido el derecho de detenerme y comunicar mi presencia a Interpol. En cambio, Greta y yo, luego de vivir en la incertidumbre por los últimos días, nos permitimos relajar y respirar con tranquilidad.

Eggerson concluye diciendo,

—Me alegro de que hemos podido aclarar las cosas. Greta, supongo que tú estás a cargo de la investigación y que tu intención es que coopere con ustedes. Estoy dispuesto a hacerlo, pero primero quiero hacerles una advertencia que deben tener muy en cuenta. En este pueblo los secretos crecen alas y vuelan por todos lados. Para que podamos continuar trabajando juntos, todo lo que hablamos, y absolutamente todo lo relacionado con la investigación, debe permanecer en secreto. Yo solo confié en una

persona, mi ayudante Supiaq, que ustedes ya conocen. Si alguien más, aparte de nosotros cuatro, se entera de nuestra misión, todo el pueblo lo sabrá en un par de horas. Ahora díganme, ¿Cuál es el próximo paso? ¿Qué necesitan?

La magnitud de lo sucedido, la tranquilidad de saber que el jefe de policía del pueblo está dispuesto a ayudarnos, hace que Greta y yo permanezcamos en silencio por unos minutos, digiriendo todo. Finalmente, Greta le dice:

—Verás, Eggerson, necesitamos hablar con el trampero Jones, Él fue uno de los testigos que defendieron al presunto asesino, el hijo de la señora Anastasia. Creemos que Jones puede arrojar luz sobre los casos y aclarar algunas dudas importantes. Pero él está desaparecido.

Eggerson considera la cuestión por un momento y dice:

—Entiendo, nosotros hemos tratado de ubicarlo, pero no hemos tenido éxito. Solo hemos escuchado rumores de que se ha refugiado en algún lugar al norte de aquí. El área al norte es solo una gran extensión de estepas nevadas y glaciares. Si se ha ubicado en esa zona, debe sobrevivir canjeando sus pieles por municiones, aceite de ballena y otras necesidades. Y con los únicos que puede comerciar es con los esquimales de las tribus del norte. Son tribus nómades, se mueven con las estaciones. No reciben bien a los hombres blancos, pero tengo algo que puede ayudar.

Eggerson toma una llave de su escritorio y abre una pequeña caja de madera y hueso que descansa sobre una repisa. De la caja toma un pequeño artefacto colgado de una tira de cuero y me lo entrega, diciendo,

—Esto es un '*Inuksuk*'. Lo he conservado desde que mi abuelo me lo dio cuando yo era todavía un niño. Pero ahora te va a ser más útil a ti.

El artilugio está formado por una serie de pequeñas piedras unidas semejando un hombre. Una de las piedras se extiende a

ambos lados, representando los brazos estirados. Eggerson me explica:

—El '*Inuksuk*' es el símbolo de la amistad, la esperanza, y la hospitalidad. Encarna la idea de que las personas sobreviven y prosperan juntas. Tradicionalmente, se puede ver en el tamaño de un hombre, parado en la nieve, como guiando al viajero —luego agrega—. En el duro Ártico, la supervivencia depende de la cooperación. El '*Inuksuk*' refleja ese espíritu: es un recordatorio de que "encontramos nuestro camino juntos".

Eggerson me lo coloca colgando del cuello.

—El hombre debe llevarlo —dice—. Puedes llevarlo debajo de la ropa, pero cuando encuentres un esquimal, muéstralo, deja que lo vea. El entenderá que eres un hombre noble y que llegas con intenciones de paz.

Se lo agradezco, aunque no estoy muy convencido de los poderes del artefacto. Le pregunto,

—¿Cómo puede el *Inuksuk* ayudarnos a encontrar al trampero Jones?

—Pensé que era obvio —me dice—. Habla con gente de la tribu; si alguien lo sabe, te enterarás de donde está.

Camina hacia la puerta y la abre.

—Y ahora debemos despedirnos. Voy a tratar de obtener alguna información útil; pero mis manos están atadas. Si la familia de Doña Gustaf se entera de que ando haciendo preguntas, juzgarán que la investigación ha recommenzado y lo conectarán con ustedes. Buena suerte y tengan cuidado.

Cuando nos despedimos, puedo ver que no solo Greta y yo estamos excitados. Eggerson, sin duda, se siente renovado de recommenzar la investigación, aunque sea en secreto.

Cuando dejamos la estación de policía no son todavía las 4 de la tarde, pero las calles ya están oscuras. Caminamos en silencio, nuestras botas hundiéndose en la nieve. La temperatura ha bajado, pero no lo notamos. El mundo alrededor está separado

de nosotros, nuestras mentes están concentradas en decidir el próximo paso de la investigación.

Nos separamos al llegar a la casa de Greta, debemos guardar las apariencias. Cuando llego al hotel, creo que he encontrado una manera de encontrar al trampero, es riesgosa, pero vale la pena probarla.

El día siguiente, Greta y yo estamos almorzando en el café del pueblo.

—Greta, quiero sugerir algo. Eggerson mencionó que varios de los pescadores provienen de la tribu Yupik y comentó además que estos pescadores mantienen contacto con su gente y que se enteran de lo que sucede en la zona al norte de aquí, el área de los glaciares próximos a la costa del Mar del Norte.

—Entiendo. ¿Piensas que Jones puede haberse establecido en esos lugares? No hay nada allí más que nieve, hielo y fauna polar.

—Así es. Pero Jones es un trampero de profesión con años de experiencia. Alguien así podría sobrevivir, seguro de que nadie se atrevería a internarse en esas zonas salvajes para encontrarlo.

Greta piensa por un momento.

—En varias de las fotografías que nos mostraron en Săpo se veían algunos perros. Con esos perros amarrados a un buen trineo Jones podría moverse a su gusto, revisando sus trampas y cazando.

—¿Entonces estás de acuerdo? ¿Vamos a hablar con los pescadores?

—No todavía. No podemos presentarnos ante esa gente haciendo todo tipo de preguntas. Además, no sabemos dónde encontrar a esos pescadores Yupik. Pero sé dónde obtener esa información. La viuda dueña de la casa en donde vivo aprecia mi compañía y me habla en confidencia. Ella sabe todo lo que pasa en el pueblo; voy a pensar cómo sacarle esa información,

CAPÍTULO 10

LOS PESCADORES

La mañana siguiente a nuestra reveladora conversación con Eggerson, Greta entra al restaurante del hotel, me besa en la mejilla y se sienta a mi mesa.

—Tengo la información que necesitamos —me dice excitada—, anoche hablé con la viuda y se dónde podemos encontrar a los pescadores.

Luego llama a la mesera y ordena un *'frukost'*, el desayuno típico de Suecia; cuando la joven se aleja, continúa diciendo, —Estamos al final de la temporada de pesca, el mar se congela y la pesca se limita a aquellos que hacen agujeros en el hielo, pero la mayoría se retira a preparar sus hogares para el invierno; dicen que va a ser bastante violento.

Greta toma mi taza de café y bebe un sorbo. La baja con una expresión de disgusto y dice:

—El café en este lugar es intomable; están usando café viejo y el ferry con las provisiones no va a llegar por dos meses.

La miro dándole a entender que no estoy interesado en el café y que espero que termine de hablar sobre los pescadores. Me devuelve la taza y continúa:

—Como sabes, cerca de la mitad de los pescadores son yupiks, y algunos se vuelven a la tribu, a reunirse con sus familias.

En ese momento la mesera deposita frente a ella pan negro, yogurt, dos huevos duros, una selección de frutas y café; el típico desayuno sueco, abundante en mantequilla y grasas.

Greta interrumpe su relato y ataca los platos con ferocidad. En estos días he comprobado que mi colega agente puede devorar enormes cantidades de calorías sin acumular grasa. En un momento me mira y con una expresión de reproche me dice:

—Tú tomas café con leche y tostadas de desayuno. Eso estará bien en Texas, pero aquí no es suficiente, menos en invierno —sonríe provocándome—. Por eso no puedes mantenerte a mi paso, en un circuito de biatlón no durarías diez minutos.

—No planeo entrar en ningún biatlón en el futuro. Por favor deja de llenarte la boca y continúa diciendo lo que me interesa.

Greta empuja los platos vacíos hacia un lado de la mesa, piensa por un instante y dice:

—Como te dije, algunos de los pescadores yupiks salen en sus trineos hacia el norte, a encontrarse con su tribu. Mi idea es unirnos a ellos y acompañarlos hasta hacer contacto con su gente. Es probable que ellos puedan decirnos donde está el trampero Jones.

La interrumpo.

—Mencionaste trineos, ¿Supongo que son arrastrados por perros?

—Así es; pensé que era obvio.

—Por supuesto iríamos en tu moto de nieve.

—No es posible. La moto está hecha para andar por la nieve, y no conocemos el terreno del recorrido. No son solo explanadas; hacia a la costa hay pasajes irregulares de rocas u otros obstáculos que solo los perros pueden sortear. Debemos seguirlos en trineo, como van ellos.

La idea me resulta insólita, necesito clarificarla. Le digo:

—¿Cuánto piensas que duraría el viaje?

—Bueno, es difícil decirlo exactamente, la tribu es nómada. Es probable que al final del verano se haya movido; sabremos más luego de hablar con los pescadores yupiks.

—Dame una idea aproximada.

—Pienso que unos días.

No puedo evitar reír y me atraganto. Greta y las meseras me miran extrañadas. La idea de mí dos días en un trineo, me parece tan absurda que no sé qué decir. Finalmente digo:

—Cariño, no sé si has perdido el sentido o entendí mal tu idea. ¿Qué te hace pensar que yo puedo durar, no digamos días, sino solo una hora llevando unos de esos trineos?

Greta me mira seria.

—Por supuesto que sé que serías inútil en un viaje así, si hicieras el recorrido solo; pero vas a ir conmigo. Solo debo envolverte como un bebé y cuidar que no te caigas del trineo.

No estoy convencido.

—Estás hablando de conducir un trineo y sus perros en un viaje de días sobre nieve y hielo, por zonas desoladas y por pasajes por montañas heladas. ¿Te ha entrenado Säpo para hacer algo así?

Mis palabras han molestado a Greta y sus ojos me lanzan rayos fulminantes. Respira fuerte, tratando de recuperar su paciencia, como si estuviera hablando con un niño terco. Me pregunta:

—¿Son todos los tejanos tan ignorantes del resto del mundo como tú? En Skjerstad, la ciudad donde me crié, los niños aprenden a moverse sobre la nieve, a esquiar y a manejar trineos y perros al mismo tiempo que aprenden a caminar. En Noruega, como en el resto de los países escandinavos, se celebra desde siempre la tradición nórdica de trabajar los perros. De joven gané varias carreras de *skijoring* y de *pulka*. Éstas, mi ignorante colega, son veloces carreras donde un esquiador es arrastrado por uno o dos perros.

Pienso que debo disculparme. Le explico a Greta que, para un tejano acostumbrado al desierto, la nieve es un elemento casi tan extraño como si fuera de otro mundo. Greta se tranquiliza. Le digo:

—Me parece riesgoso, pero entiendo que es lo que debemos hacer; necesitamos encontrar a Jones, el único testigo vivo.

—Te perdono —dice Greta—, me doy cuenta de que hay abismales diferencias culturales entre nosotros.

—Gracias, y ahora, ¿Qué tienes en mente para nuestro próximo paso?

—Según la viuda, los pescadores tienen su propio lugar de reunión. Es un viejo almacén en donde guardan su equipo, a unos dos kilómetros del puerto. Sé cómo llegar hasta allí.

Esa tarde Greta y yo caminamos la distancia que separan el puerto del galpón donde se reúnen los pescadores. El día es completamente invernal. Caminamos a lo largo de la costa, hundiendo nuestras botas en la nieve. Las olas rompen sobre los acantilados, enviando en el viento ráfagas de aire húmedo, que junto con la espesa neblina oscurecen el ambiente y dificultan la vista. Le he sugerido a Greta el usar su moto de nieve, pero se ha negado. Dice con razón que llamaría la atención.

A las 4 de la tarde distinguimos la silueta del viejo almacén, que se eleva en la neblina, como un fantasma de días mejores. El viento sopla desde el mar con un gemido largo, arrastrando la nieve en remolinos que parecen polvo de vidrio. Aceleramos el paso, el día ha casi desaparecido y la baja temperatura nos hace desear el encontrar un lugar caliente.

Nos acercamos al almacén, es un galpón de madera, medio enterrado en la nieve, con las tablas ennegrecidas por la humedad y los clavos marcados por el óxido. La puerta cede con un gemido grave y al entrar inmediatamente detectamos un olor a sal, pescado seco y querosene. El interior está en penumbra; apenas un hilo de luz se filtra por las rendijas del techo. Distinguimos

varias mesas rodeadas de bancos y en la pared una colección de herramientas de pesca: sogas enrolladas, restos de redes, arpones afilados y anzuelos que brillan en la oscuridad.

Caminamos en silencio, hasta que un leve ruido hace que nos detengamos. Luego escuchamos voces, caminamos unos pasos y al fondo, junto a un brasero que chisporrotea débilmente, aparecen los rostros de dos hombres sentados sobre cajas de madera.

No nos han escuchado llegar y nuestra presencia los sobresalta. Uno de ellos se levanta y se aproxima. Instintivamente retrocedemos dos pasos. Por un momento nos observa, inmóvil, como tratando de determinar si somos compañía o una amenaza. El fuego brota por un instante e ilumina los rostros curtidos, las grandes barbas casi completamente blancas, los mamelucos de goma que han visto mejores tiempos, las botas cubiertas de escarcha; no cabe duda de que son pescadores veteranos.

El hombre parado a nosotros carraspea y mira a su compañero, que asiente con un gesto. Nos dice:

—Arrímense al fuego; lamento haberlos asustado, no estamos acostumbrados a recibir visitas de extraños. Pero antes cierren la puerta. Aquí el viento no perdona.

Me doy cuenta de que hemos dejado la puerta medio abierta.

Camino hasta llegar a ella, la cierro y el ruido del viento y de las olas disminuye. Cuando vuelvo, el hombre que se ha aproximado nos indica unas cajas cerca del brasero y nos sentamos.

Los dos pescadores permanecen en silencio hasta que uno de ellos nos alcanza dos tazas calientes. Los dos hombres tienen idéntica apariencia, excepto que el que se nos aproximó lleva una gorra de lana roja.

—Esto les va a servir para calentarlos —nos dice—. Es solo té, pero si quieren podemos ofrecerles un ron barato, aunque no lo recomiendo.

Sus palabras hacen sonreír a su amigo, que baja su cabeza sin decir nada. Greta y yo bebemos el té, es amargo pero revitalizante.

—Lo lamento —dice uno de ellos—, pero nos hemos quedado sin azúcar, y mi amigo aquí es muy vago para molestarse en ir al pueblo a comprarla. El comentario ha roto el hielo y Greta y yo nos relajamos.

Greta comenta:

—Ese lugar parece muy desolado, esperábamos ver a más hombres de su profesión.

El hombre sin gorra parece ser el más viejo de los dos, luce una abundante melena, completamente blanca. Su rostro está curtido con profundos surcos, probable resultado de ser castigado por años por el mar nórdico. En una voz ronca, nos dice:

—Mi nombre es Mat y mi charlatán amigo se llama Einar. ¿Les molestaría decirnos que andan haciendo por aquí? ¿Se han perdido, o están en busca de alguien?

Greta tiene una respuesta lista:

—Nada de eso, mi nombre es Greta y este es mi amigo Ricardo. Soy maestra suplente en la escuela y esperaba aprender algo de la cultura Yupik; tengo entendido que algunos de los pescadores vienen de esa tribu.

La expresión de los dos veteranos nos indica que no aceptan completamente la explicación de Greta, pero aprueban con la cabeza. Einar, el hombre de la gorra roja dice:

—Ah!, han llegado muy tarde. La temporada del esturión terminó hace semanas y nuestros colegas yupiks partieron hace días a encontrarse con sus familias.

Greta no puede contenerse y pregunta:

—¿Tienen ustedes idea de hacia dónde fueron?

Los veteranos se miran y Greta se da cuenta de lo inapropiado y revelador de su pregunta. Einar dice:

—Solo que salieron en sus trineos hacia el norte; pero me extraña la pregunta. ¿Pensaban ir con ellos? —mira a Greta y me

señala diciendo—, aquí tu amigo, con respeto, no tiene mucha pinta de explorador.

Greta trata de desviar la conversación:

—No, no tenemos intenciones de seguirlos; solo esperaba charlar con ellos y hacerles algunas preguntas.

Mat, el más veterano, sacude la cabeza,

—Bueno, es muy tarde para eso. Lo lamento, señorita Greta, quizás pueda hablar con ellos durante la próxima temporada. Por ahora estamos solo nosotros dos. Nos quedamos aquí en el invierno a mantener el lugar, asegurar de que no haya problemas con las tormentas y cuidar las redes y el resto del equipo —pausa por un instante—. ¿Desearían más té?

Rechazamos la oferta y nos despedimos. Cuando me acerco y le estrecho la mano a Mat la mantiene en la suya por un momento y me dice:

—Me resultas conocido, Ricardo. ¿No nos hemos visto antes?

La pregunta me toma por sorpresa; pienso que mentirle al veterano no sería bueno. Sonrío y le digo,

—Así es, Mat; tienes buena memoria, he estado aquí hace un tiempo.

El veterano pescador sonrío. Quien sabe lo que piensa sobre nosotros. Agradecemos el té, saludamos y nos retiramos. Greta y yo pensamos lo mismo: esta visita no ha sido una buena idea.

CAPÍTULO 11

PLAN DE MATAR

En La Mansión, los sirvientes caminan con cuidado para no hacer ruido, temerosos de hacerse notar; la dueña, Anastasia Gustaf, está furiosa. Momentos antes se ha reunido con su esposo Sergio, su hijo Carl y su secretario y confidente Dimitry, y los sirvientes la han escuchado gritar indignada.

—¿Tendríamos que haberlo eliminado en cuanto supimos que había llegado al pueblo!

—Yo te lo sugerí, madre, pero no me hiciste caso —dice Carl.

—¿Y tenías razón! ¡Ese fue nuestro segundo error! Dejamos que el trampero Jones se escapara, y ahora sabemos que Ricardo está tratando de encontrarlo.

—¿Estás segura, querida? —pregunta su esposo— ¿Como te has enterado de que busca a Jones?

—Uno de los pescadores se lo comentó al encargado del negocio cuando hacía unas compras y el encargado se lo hizo saber a Dimitry.

—Nadie sabe que está haciendo aquí Ricardo —explica Dimitry—. Einar, uno de los pescadores que cuidan el depósito en donde guardan su equipo, dijo que Ricardo y una mujer se habían aparecido en el galpón, y que estuvieron haciendo preguntas sobre donde podrían estar ahora los pescadores Yupiks.

—No entiendo —interrumpe Sergio, el esposo—, si preguntaron por la gente de la tribu, ¿qué es lo que hace suponer que lo están buscando a Jones?

Anastasia le responde, indignada:

—Piensa con la cabeza, inútil. Ricardo y Jones son los únicos testigos vivos. Desde que Jones desapareció, han corrido rumores de que está escondido en algún lugar del norte. Ricardo necesita encontrarlo y la tribu de esquimales Yupiks puede saber por dónde anda.

—Estoy de acuerdo —dice Dimitry—, ahora sabemos porque volvió Ricardo al pueblo, necesita encontrarse con Jones. No cabe duda de que está tramando algo.

—No podemos permitir que eso suceda. Vacilé antes —dice la mujer—, pero ahora estoy decidida. Vamos a eliminar a Ricardo; no tiene amigos aquí y hasta donde sabemos, no tiene tampoco familia. Una vez que desaparezca, nadie va a preguntar por él.

—Excepto quizás la maestra, esa que anda con él —la corrige Dimitry—, pero yo me encargo de ella. No hace falta matarla, es una buscavidas; la asustaremos lo suficiente como para que deje Alltärvitt.

—¿A quién le encargamos el trabajo? —pregunta Anastasia. Carl, el hijo, responde excitado.

—Yo me encargo, Ricardo no me ha caído nunca bien.

—No —dice Anastasia—. No quiero que Eggerson empiece a husmear otra vez. Tiene que ser alguien desconectado con todo el asunto, alguien leal y que sepa mantener la boca cerrada.

—¿Qué tal si le damos el trabajo a Leo, el conductor del taxi Caterpillar? —le sugiere Dimitry—, tú le compraste la maquina con la que se gana la vida. Es ambicioso y puede que lo haga si le pagamos bien.

—Me gusta la idea. Y si es necesario, podemos achacarle el crimen a alguno de los pescadores. Algunos de ellos odian a

Ricardo por atestiguar en favor de Carl y salvarlo de la cárcel. ¿Crees que el joven Leo estará dispuesto a hacerlo?

—Puede que necesite un poco de impulso, pero yo me encargo de convencerlo —contesta Dimitry.

Indiferente a la gravedad de su decisión de arrebatarse una vida, la mujer se alisa una arruga en su vestido y dice:

—Entonces, hazlo; cuanto antes mejor.

Esa noche, Leo ha estacionado el Caterpillar frente a su modesta cabaña y se dispone a cenar. El joven conductor del único taxi de nieve en Alltärvitt vive solo. Sus padres fallecieron cuando su barca de pesca naufragó en una tempestad. Ese día se esperaba una gran tormenta, su madre había presentido el peligro y había insistido a su esposo que no saliera. Pero la ganancia de la familia era magra y un día de pesca perdida significaba una cena menos en la mesa. Cuando su padre decidió salir, su madre insistió en acompañarlo; sus últimas palabras a Leo, que en ese entonces tenía doce años, fueron: “he estado al lado de tu padre desde que nos vimos la primera vez, y si él deja esta vida, debo dejarla con él”. Sus palabras se cumplieron, la tormenta se llevó a los dos, y Leo quedó huérfano.

Cuando eso sucedió, Anastasia Gustaf necesitaba un ‘haz-de-todo’ para los trabajos más bajos de la mansión y le ofreció abrigo y comida a cambio de una obediencia total y un miserable sueldo. Leo, a pesar de no tener una educación formal, resultó ser ingenioso en su trabajo y, sobre todo, fiel a su ama. Trabajó duro, descartó cualquier vicio y ahorró lo que pudo de su escasa paga para lograr su mayor deseo: juntar el dinero suficiente para mudarse a una ciudad, adquirir una educación y conseguir un trabajo decente.

La única recompensa a su devoción había sido cuando Leo tenía 18 años. Su dueña, necesitada de disponer de un transporte para ella y sus relaciones durante los días de peores tormentas, había adquirido una máquina única en el pueblo: el Caterpillar,

y lo había asignado a Leo como conductor y responsable del cuidado. Leo quedó agradecido por su nuevo trabajo, pero su deseo más profundo continuó siendo el dejar atrás Alltärvitt y obtener una vida digna.

En un momento suenan golpes en la puerta. Leo no está acostumbrado a recibir visitas, piensa que probablemente es un enviado con un pedido para un viaje de alguien de la familia Gustav, y se apresura a atender.

Para su sorpresa, la persona a la puerta no es otra que Dimitry, el hombre que todo el pueblo reconoce como la mano dura de la señora Anastasia.

Inmediatamente, Leo le dice que lo espere por un instante mientras se viste con su equipo de nieve, pero el visitante le dice:

—No es necesario, Leo; solo quiero hablar unas palabras contigo.

Leo, consternado por la visita de un hombre tan importante, lo invita a pasar y un momento más tarde los dos están sentados a la mesa. Leo ha empujado hacia un lado su plato de comida y mira ansioso a su visitante.

—Querido Leo —le escucha decir con voz grave—, la señora me ha encargado que te pida que le hagas un trabajo muy especial.

—Lo que sea, señor Dimitry, estoy a su disposición.

—Debo avisarte que se trata de un trabajo único y riesgoso. La señora es muy sabia y sabe que solo una persona de gran lealtad hacia la familia estaría dispuesta a llevar a cabo lo que ella pide. Y por eso ha pensado en ti.

Leo se siente gratificado por esas palabras, pero es inteligente y sabe que ocultan una tarea de gran peligro o algo peor.

—Leo, la razón por la que estoy aquí es que la vida de la señora Anastasia corre peligro. —Lo dicho por Dimitry estremece a Leo y siente que sus manos tiemblan.

Dimitry continúa,

—*En el pueblo hay un hombre que intenta asesinar a la señora. Tu misión es evitar que eso ocurra. El hombre se llama Ricardo Hammer y es un criminal conocido.*

Dimitry pausa, deja que Leo asimile la seriedad de sus palabras y continúa.

—*Tenemos la oportunidad de deshacernos de él antes de que cumpla su propósito. Sabemos que está buscando la manera de hacer un viaje al norte.*

Dimitry abre su bolsa, toma de ella una pistola y la coloca sobre la mesa, diciendo:

—*Debes ofrecerle llevarlo a donde quiere ir y viajar con él a un punto desolado. Y allí debes ejecutarlo.*

Dimitry guarda silencio. Leo se ha puesto pálido y sus manos tiemblan; las acerca al arma, pero se resiste a tomarla. Levanta su vista y mira al hombre con un gesto desolado, tratando de entender la lógica de lo que ocurre y consciente de la espantosa gravedad de lo que se le pide.

Tratando de dar coherencia a sus palabras, Leo dice, en voz tan baja que su interlocutor apenas puede oírlo:

—*Yo conozco a este hombre, lo llevé del puerto al hotel y lo he visto un par de veces...*

Dimitry reconoce la duda en la voz de Leo; con voz firme, tratando de disiparla, le dice:

—*Leo, el hombre es un criminal conocido, puedes averiguar preguntando a cualquiera que lo conozca.*

—*Pero ¿por qué...?*

Dimitry lo interrumpe.

—*El motivo de Hammer de asesinar a la señora no te lo podemos decir, debe permanecer secreto. Pero te aseguro que le estarás haciendo un gran favor a la señora y a la gente decente del pueblo.*

—*No, no es el motivo en lo que pienso. ¿Por qué me ha elegido a mí?*

—Leo, la señora piensa que la persona elegida para este trabajo debe ser alguien de quien el criminal no sospeche; cualquiera de nosotros lo pondría en alerta. Y Hammer debe ser sorprendido, tiene demasiada experiencia para que actuemos de otra manera. No hay que olvidarse que es un sujeto depravado y muy peligroso.

Dimitry toma de su bolsa un abultado sobre lleno de billetes y lo deja junto a la pistola, coloca una mano en el hombro de Leo y le dice, en tono paternal:

—Leo, la señora piensa muy bien de ti y sabe que deseas dejar Alltärvitt y obtener una vida mejor. Quiere ayudarte a que lo consigas y está dispuesta a pagarte cien mil coronas por el trabajo. Es tu recompensa, no solo por tu misión, sino también por tu lealdad.

Dimitry es un hombre de una figura imponente, acostumbrado a que la gente obedezca sus pedidos. Sabe además que cien mil coronas es una gran cantidad de dinero y que puede ayudar en gran parte a Leo a cumplir su sueño.

Los dos permanecen en silencio por unos minutos, hasta que Leo dice:

—Muy bien, confío en la señora, y si ella me lo pide, lo voy a hacer —se levanta, en forma decidida toma la pistola y el dinero los guarda en un cajón—. ¿Cuándo quiere la señora que lo haga?

—Ahora es el momento, Hammer está buscando la manera de encontrarse con la tribu esquimal que anda por el norte. Dile que has escuchado rumores sobre ello y que estás dispuesto a llevarlo. Y pídele cinco mil coronas. Si le pides menos, puede sospechar. No tomes un centavo menos. Ve a verlo esta noche y arregla el viaje para la mañana siguiente. Deben dejar el hotel a las 5, cuando nadie los vea.

Esa noche, luego que Dimitry se ha marchado Leo está recostado en su cama. Trata de conciliar el sueño, pero los pensamientos se suceden, imparables.

El hombre lo puso como si fuera un favor que él pudiera hacer ahora mismo y olvidar más tarde. “Encárgate de él”, le dijo el hombre; una frase fría, aparentemente sin consecuencias, pero las palabras se quedaron en su mente como grabadas en piedra. “Es un criminal” le dijo el hombre, como si eso redujera el acto del crimen a algo sin importancia.

Una parte de él quiere creer lo dicho por Dimitry, porque piensa que el creerlo puede disminuir la culpa. Las razones expresadas deben justificar el acto. Pero no es así. Sabe que no hace diferencia. Si puede convencerse de que la víctima es esa persona maligna, entonces el acto estaría justificado. Pero su conciencia insiste y lo despierta en medio de la noche y lo mantiene contando respiraciones hasta la mañana. Piensa en excusas, tal vez pueda engañar a los que demandan que cumpla con esa tarea que encuentra inmoral; quizás hay algo que pueda impedirle hacerlo. Continúa haciéndose preguntas que no sabe cómo responder. ¿Y si no es el monstruo que dicen? Nunca ha quitado una vida. Trata de imaginarse el momento, el disparo, la sangre, la forma en que se sentirá inmediatamente después. ¿Llegarán en ese instante la culpa y la vergüenza como esos indeseables invitados que nunca se retiran? Se levanta, va al baño y vomita por tercera vez. Sabe que no tiene opción. No dormirá esa noche.

CAPÍTULO 12

EN EL HIELO

Al día siguiente de nuestra fallada incursión al almacén de los pescadores, Greta y yo estamos desayunando en el restaurante del hotel. El hilo de nuestra investigación se ha interrumpido y tratamos de decidir el paso siguiente. Excepto que no tenemos paso siguiente. Sabemos que hubo un previo asesinato, el de un pescador llamado Serrano. Serrano estaba listo a presentar una cierta acusación. Contra quien, o porque motivo, no lo sabemos. Durante el juicio del presunto asesino de Serrano, cinco testigos juraron que el acusado era inocente, y eso le permitió al culpable eludir su castigo. Meses después, tres de los testigos fueron asesinados, solo quedan vivos Ricardo Hammer y el trampero Jones.

Eggerson, el jefe de policía y reluctante responsable de la investigación, asegura que la gente del pueblo no puede ayudar o tiene miedo de hacerlo. Alltärvitt está dominado por una dictadora que mantiene el control con la ayuda de un grupo de rufianes rusos, formados en una organización paramilitar.

La voz frustrada de Greta caracteriza la manera en que nos sentimos:

—Y luego está el asunto del dinero, probablemente robado. ¿Qué significado tiene? ¿A quién estaba destinado?

—Puede ser que tengamos una manera de ubicar al trampero Jones —le digo.

Greta me mira, sorprendida,

—¿De qué estás hablando?

—Anoche, pasada la medianoche, vino a verme el joven Leo.

—¿El que conduce la maquina esa que marcha sobre la nieve?

—Él mismo. Se disculpó por venir tan tarde, pero me dijo que por una suma de dinero, está dispuesto a llevarme al norte, a encontrar la tribu Yupik.

Greta ha recuperado su buen humor.

—¡Eso es fantástico! —exclama entusiasmada—.¿Cuándo salimos?

—Eso no es todo, hay algo más. Debo ir solo.

Greta me mira sorprendida.

—No entiendo; ¿te explicó la razón por la que no puedo acompañarte?

—Dijo que teme que los yupiks se alteren por la presencia de una mujer y que se la tomen con él. No me pareció una respuesta muy convincente, pero se mantuvo firme: solo está dispuesto a llevarme a mí.

Greta toma una actitud reflexiva y permanece pensando por varios minutos. Toma un sorbo de su café y dice:

—No me gusta, me huele mal.

Pensé que Greta iba a saltar a la oportunidad de poder averiguar el paradero de Jones.

—¿De qué estás hablando? —le pregunto.

—Dime: ¿Cómo se enteró de que querías ir al norte? ¿Tú se lo dijiste?

—No, él vino a verme. Pero en este pueblo corren los rumores; quizás alguien se lo dijo.

Greta permanece callada, pensando, por unos minutos. Luego me dice:

—No creo que debas aceptar.

No entiendo porque Greta se obstina en desaprovechar esta oportunidad. Frustrado, le digo:

—OK, agente especial Johanson. ¿Puedes explicarme la razón por la cual piensas que debemos despreciar esta oportunidad de seguir con la investigación?

Greta me contesta con el mismo tono irónico:

—Te lo diré, agente-improvisado Hammer. Lo que te proponen presenta las condiciones ideales para una trampa. Hasta ahora nadie a atentado contra ti, pero sabemos que en el pueblo hay gente a la que no le gustas. Tu hermano ha sido uno de los testigos y quizás también tuvo algo que ver con la desaparición del dinero. Te repito, no me gusta que vayas solo.

Me siento desilusionado y frustrado. En mi desmerecido papel de agente, mi vanidad me impide aceptar que una mujer declare que no puedo hacer mi trabajo sin su protección. Le digo algo de lo que me arrepentiré más tarde:

—Te digo lo que pienso, Greta. Eres tan consciente del hecho de que estás a cargo de nuestra misión que no puedes tolerar que haga algo importante solo y por mi cuenta. Por una vez acepta el hecho de que puedo hacer tanto como tú; no me importa que te lleves todo el mérito.

Greta me mira en silencio y luego de un instante estalla en una carcajada.

—Ricardo —me dice—, normalmente eres un hombre razonable, pero en este momento estás actuando como un idiota. Como líder de esta misión, te ordeno que no vayas al norte solo. Me oíste bien. Leí tu currículum: tres veces estuvieron a punto de matarte. Llevas las cicatrices de dos heridas de bala. Pensé que estas situaciones te habían educado y alertado sobre los riesgos que ocurren a veces en una misión. Pero veo que ha sido al revés. Te consideras indestructible. Esa es una actitud muy peligrosa en nuestra profesión. Y no quiero discutir más sobre esto. No puedo impedirte que vayas, haz lo que quieras.

Las serias palabras de Greta me afectan profundamente. Pero por razones imposibles de explicar, estupidez, machismo o lo que sea, me niego a volver atrás. Voy a aceptar la oferta del joven

Leo, pero no voy a dejar que Greta lo sepa, de alguna manera encontrará la forma de detenerme. Solo le digo:

—Odio reconocerlo, pero puede ser que tengas razón. Encontraremos otra manera de llegar a Jones.

En la penumbra de la mañana siguiente, cuando todavía no ha empezado a aclarar, el Caterpillar se arrastra velozmente por el paisaje helado. Sus anchas orugas presionan surcos profundos en la blanca superficie, esparciendo polvo fino en el aire frío. Los faros cortan haces gemelos a través de la oscuridad, brillando en el hielo y perforando la niebla que se acerca al suelo. A la derecha comienza una pared de montañas: picos irregulares coronados de plata bajo la restante luz de la luna llena. Sus sombras se derraman por las laderas, mezclándose con la llanura helada. El aire es agudo y quieto, roto solo por el zumbido del motor y el crujido del metal sobre el hielo. Dentro de la cabina, el tenue resplandor de los instrumentos pinta el cristal del parabrisas con reflejos verdes.

Sentado a mi lado, Leo manipula los cambios como un experto: un capitán guiando su nave en medio de un océano de nieve. Leo me recogió a las 5 de la mañana y hemos intercambiado unas pocas palabras desde que dejamos atrás Alltärvitt. Leo ha permanecido extrañamente silencioso. Pienso que quizás es porque debe concentrarse para conducir la gigante máquina sobre un terreno desconocido.

Espesas nubes cubren toda la zona y el GPS no puede conectarse con los satélites de navegación. He estudiado el mapa y le he pedido a Leo que se mantenga en dirección noroeste. Esa ruta debe llevarnos a la entrada sur de la bahía Vollen. Según me han dicho, es un área abundante de focas y demás fauna, apropiada para que se instale allí la tribu. Confío que una vez que lleguemos ahí, siguiendo la costa hacia el norte, debemos encontrarnos con los esquimales de la tribu Yupik.

Estimo que debemos recorrer unos 90 kilómetros para llegar a destino. Leo mantiene la velocidad del Caterpillar a unos 30 kilómetros por hora, aunque a medida que nos aproximamos a los glaciares de la costa el terreno se vuelve más irregular y debe disminuir la velocidad.

Luego de andar por unas dos horas entramos en la zona de los glaciares. El aire en la cabina se mantiene a una temperatura agradable, me he quitado mi abrigo y mi gorro; cierro los ojos y trato de descansar. El traqueteo de las orugas me relaja y entro en un estado de sopor.

En un momento escucho que el sonido de las orugas va disminuyendo su frecuencia hasta detenerse. Abro los ojos, estiro mis brazos para aflojarme y veo que Leo me está mirando. En su mano tiene una pistola apuntándome. Permanecemos inmóviles, mirándonos en silencio. Mi mirada demanda una explicación, la mirada de Leo emite una disculpa. Luego de unos interminables minutos, Leo me dice:

—Lo lamento, señor Ricardo. No es nada personal.

“*No es nada personal*”, me dice. Es la frase que los actores siempre recitan en las películas antes de cometer algo horrendo. La advertencia de Greta vuelve a mi mente, clara y precisa: “*No creo que debas aceptar*”; cinco palabras que decidí ignorar.

—Por favor bájese, señor Hammer.

Respetuoso hasta al último momento. Y no quiere manchar los asientos con mi sangre. No es necesario pedir explicaciones, la intención de Leo está clarísima. Necesito pensar cómo salirme de esta.

—¿Puedo tomar mi abrigo, Leo?

—No lo va a necesitar. Por favor, señor Ricardo, baje del Caterpillar.

Abro la puerta, salto sobre la nieve y quedo enterrado hasta las rodillas. El viento helado me castiga en un instante, me abrazo, tratando de mantener un resto de calor.

Leo ha descendido por el otro lado, ha dado la vuelta por el frente y permanece parado apuntándome. En la luz de los faros del Caterpillar veo que la mano le tiembla. Extrañamente, quizás porque el frío me ha afectado, estoy tranquilo, como si hubiera supuesto que mis misiones iban a terminar así tarde o temprano. Le digo:

—¿Qué sucede, Leo? Apenas nos conocemos, pero estoy seguro de que no eres un asesino. Alguien te ha forzado a hacer esto. ¿Quién ha sido?

La pregunta lo perturba. Estoy seguro de que prefiere acabar con todo rápido, pero no se decide a apretar el gatillo. Luego de un momento, me dice:

—¡Nadie me ha obligado! —en su voz hay un tono de rebeldía—. ¡Usted no lo entendería! Es mi única oportunidad de dejar este pueblo de mierda...

Tengo que mantener la conversación activa. Leo ha sido siempre muy respetuoso y estoy seguro de que no me va a disparar mientras yo esté hablando.

—¡Ah! —le digo—. Es un asunto de dinero. Creo que te he subestimado, Leo, y no te culpo. Yo también haría cualquier cosa para escapar de ese pueblo. ¿Pero has pensado en las consecuencias? Mi amiga sabe que estoy viajando contigo, cuando no vuelva, se preguntará que ha sucedido y serás interrogado.

Leo contesta, desafiante,

—Eso no me preocupa, la señora se encargará de que no me pase nada.

—¿Así que de ahí viene la orden? Admiro tu lealdad y es probable que no te suceda nada. Pero estoy seguro de que nunca has tomado una vida y no conoces lo que vas a sentir luego de hacerlo. ¿Estás dispuesto a vivir con eso en tu conciencia? Porque la culpa es un visitante que nunca se retira, te lo aseguro.

Tratando de convencerlo, sin saberlo, he tenido la fortuna de repetir palabras semejantes a las que atormentaron a Leo durante la noche anterior.

Leo protesta:

—¡Usted debe saber cómo se siente, sé que lo ha hecho muchas veces! —todavía siento rebeldía en sus palabras. Leo busca justificar lo que está por hacer en el hecho de que cree que soy un criminal. Le digo:

—Y mira adonde me han conducido. Voy a morir en este lugar desolado. Y no creas que será solo esta vez. La primera muerte abre la puerta para muchas otras, créeme; a partir de ahora serás el asesino que la familia usará para eliminar a sus rivales; y no podrás negarte.

Leo ha bajado la pistola y vuelve a levantarla. En forma terminante, dice:

—De todas maneras, es demasiado tarde, ya no puedo volverme atrás.

Llegó la hora de negociar; le digo:

—No tienes que llevar la imagen de mi muerte en tu conciencia. Hay una manera de evitarlo y aun así, cumplir con tu misión. Puedes dejar que me marche; el hielo y la nieve acabarán con mi vida, no tienes que preocuparte de que sobreviva una vez que me abandones.

—¿Prefiere usted morir de frío en este lugar? Y los osos abundan por estos lados.

—Aprecio tus palabras, pero creo que puedes concederme el deseo de elegir mi muerte.

Leo piensa por un momento, luego toma la pistola en su mano izquierda y, sin dejar de apuntarme, en un gesto que me sorprende, extiende su mano derecha para despedirse.

—Créame que lo lamento, señor Ricardo; nunca sentí nada contra usted.

Le respondo, y no hay ánimo de venganza en mis palabras, no serviría para nada. Le estrecho la mano.

—Aunque no me creas, Leo, entiendo tu situación. Pero lamento que hayas elegido un camino que conduce, irremediamente, a la perdición.

Leo salta a su asiento de conductor, cierra la puerta y el Caterpillar vuelve a rugir. La máquina salta hacia adelante, avanza por unos metros y se detiene, hamacándose sobre la nieve. La puerta del lado del conductor se abre y mi abrigo, mis guantes y mi gorro caen sobre la nieve. Luego acelera y se pierde tras una nube de polvo blanco; solo queda el sonido que hace eco en las montañas; puede ser el réquiem de mi muerte.

Leo no me ha dejado muerto de un balazo, como era su misión. Pero mi realidad no es mucho mejor. El mundo a mi alrededor es todo blanco y azul pálido, la luz es aún incierta, el amanecer se filtra apenas sobre las montañas, su luz intentando atravesar las densas nubes que cubren los picos. La temperatura debe ser de varios grados bajo cero. Si no encuentro refugio antes de que pasen un par de horas, la hipotermia se encargará de concluir la tarea de Leo.

Desde que en una misión anterior me encontré perdido en la Selva de Lacandón³, he tomado la costumbre de llevar conmigo un pequeño compás, uno de esos que intentan ser un juguete de niño, y un encendedor “*sirius survival*”, que funcionan en la intemperie. He decidido seguir caminando en la misma dirección que llevábamos. A la luz del encendedor determino la dirección de 315 grados NO. Bajo el frente de mi gorro hasta que solo mis ojos quedan descubiertos, cierro mi abrigo lo más posible y comienzo a caminar. Mis botas se hunden en la nieve y mi aliento sale en nubes que humedecen mi máscara.

³ De “El Hombre sin Memoria #2”

Calculo que en el Caterpillar he recorrido dos tercios del camino, me quedan 30 imposible kilómetros para llegar a la bahía. Y no hay garantías de que encontraré ayuda, aun si por un milagro llego allí.

A medida que camino, el terreno se vuelve más irregular. Grandes bloques de hielo y altos promontorios de nieve y rocas me obligan a circundarlos. Noto que mi respirar se vuelve cada vez más profundo, pero trato de mantener un nivel de marcha constante. Sigo adelante, concentrándome en mis pasos y tratando de no pensar en mi situación. A mi alrededor se extiende una interminable extensión blanca, sin camino, sin sonido, sin rastro de vida. El horizonte se funde con el cielo gris bajo, borrando la línea entre la tierra y el aire, haciéndome sentir como que estoy suspendido en un vacío completamente gris. Mi soledad se vuelve una presencia tangible que me acompaña; de vez en cuando le hago algún comentario, esperando que me responda.

Luego de caminar por una hora en el frío y el viento helado, comienzo a reconocer los síntomas de hipotermia. Cada paso se hace más lento, más pesado, como si la gravedad hubiera aumentado. Mis brazos se vuelven entumecidos hasta los codos; mis manos han dejado de responderme. Pero sigo caminando porque detenerme significa acabar con todo y todavía no estoy listo. Me digo a mí mismo que en cualquier momento voy a ver la costa. El frío me envuelve, pero aún lo siento externo, algo contra lo que puedo luchar.

Un momento más tarde, mis músculos comienzan a temblar, primero de a poco y luego violentamente. Los dientes me castañetean; siento que el frío quema mi piel, hasta que comienza a adormecerse. Mis pensamientos se repiten: *"Sigue moviéndote. Busca refugio. No te detengas"*.

En un momento los temblores se detienen: mi cuerpo se está rindiendo. El frío deja de sentirse doloroso y se vuelve extrañamente distante. Mis movimientos son torpes, mecánicos. Los sonidos se vuelven más agudos: el crujido de la nieve y el ronquido de mi respiración me aturden. En mi vista, el color desaparece, reemplazado por pálidos tonos grises.

Noto que mi abrigo está abierto. No recuerdo haberlo desabrochado, pero no me importa. No siento frío, solo un calor extraño y radiante casi quemando mi piel; me he quitado mis guantes y mi gorro, no los necesito. No siento dolor ni miedo. Solo el reconocimiento silencioso de que todo, incluyendo el frío y la soledad, están desvaneciéndose.

Creo haber encontrado un refugio y me recuesto a descansar, “solo por un momento”. Miro al cielo flotar en cámara lenta, nubes pálidas pasan como fantasmas. Mi respiración suena ahora lejana, como si fuera de otra persona.

De repente, la vista de las nubes es interrumpida por la enorme cabeza de un oso que se inclina sobre mí. Un instante después la imagen es reemplazada por la cabeza de un niño abrigada en la piel de un oso. En ese momento, la verdad llega suavemente y todo se desvanece.

CAPÍTULO 13

EL HOMBRE QUE VINO DEL HIELO

El amanecer no tenía un sol verdadero, solo un brillo pálido, un tenue borde dorado que rozaba el horizonte. El mundo era azul y blanco e interminable.

Enuk se arrodilló en la bahía congelada, con los guantes negros por la escarcha. Frente a él, un pequeño agujero redondo humeaba débilmente en el aire amargo. A su lado, Irik, su hijo de ocho años, estaba agachado, con los ojos muy abiertos, las mejillas rojas por el frío. Detrás de ellos, sus perros de trineo yacían acurrucados en la nieve, su pelaje espolvoreado con cristales de hielo. El trineo de madera, atado con cuero crudo, estaba cubierto por una manta hecha de piel de caribú. De vez en cuando, uno de los perros levantaba la cabeza, olfateando el viento.

Enuk era el líder de un clan de esquimales pertenecientes a la tribu Yupik. La tribu Yupik se había originado en el norte de Alaska. A final de la guerra, Alaska había sido ocupada y modernizada primero por los soviéticos y luego por los Estados Unidos. Algunos clanes, tratando de conservar intactas sus costumbres y su cultura, habían roto de la tribu y emigrado, terminando al norte de la península Escandinava.

Eruk había cumplido los 40 años, en su clan era considerado casi un anciano y respetado como tal. Su figura era típica de un yupik: bajo de estatura, robusto, de líneas redondas y espeso cabello de color negro. Eruk no era el más fuerte o el más alto de su clan, pero era extremadamente habilidoso con sus manos y podía crear o tallar en hueso o madera cualquiera de las herramientas y utensilios necesitados por el clan. Otra de las razones por su título honorífico, era que el jefe del clan debía ocuparse de los problemas del grupo y atender las numerosas quejas de las mujeres del clan. Eso significaba intensa dedicación, y los otros hombres del clan habían cedido el cargo gustosos.

Esta mañana Eruk estaba dedicado a su pasatiempo favorito, la pesca en el hielo. Su mujer y sus hermanas se habían quejado de la continua dieta de carne de foca y caribú y habían demandado salmón fresco. Y Eruk se había alejado gustoso a pasar el día en el hielo.

Ajustó la línea, un largo hilo de tendones que se desvaneció en el círculo oscuro del agua, y se sentó a esperar, mientras musitaba en voz baja "Deja de dormir, hermano pez. Despierta y ven a comer".

Su hijo Irik, casi completamente invisible debajo de su parca de piel de oso, lo observaba inmóvil. Quería hablar, pero el silencio del hielo hacía que aun su voz se sintiera demasiado fuerte. Luego de unos minutos, el niño, aburrido, se alejó a explorar las cuevas formadas por los bloques de hielo. Quizás podía encontrar huevos en un nido de gaviotas glauca, una gaviota grande y pálida que a menudo se ve hurgando a lo largo de la costa o siguiendo barcos de pesca.

Caminando distraído, en un momento el niño notó lo que parecía un paño de color oscuro semi enterrado en la nieve. Cuando se acercó, se quedó inmóvil de la sorpresa. Apenas cubierto por un abrigo, junto a una máscara descartada, estaba el rostro de un hombre blanco.

Eruk seguía concentrado en su agujero en el hielo cuando oyó la voz de Irik gritando ¡Apa, apa! (¡papá, papá!). Cuando llegó junto a su hijo, vio yaciendo en la nieve a un hombre, casi desnudo, con la piel de un color blanco azulado. Inmediatamente descartó su capucha, se arrodilló a su lado, sacudió la escarcha que cubría el pecho desnudo del hombre y apoyó su oído contra la piel fría. Luego de un momento le pareció sentir el débil sonido de un latido.

Trabajando rápidamente, Eruk arrastró el cuerpo inerte y lo colocó sobre el trineo. Luego le ordenó a Irik:

—¡Acuéstate a su lado!

—¡Pero yo quiero viajar a tu lado, sujetando las riendas! — protestó el niño.

—¡Haz lo que te digo, el calor de tu cuerpo le hará bien!

El niño se acomodó en el estrecho espacio y Eruk los cubrió a los dos con las pieles de caribú, apretando las cuerdas para evitar que entrara el viento.

“—Espera” —murmuró, como si el extraño pudiera entenderlo—. “Mi gente no está lejos”.

Los ocho perros, perfectamente conscientes de la emergencia, e impacientes por comenzar su carrera, ya se habían levantado, sacudido la nieve de sus densos pelajes y se habían alineado en dos filas a lo largo de las líneas hechas de tendón que los sujetaban al trineo.

Eruk se acomodó en la posición de conductor, hizo sonar el látigo, y el trineo se lanzó hacia adelante, los patines silbando sobre la nieve. Eruk condujo el trineo a la máxima velocidad que permitía el terreno. El frío le azotaba la cara y los perros jadeaban nubes de vapor en el aire. Bajo las pieles, el hombre permanecía inmóvil, indiferente a los bruscos movimientos del vehículo.

Luego de una media hora, el pueblo apareció a la vista, tiendas de varios tamaños armadas sobre esqueletos de madera y cubiertas con piel de focas: las viviendas llamadas “tupiqs” en lenguaje yupik. A medida que se acercaban se escuchaban los gritos de mujeres saliendo de sus tiendas.

Eruk detuvo el trineo frente a su tupiq. Su esposa Sakari, junto con otras mujeres, alertadas por los gritos, corrieron a recibirlo. Levantaron al extraño con manos cuidadosas, lo llevaron al interior de la tienda y lo acostaron en la cama formada con pieles de caribú. Eruk trató de seguirlas, pero las mujeres le prohibieron la entrada.

Eruk sabía que las mujeres, principalmente su esposa Sakari, sabían cómo tratar casos de extrema exposición al frío. Se alejó sin protestar y se dedicó a desatar los perros, que se habían echado exhaustos sobre la nieve.

En el centro del tupiq, un caldero con braza encendida mantenía alta la temperatura. Las mujeres agregaron piedras de carbón y prepararon un caldo que pusieron a calentar.

Habían encontrado a un hombre de otro mundo, medio muerto en el silencio del Ártico, y ahora, en el pequeño círculo de la luz del brasero, estaban listas y empeñadas en devolverlo a la vida. No dudaban que podían lograrlo, era parte de la vida en

el Ártico, cuando los hombres encontraban a uno de sus cazadores perdido en la tempestad.

La temperatura del extraño era baja, su cuerpo no generaba el calor necesario para permitirle el volver a funcionar. Quitaron las ropas del hombre, todavía húmedas, hasta que quedó completamente desnudo.

Sakari, la esposa de Eruk, se arrodilló a su lado, frotándole el cuerpo con aceite de foca calentado en un cuenco de piedra. Mientras, murmuraba suavemente en su idioma, llamando al espíritu del hombre a permanecer en el cuerpo, a no volver al frío.

Cuando Sakari terminó, se desnudó, se acostó al lado del hombre y, abrazándolo, pegó su cuerpo al de él. Inmediatamente la mujer comenzó a tiritar, señal de que le estaba transfiriendo su calor a través de la piel fría. Tomando turnos, las mujeres se alternan en la tarea, juntando sus cuerpos calientes al cuerpo todavía frío y haciendo ascender lentamente su temperatura.

Trabajando sin detenerse, periódicamente le alimentan, con paciencia, cucharadas de caldo caliente.

Las horas pasan; el ambiente es agradable. El tupiq está ingeniosamente construido: El exterior está armado con pieles de foca, que resisten la nieve y el viento; el interior está cubierto con pieles de caribú, que aísla del frío.

A llegar la tarde, Sakari permite que entren dos ancianos. Son dos viejos cazadores envueltos en pesadas parkas. Los dos estudiaron al extraño en silencio. Uno de ellos, llamado Tulugaq, finalmente dijo:

—Viene del sur. De los hombres que traen ruido y hierro.

Aput, el otro anciano, asintió lentamente.

—¿Vivirá? —le preguntó a Sakira.

La mujer presionó sus dedos contra la muñeca del paciente.

—Su temperatura ha subido un poco y su latido se siente más fuerte. El frío aún no se ha apoderado de su corazón. Es probable que viva.

Tulugaq miró al extraño.

—Entonces los espíritus nos lo enviaron por una razón. Cuando un hombre de otro mundo cae del cielo, debemos descubrir por qué.

Los ancianos se retiraron y el tupiq quedó en silencio. El fuego crepitaba suavemente, el aceite silbaba en la lámpara. La respiración del hombre blanco se hizo más estable.

En algún lugar a lo lejos, un perro aullaba en el horizonte, donde la noche y el día se encontraban en un resplandor helado. Enuq, sentado cerca del fuego, fuera del tupiq, sentía que ese día, la sensación de que su mundo tranquilo, sellado en hielo y silencio, acababa de cambiar. El extraño había venido de muy lejos, frágil, humano y atrapado en el mismo frío interminable.

Durante tres días, el hombre blanco permaneció en el calor del tupiq, flotando entre el sueño y la vigilia. Sakari lo alimentó con un caldo fino hecho de carne de foca y hierbas, y cuando tembló de fiebre, le limpió la frente con nieve. Los niños susurraron afuera, desafiándose unos a otros a mirar a través de las rendijas y ver al hombre que había venido de la tormenta.

CAPÍTULO 14

SALVADO

Una febril sucesión de imágenes y sonidos aparecen y desaparecen en mi mente, tan rápido que no puedo encontrarles sentido. En un momento estoy caminando en un cuarto que reconozco por un instante, es el mismo cuarto de mis sueños anteriores, pero esta vez no hay humo ni fuego. En otro, estoy acostado junto a Rosie; está abrazada a mí, respirándome en mi oído. De repente, empieza a hacer calor, las pesadas mantas me sofocan. Quiero retirarlas, pero no puedo moverme. Escucho una voz de mujer, debe ser Rosie, aunque habla en una lengua extraña. Está discutiendo con otra mujer, pero no entiendo lo que dicen.

Hago un esfuerzo y abro mis ojos. No reconozco el lugar. Trato de pensar como llegué aquí; por un momento entro en pánico, pienso en la posibilidad de que he vuelto a perder la memoria. Pero no, recuerdo el frío espantoso, mi cuerpo ardiendo y la cabeza del oso inclinándose sobre mí. El calor presiona sobre mi piel, y el aire huele a humo y aceite. Me duele el cuerpo de la profunda rigidez del frío soportado durante mucho tiempo. Inclino la cabeza y a mi lado veo dos mujeres discutiendo en voz baja, en un idioma que no reconozco.

Trato de moverme, pero mis manos están inmovilizadas debajo de capas de pieles. Finalmente alcanzo a emitir, como un susurro ronco:

—¡Agua...!

De inmediato, las mujeres, sorprendidas, dejan de discutir. Una sale corriendo, gritando algo y la otra se inclina sobre mí. Veo su rostro en forma de luna y sus ojos como rayas negras. Es una esquimal. Se incorpora, vuelve con una taza de hueso y la apoya en mis labios. El líquido está tibio. Es una clase de té amargo, pero siento que me hace bien. No hay suficiente luz para distinguir bien su rostro, no puedo notar si es una joven o una mujer mayor.

Trato de levantar mi cabeza para observar mi alrededor, pero la mujer coloca una mano sobre mi frente y la empuja hacia abajo suavemente. Dice algo que aunque no puedo entender, me suena como “—*¡Tranquilo!*”

La piel que cubre la puerta se aparta, puedo ver que afuera es noche. Una pareja entra; la mujer enciende una lámpara colgada en uno de los postes. Veo que estoy en una clase de tipi similar a los usados en Texas por los indios Navajos. Excepto que los lados están cubiertos de gruesas pieles.

La mujer lleva una parka de caribú y una capucha de color blanco hecha de piel de zorro. Es una esquimal, como las mujeres que vi antes. Sin decir nada me toma la temperatura con su mano, me abre los ojos y observa con cuidado mis pupilas, coloca una mano bajo las pieles, la apoya en mi pecho y luego en mi estómago. Me doy cuenta de que, debajo de las mantas, estoy completamente desnudo.

El hombre se aproxima y los dos intercambian algunas palabras. Luego me dice, en inglés, con voz suave,

—¿Cómo se siente?

Lo miro. Me resulta extrañamente parecido a Eggerson, el jefe de policía de Alltärvitt. Excepto que parece más joven. En mi confusión, no le he contestado. El hombre sonrío y me vuelve a hablar.

—Vas a vivir.

Le entiendo, me habla en inglés. Trato de responderle, pero las palabras se atascan en mi garganta y no puedo hablar.

La mujer a su lado coloca una mano en su brazo, murmura unas palabras y los dos se alejan. Hago un esfuerzo, tratando de incorporarme, no quiero que el hombre se retire. No lo consigo y vuelvo a recostarme, con el corazón latiendo con fuerza.

¡Voy a vivir!

Las palabras del hombre me han traído una sublime tranquilidad. Afuera, el viento ha cesado. Puedo escuchar perros ladrando, risas de niños jugando, “voy a vivir” me repito, hasta que me sumerjo en un tranquilo sueño.

Me despierta un dedo golpeándome suavemente la frente. A mi lado veo al niño con la capucha de piel de oso. Retira su mano y me sonrío.

Me siento bastante mejor. El niño se toca el pecho y dice, en un inglés elaborado:

—Mi nombre es Irik.

Luego me vuelve a tocar la frente y me mira.

—Me llamo Ricardo —le digo.

Es mi primera conversación con un miembro del clan. Siento un optimismo inexplicable. El niño saca del interior de su abrigo un pequeño avión tallado en madera. Es una exacta reproducción

de un avión de verdad. Deja el juguete sobre mi cama, indicándome que es un regalo.

—Lo hizo mi padre.

Estoy pensando como agradeceréselo, pero el niño escucha algo y sale corriendo. Un momento después, se corre la piel de la puerta y entra el hombre que me habló antes. Se para junto a la cama, observándome.

—Ha estado dormido durante tres días ¿Cómo se siente?

Sin decir nada, toma una de mis manos y la mantiene entre las suyas; el alivio que me provoca ese sencillo gesto de amistad es tan grande que no puedo explicarlo. Me abruma y no sé cómo contestar. Semi inconsciente, he pasado de la desesperación a la inmensa tranquilidad de saber que alguien se ha preocupado de traerme de nuevo a la vida. ¿Qué puedo decir? Estoy a punto de llorar.

El hombre se sienta con las piernas cruzadas sobre la alfombra.

—Mi nombre es Eruk. El niño que lo estaba molestando es mi hijo Irik. Él lo encontró en la nieve. Tenemos cuidado cuando tratamos con extraños, pero pudimos ver que usted es un hombre de paz. Cuando la sacudí la nieve del pecho para ver si estaba vivo, encontré esto. Eruk me muestra en su mano el *inuksuk*, el amuleto que me dio Eggerson, diciendo que podía protegerme en casos como este.

Recuerdo las palabras que Eggerson relacionó con el amuleto: “*Encontraremos el camino juntos*”.

—¿Sabe lo que significa? —me pregunta—. Es un símbolo de la amistad, la esperanza, y la hospitalidad. El hombre que le ha dado esto debe ser un tupiq, y debe conocerlo a usted muy bien.

Eggerson tenía razón. Eruk me entrega el amuleto y continúa:

—Lo trajimos a nuestro tupiq y mi esposa y sus hermanas lo cuidaron por tres días. Las dos mujeres que usted vio discutiendo son mis cuñadas; cuando usted las vio estaban riñendo sobre de quien era el turno de acostarse a su lado —sonríe—. Sé que es una práctica rara para un hombre blanco, pero es el mejor método para devolverle el calor al cuerpo. Como usted ve, le ha dado resultado. El color le ha vuelto.

Eruk pausa, dispuesto a contestar mis preguntas. Siento que mi voz ha vuelto, aunque todavía me cuesta hablar.

—Le debo la vida, Eruk. Y le agradezco por explicarme como llegué aquí. ¿Quiere decirme dónde estamos? En qué lugar, quiero decir.

—Estamos en el norte de la península, al borde sur de la bahía Vollen. El clan se está preparando para pasar aquí el invierno. Abunda la fauna y osos que andan con sus crías buscando comida antes de que llegue el peor frío. En el clan, somos unos cincuenta en total. De paso, sabíamos su nombre, en su abrigo encontramos esto:

Eruk me entrega mi cartera, junto con mi encendedor y mi compás.

—El encendedor es una pequeña maravilla, aunque nosotros tenemos muchas formas de encender el fuego y no necesitamos pilas. El compás no es tan útil, en el Ártico, el flujo magnético varía continuamente. El sol, la luna y las estrellas son nuestra guía.

Eruk nota mi sorpresa; sus palabras no parecen ser las de alguien completamente separado de la civilización.

—No debe extrañarse, Ricardo. Me crié en Alaska, mi padre trabajaba en una refinería de Shell y mi madre era maestra. Insistían que en casa se hablara solo inglés. Pero en la escuela conocí a un profesor que nos hablaba siempre sobre nuestro origen. Decía que éramos los legítimos dueños de Alaska y que debíamos mantener nuestra cultura y nuestra tradición. Cuando los americanos trataron de reclutarme para el ejército, me uní a un grupo de yupiks que deseaban volver a la naturaleza. Luego de tres años, aquí terminamos. No estoy seguro si mi hijo Irik va a seguir mis pasos. Él y sus amigos aprenden inglés de historietas. Pero por ahora vivimos en paz, y los problemas del hombre blanco no nos conciernen.

Permanezco en silencio. La historia que me acaba de relatar Enuk me parece muy interesante. Enuk se levanta, listo para marcharse.

—Más tarde, Ricardo, me vas a contar la razón que te hizo venir a este remoto lugar. Todo el clan está interesado. Y te advierto: las hermanas de mi esposa tienen su propio tupiq y están decididas a que te vayas a vivir con ellas —se ríe con gusto, y se marcha diciendo— ten cuidado con ellas, todavía necesitas varios días para recuperarte, recuerda que estuviste a punto de morir.

Sus últimas palabras me hacen pensar que los yupiks tratan al sexo como algo natural. Mas tarde mi impresión será reconfirmada.

Paso los próximos días en compañía de esta gente amable, que me ha salvado la vida sin pedir nada en cambio, y que ha elegido vivir de esta manera, para mi tan extraña.

Sé que la recuperación de una hipotermia debe ser muy suave. Mi presión arterial comienza a estabilizarse a medida que regresa la circulación. Mis escalofríos se intensifican y luego

disminuyen hasta desaparecer. En ocasiones me despierto confundido o desorientado y me lleva unos minutos el recordar lo sucedido. Pero todo es resultado de la experiencia en que casi pierdo la vida, y los síntomas van desapareciendo paulatinamente.

Las gentes del clan se han acostumbrado a mi presencia y ya no me miran con curiosidad cuando paso caminando.

CAPÍTULO 15

EL CLAN DEL SOL BAJO

Los días son cortos y no tienen un verdadero sol, solo un pálido brillo, siempre cerca de las montañas y solo por unas horas.

Es el comienzo del invierno, y la aldea Yupik ocupa un pequeño lugar en el borde del mundo helado. Una veintena de robustos tupiqs reforzados para el frío, aparentemente diseminados al azar, descansan sobre pisos de nieve y restos de tundra, algunos con sus techos en pico humeando débilmente contra el cielo gris. El aire es agudo y seco, con olor de pescado disecado y de aceite de foca. El agua salada de la ancha bahía se ha congelado a lo largo de los bordes, y brilla como metal bajo el pálido reflejo del sol.

Durante mis paseos, no veo a hombres adultos; solo mujeres ocupadas, niños jugando y ancianos fumando sus pipas sentados alrededor de un fuego. La mayoría de los hombres se han ausentado, viajando con trineos y perros a través del hielo para cazar focas, morsas o caribúes, antes de que el frío profundo selle la tierra. Su ausencia deja un silencio en el pueblo, no un vacío, sino una calma constante y duradera. Las mujeres, envueltas en parkas con adornos de piel, se mueven con un propósito

determinado, raspando pieles, cosiendo nuevas parkas o preparando escondites de comida enterrados bajo el suelo congelado.

Todos llevan Mukluks, botas hechas de piel de foca en el exterior para hacerlas impermeables y piel de conejo en el interior, para aislarlas del frío. Las suelas son hechas de morsa, extremadamente duraderas. Las botas de los niños están decoradas con dibujos de colores rojos, azules o amarillos intensos, que los hace visibles aun desde lejos.

La luz del día se desvanece rápidamente. Temprano por la tarde, el sol cuelga bajo en el horizonte, pintando la nieve en tonos de rosa y azul. Es un paisaje realmente hermoso, digno de un cuadro de Claude Monet. A medida que la noche se hace más profunda, el frío se vuelve más agudo y las familias desaparecen dentro de sus tiendas.

Yo estoy alojado en el tupiq de Enuk; duermo separado de la pareja por un tabique de piel de caribú. Las pieles no cortan el sonido y Enuk y Sakari no parecen preocuparse por silenciar sus momentos de intimidad, que frecuentemente interrumpen mi sueño. Para mi sorpresa, varias noches, al retirarnos a descansar, Enuk me ha ofrecido tomar su lugar en la cama, explicándome que no es solo su idea. Según el, Sakari, su esposa, no solo está de acuerdo, ha tomado la iniciativa en sugerirlo. Aparentemente, es un gesto de hospitalidad tradicional: pueblos diferentes, costumbres diferentes.

Irik, el hijo de Enuk, me busca seguido, muy interesado en conversar en inglés y hacerme preguntas. Me trae regalos: pescado seco, adornos de hueso tallado y, una vez, una pequeña y detallada figura de una foca hecha de marfil.

Una mañana me preguntó si quería conocer a sus perros y me llevó detrás del tupiq de su familia. Había allí una docena de animales, algunos de ellos cachorros.

Eran los perros que arrastraban el trineo de Eruk, los mismos que ayudaron a salvarme la vida. Me llamó la atención el que no eran animales tan grandes como yo los imaginaba. Eran todos de un tamaño medio pero de complexión poderosa, de pecho profundo y hombros anchos, con las piernas compactas y musculosas, hechas para arrastrar peso sobre hielo. Sus pelajes eran gruesos y ásperos, con patrones blancos, negros, grises y marrones. Tenían ojos alertas, brillantes y vigilantes, y seguían atentamente cada uno de mis movimientos. Entre ellos creí reconocer algunos de razas Malamute de Alaska y Husky Siberiano.

Le pregunté a Iruk si podía levantar a uno de los cachorros y me dijo que era mejor que no lo hiciera. El cachorro podría encariñarse conmigo y acostumbrarse a mi olor, y eso podría traer problemas más tarde. Iruk tenía solo ocho años, pero sus padres habían tenido cuidado de entrenarlo en el cuidado de los perros y parecía saber todo lo relacionado con ello. Pude notar un dejo de orgullo en el niño, cada vez que contestaba alguna de mis preguntas.

Noté que estaban todos atados y sin ningún tipo de refugio. Cuando le pregunte sobre ello, Iruk me explicó que se mantenían atados por separado para evitar peleas y para mantener la disciplina. Permanecían al aire libre todo el año, el frío no les hacía daño. Y no se les mimaba ni se les permitía entrar en las viviendas, pero no significaba que no eran queridos. Un equipo de perros fuerte y sano era señal de un dueño capaz y responsable.

De la extensa explicación de Irik aprendí que, más que animales, los perros eran considerados parte de la sociedad y esenciales para la supervivencia de la tribu. La relación con los perros era una relación de dependencia mutua. Los perros eran protegidos y cuidadosamente alimentados y en cambio tiraban los trineos, encontraban los pasajes seguros a través del hielo y permanecían permanentemente en guardia contra cualquier peligro como animales salvajes. Terminé el día pensando que nunca volvería a ver a un perro de la misma manera. Es un animal que merece respeto.

Otro resultado de mi vida en la tribu fue el descubrir que los yupiks son extraordinariamente supersticiosos. Al caer la noche, todas clases de leyendas sobre espíritus en forma de animales, generalmente lobos u osos, circulan entre la gente reunida al borde de los braseros. Un anochecer, cuando el cielo se volvía violeta y aparecían las primeras estrellas, el niño me preguntó, muy serio:

—¿Vienes del barco hundido? Mis amigos me dicen que en realidad eres un espíritu.

Cuando lo miré extrañado, Irik me explicó que, hacía años, un barco había naufragado en la bahía durante una tormenta. Los cuerpos de los tripulantes nunca habían aparecido y según la leyenda, deambulaban por la zona.

Llevo una semana viviendo en este lugar, y estoy casi recuperado. Decido que es hora de que averigüe si alguien en la tribu puede decirme como ubicar al trampero Jones.

Enuk me había comentado que Irik y sus amigos habían aprendido inglés leyendo revistas de historietas. Cuando el Irik se

presenta en la tienda para acompañarme en uno de nuestros paseos, le pregunto si es cierto.

—Así es —me dice—, las figuras nos ayudan, aunque a veces no entendemos algunas palabras.

—¿Dónde las consiguen?

—Los pescadores que vienen de Alltärvitt siempre traen algunas de regalo. Pero las revistas con figuras de mujeres desnudas nos las regala el trampero. Es un hombre blanco que viene de vez en cuando a cambiar sus pieles por aceite de ballena.

—¿Sabes cómo se llama el trampero?

—No, solo lo llamamos así.

Quizás esta aventura mía no ha sido en vano. Esa noche hablo con Eruk, que confirma lo dicho por su hijo.

—Así es, el trampero aparece de vez en cuando. Trae pieles de zorro, que por aquí son difíciles de conseguir. A las mujeres les encantan, las usan para hacer capuchas y guantes. La piel de zorro es más suave que la de la foca o la del caribú.

—¿Cuándo esperan que se presente otra vez?

—Eso es difícil de responder. Nunca nos da una fecha fija de cuándo va a volver.

—¿Es el único trampero de esta zona? ¿Han visto a otros?

—No, que yo sepa. Y lo dudo. Los tramperos andan más al sur, cerca de pueblos donde pueden vender sus mercancías.

Mis preguntas han despertado la curiosidad de mi amigo. Me enfrenta y me dice:

—¿Puedes decirme porque quieres encontrar a este hombre? ¿Es esa la razón por la cual arriesgaste tu vida y por la que casi mueres? ¿Qué te ha hecho ese hombre? No estoy interesado en ayudarte a llevar a cabo una venganza personal, si eso es lo que intentas.

Comprendo que Eruk no quiere ser cómplice de una acción inmoral de mi parte; decido ser franco y explicarle la verdad de mi situación.

—Eruk, no se trata de una venganza. Se trata de hacer justicia y de castigar a personas que han asesinado por avaricia. Te voy a decir porque estoy aquí, y confío que todo lo que te digo quedará entre nosotros.

En una charla de media hora, le explico a Eruk quien soy realmente y cuál es la misión que me llevó a terminar perdido en el hielo. Finalizo diciéndole lo importante que es encontrar al trampero, estamos seguros de que él puede ayudarnos en la investigación. Durante mi relato, Eruk ha quedado callado, solo asintiendo con la cabeza de vez en cuando. Pero noto que ha quedado sorprendido. Cuando termino, me dice:

—Ricardo, me resulta difícil creer en tu historia, pero presiento que me has dicho la verdad. No sé si eres un hombre incapaz de sentir miedo o un tonto, pero estoy dispuesto a ayudarte.

La respuesta de Eruk me tranquiliza.

—Gracias por tenerme confianza, Eruk. Ahora dime, ¿Tienes una idea de cómo encontrar al trampero?

Eruk piensa por un momento.

—No sé exactamente dónde está, pero ha mencionado varias veces que posee una canoa en un lago llamado “*Nanuq Anirtuq*”, unas horas al noreste de Alltärvitt. Seguro que tu amigo el policía te puede indicar como llegar al lago. Te aviso que el nombre del lago significa “Oso Muerto”, de manera que si piensas andar por ahí es mejor que vayas preparado.

—Te agradezco; con esa información podremos comenzar la búsqueda. Ahora debo encontrar la manera de llegar a Alltärvitt

por la noche y mantenerme oculto hasta que encuentre a mi colega. Los que atentaron contra mí deben seguir pensando que estoy muerto.

—Alltärvitt queda a unas tres horas de trineo, aunque viajar de noche es peligroso. Una de mis cuñadas es experta en el manejo del trineo y puede estar dispuesta a llevarte. Puede llegar al pueblo y volver aquí en una noche. Déjame hablar con ella.

Una hora más tarde me encuentro de nuevo con Eruk.

—Ricardo —me dice—, he hablado sobre tu viaje con mi cuñada, su nombre es *Quamac*. Está dispuesta a llevarte, pero ha mencionado que la invitación que te hicieron, para que antes de irte pases la noche con ella y su hermana, sigue presente. Y sería una descortesía el que no lo aceptaras.

Recuerdo que cuando las hermanas me cuidaban durante mi convalecencia, me habían sugerido que estaría mejor durmiendo en el tupiq de ellas. No sé qué decir. Las extravagantes costumbres de la tribu parecen no tener límites en lo que respecta a las relaciones entre los sexos.

—No entiendo, Eruk —le digo—. ¿Me estás diciendo que solo me llevará si duermo una noche con ella y su hermana? ¿No están casadas? ¿Qué pasa con sus hombres?

—Sus esposos están viajando en cacería. Tu presencia las va a ayudar a disminuir su soledad y aumentará el prestigio de ambas ante los ojos de la tribu. Cuando los hombres vuelvan, estarán agradecidos de que les hayas brindado tu compañía. Me temo que así son las cosas. Si quieres volver a Alltärvitt, debes hacer lo que te piden. Pero debes decidirte pronto, dentro de unos días se desatará una tormenta.

Si algún día llego de vuelta a Dallas, sé que Rosie va a descubrir lo sucedido y voy a tener problemas para explicarle que

no he tenido otra opción. Pero si quiero volver a Alltärvitt, no hay otra manera, debo cumplir con la tradición de mis anfitriones.

Dos noches más tarde, estoy sentado en el trineo mientras Quamac completa las preparaciones para el viaje. Protegido del viento por pieles, me siento sorprendentemente cómodo y listo para viajar. La noche anterior me ha dejado exhausto. Las hermanas resultaron ser jóvenes, ansiosas y llenas de energía. Afortunadamente, conscientes de que me estoy recuperando, me trataron con mucha delicadeza.

Éste será mi primer largo viaje en un trineo. Quamac sacude su látigo y los perros se lanzan hacia adelante, indiferentes al frío y a la oscuridad. El trineo se desliza en silencio, sus patinas susurrando contra la nieve congelada. El cielo está despejado y la noche es vasta y plateada, iluminada por la luna llena que cuelga baja sobre el horizonte, proyectando largas sombras sobre el terreno abierto. Los perros tiran al ritmo, su respiración se eleva en nubes de vapores blancos, cada exhalación se desvanece en el aire frío casi antes de que se forme. Sus patas golpean la nieve con golpes suaves, constantes e incansables. Quamac, a pesar de tener solo diecisiete años, maneja el trineo como una experta. Envuelta en una gruesa parka, está parada en la parte trasera del trineo, con una mano agarrando el manillar y la otra manejando el látigo, que usa solo para alentar a los perros. Su capucha está bordeada de escarcha; sus pestañas brillan con pequeños cristales. De vez en cuando inclina la cabeza contra el viento, que trata de penetrar cada costura. Más adelante, el perro líder da un ladrido agudo y el equipo se desvía ligeramente, siguiendo un rastro tenue que serpentea entre montículos bajos y piedras medio enterradas. El mundo está en silencio, excepto por los perros y el débil silbido

del trineo. En lo alto, la aurora boreal comienza a agitarse: un tenue velo verde que se despliega a través de las estrellas, moviéndose y ondeando como algo vivo. La luz se derrama débilmente sobre el hielo, pintando el paisaje blanco con tonos fantasmales. Me siento vivo, volando en silencio sobre la quietud congelada.

A las dos de la mañana, Quamac detiene el trineo frente a una casa a la entrada norte del pueblo. Los perros, exhaustos, se echan inmediatamente sobre la nieve. Mientras Quamac los atiende, cruzo el jardín y golpeo en la puerta. Luego de varios minutos, la puerta se abre apenas. Estoy parado en las sombras y he perdido peso. Eggerson no me reconoce.

—¿Qué quiere? ¿Quién demonios es usted? —su voz suena ronca, lo he despertado de un sueño profundo.

—Abre y déjanos entrar, Eggerson. Y despiértate, tenemos que hablar.

La puerta se abre de golpe y antes de que pueda reaccionar Eggerson me aprieta en un fuerte abrazo.

—¡Ricardo! ¿Eres realmente tú? ¡Hace días que te damos por muerto!

Unas palabras en yupik de Quamac rompe el encuentro. Nos damos vuelta y la joven yupik está haciendo un gesto como sosteniendo un recipiente en sus manos. Pero Eggerson la ha entendido y dice:

—Tu amiga necesita agua para los perros. Entren, yo me encargo.

Entramos; Eggerson le dice unas palabras a Quamac y desaparece. Vuelve enseguida con un balde con agua y sale a encargarse de los perros.

En una repisa hay una fotografía de Eggerson con su esposa y dos niños. Quamac la mira, se quita un guante, señala la fotografía y se señala ella misma.

—Todos Yupik —dice sonriendo.

Me quito mi parka y le hago señas a Quamac para que haga lo mismo, pero se niega, sacudiendo su cabeza. Nos sentamos en silencio y unos minutos más tarde vuelve Eggerson. Quamac le dice unas palabras y Eggerson le sirve un vaso de agua, que ella bebe con avidez. Luego Eggerson toma una botella de whiskey y sirve dos vasos. Una vez que todos hemos bebido, empiezan las explicaciones. Le hago un relato del atentado, de mi desesperada fuga y de cómo los yupiks y el amuleto que él me había entregado salvaron mi vida. Cuando termino, he hablado casi media hora sin detenerme. Quamac, que ha permanecido en silencio, me apunta con un dedo y dice, en inglés:

—Buen hombre blanco, pero no muy fuerte, ¡Casi muerto, pero hermanas y yo salvamos!

Por un momento, todos reímos. Eggerson cambia unas palabras en yupik con Quamac, y la joven se levanta, lista para marcharse. Eggerson me explica que le ha ofrecido que permanezca en su casa por esta noche, pero Quamac se niega, diciendo que debe volver. Esta niña parece incansable. Se abrocha su parka y se despide de Eggerson con una breve inclinación de cabeza. Lamento no tener manera de agradecerle todo lo que ha hecho por mí. Trato de darle un abrazo, pero me aleja con un brazo y sonrío. Nos señala que Eggerson y yo debemos permanecer sentados. No quiere que salgamos a despedirla. Deja la casa y un momento después escuchamos la algarabía de los perros, como si estuvieran alegres sabiendo que vuelven a su hogar. Oímos un grito de comando, el chasquido de un látigo y

luego, silencio. En un instante, me invade la pena al pensar que no volveré a ver a mis amigos yupiks.

Eggerson me dice que debemos hablar mañana; ahora, debemos retirarnos a descansar. Me quito las botas y me recuesto en el sofá en el que estoy sentado. Para cuando mi amigo retorna con una manta, estoy dormido.

CAPÍTULO 16

JONES

—Toma el café, te vas a sentir mejor. Todavía te ves muy demacrado.

La voz de Eggerson me despierta, veo que mi amigo, en su uniforme de jefe de policía está parado junto mí, sosteniendo dos tazas. La luz del día se filtra por las ventanas. Miro instintivamente mi reloj, pero ha dejado de funcionar desde mi accidente en la nieve. Eggerson adivina mi gesto y me dice

—Es el medio día, has dormido casi diez horas. Lo necesitabas, todavía no estás completamente recuperado de tu odisea. Tu salvación ha sido nada menos que milagrosa. Pareces tener tanto talento para salir de tus líos como para meterte en ellos.

—Necesito hablar con Greta, debe saber que he vuelto.

—Ya he mandado a Supiaq, mi ayudante, a que la encuentre y la traiga. Cuando desapareciste, Greta vino a verme, desesperada. Me contó que Leo se había ofrecido a llevarte al norte y estaba segura de que te habías ido con él. Pero cuando envié a mis hombres a traerlo para interrogarlo, Leo había volado el nido en el Caterpillar. No supimos nada más de él y ni de ti.

—¿Leo desapareció?

—Así es. Por lo que dices, pienso que no se animó a enfrentar a la señora Anastasia, luego de haber dejado que te escaparas.

Tuvo el presentimiento de que ibas a vivir y no quiso correr el riesgo. Y hay rumores de que había recibido una buena cantidad de dinero para liquidarte. Con eso y el Caterpillar puede llegar a Nordjosk u otra ciudad y rehacer su vida. Es un chico inteligente, siempre me gustó. Y por lo que tú me cuentas, no tuvo la maldad necesaria para terminar contigo.

—Estoy de acuerdo, le deseo suerte. ¿Qué hay de la señora y su banda, piensan que Leo terminó conmigo?

—Lo creyeron cuando Leo volvió solo y les aseguró que estabas muerto. Más aun ahora que pasaron varios días; pero de todas maneras, es mejor que te escondas bien. Mi esposa está de viaje y no volverá por varios días. Quédate aquí y no asomes la nariz. Si alguien te ve, Anastasia se enterará enseguida.

—¿Qué sucedió con Greta?

—El día que desapareciste, Greta salió todo el día a buscarte en su moto de nieve. Al otro día, lo mismo. Pero luego del tercer día estábamos seguros de que habías muerto. Sé que trató de comunicarse con su jefe, un tal Anderson, pero con el invierno las comunicaciones están todas interrumpidas. La última vez que hablé con ella, hace un par de días, me dijo que estaba esperando poder hablar con su jefe antes de hacer nada. Y si no lo consigue, intenta irse en el próximo Ferry. Hasta ahora, nadie sospecha que ella es un agente de Säpo .

Estoy por hacerle otra pregunta, pero me interrumpe.

—Ahora ve a bañarte, tu colega agente está por llegar y hueles a perro. En el baño hay implementos de afeitarse, llevas la barba de diez días. El encargado del hotel llevó todas tus cosas a la estación de policía cuando pensó que estabas muerto. Le dije a Supiaq que las pasara a buscar y las trajera. Necesitas ropa nueva.

Estoy charlando con Eruk cuando escuchamos el roncar de una moto de nieve que se detiene frente a la casa. Un instante después, golpean en la puerta. Es Greta. Eggerson abre la puerta y cuando entra Greta, estiro mis brazos para abrazarla. Un

puñetazo, lanzado a tanta velocidad que no pude verlo venir, me hace caer de espaldas sobre el sofá.

—¡Eres un idiota! —La voz de Greta resuena con la fuerza suficiente para escucharse en la calle—. ¡Si tuviera mi pistola, te volaría los sesos aquí mismo!

La iracunda reacción de Greta nos ha tomado a Eruk y a mí en completa sorpresa. Un momento después, la máscara de furia que por un instante distorsionó su cara, se ablanda y desaparece. Se inclina hacia mí; instintivamente levanto mis manos para protegerme, pero extiende una mano y me ayuda a levantarme. Luego me abraza, veo que sus ojos están húmedos. Permanecemos así por un largo rato, hasta que Eruk, riendo, exclama

—¡Nunca había visto a un hombre volar hacia atrás de esa manera!

Greta me suelta, se sienta, baja los ojos y sacude su cabeza.

—Te busqué por dos días en mi moto de nieve. No sabía por dónde buscar; recorrí el norte de un lado a otro, como una maniaca, al final pensé que habías muerto. Ahora me alegro de no haber podido comunicarme con Anderson, te estaría preparando un funeral digno de tu estupidez.

Todavía sigue enojada, la miro sin decir nada; es inútil tratar de pedir disculpas. Tiene razón, me advirtió que no viajara con Lucas. Más calmada, me dice

—Dime que por lo menos has conseguido alguna información, algo útil. Cuando no aparecías, estaba dispuesta a dar la investigación por terminada.

—Vas a quedar sorprendida —le dice Eruk y agrega—, cuéntale, Ricardo, mientras preparo café.

Me siento frente a ella y le cuento lo sucedido desde que dejé Alltärvitt, omitiendo las partes de las hermanas. Termino diciendo:

—Creo que podremos ubicar al traperero Jones. Eggerson me ha dicho que el lago *Nanuq Anirtuq* queda a unas tres horas de

aquí en trineo. Eruk, mi amigo Yupik, me ha dicho que, si llegamos al lago y seguimos la costa hacia el oeste, es probable que encontremos al trampero.

—Muy bien —dice Greta—. Debemos salir lo antes posible; si la señora Anastasia se entera de que sigues vivo, esta vez pueden no tomar tantas precauciones para eliminarte. ¿Cuándo crees que estarás listo para el viaje? Vamos a ir en mi Alpina Sherpa. Si son tres horas en trineo, podremos hacerlo en dos.

Eggerson deposita tres tazas de café sobre la mesa y dice,

—El lago no es difícil de encontrar. Queda al pie del pico *Saruke*. Luego de andar en esa dirección por media hora lo verán, es el pico más alto de la cadena que se aprecia al norte. Sigán hacia él y llegarán al lago. Y tengan cuidado, en esa zona abundan los osos.

A las 5 de la mañana del día siguiente, salgo de la casa de Eggerson dispuesto al viaje. El amanecer todavía no ha llegado, y el cielo parece despejado, veo cantidad de estrellas. Mi amigo policía me ha prestado un traje de moto de nieve. Unos minutos después escucho el bajo ronquido de una moto y veo los faros acercándose. Greta se detiene, sin apagar el motor. Lleva puesto un traje de moto negro y un casco entero del mismo color. La máquina es realmente impresionante; los instrumentos del parabrisas tiñen su visor de color verde.

Greta abre una de las alforjas, toma un casco y me lo entrega. Me lo coloco y ahoga el sonido del motor. Greta me hace señas de que monte y me acomodo tras ella. Sobre su hombro, distingo la funda de un fusil sujetado al tanque.

Greta me mira, asiento con la cabeza y la moto arranca, el motor roncando ahora fuerte y la moto va aumentando la velocidad. El viaje al norte, la búsqueda del trampero, una nueva aventura, ha comenzado.

Hemos andado por una media hora, la vibración del motor viva bajo el asiento y las anchas orugas mordiendo la dura corteza de la nieve helada. En el profundo silencio invernal del Ártico, cada sonido se siente magnificado: el ronquido del motor, el ruido del viento rozándonos y hasta el respirar dentro de nuestros cascos. En línea recta delante nuestro, a través de la gran extensión, se eleva una cadena de montañas, oscura en la base y brillando en las cumbres, donde la nieve atrapa la luz de la luna. Un pico se destaca por encima del resto: alto, estrecho, distinguible incluso en la penumbra.

Greta mantiene la máquina apuntada hacia ese pico. Cada vez que la moto de nieve golpea un bache o una deriva, vuelve a ajustar su dirección, asegurándose de que los focos permanezcan apuntados a nuestro guía. Cuando llegamos a una foresta de pinos dispersados en el terreno, Greta la navega con habilidad, disminuyendo la velocidad, mientras la moto se sacude al pasar sobre ramas caídas y rocas, sin detenerse. Salto en mi asiento y debo sujetarme fuerte para no salir despedido. Al salir de la foresta, Greta detiene la moto, descendemos y relajamos nuestras piernas. Hemos viajado por unas dos horas. No más de cien metros delante nuestro, iluminada por un reflejo que anticipa el amanecer, se extiende la costa de un lago helado. Nos quitamos los cascos y sacudimos los cristales de hielo adheridos a los visores. El aire huele puro. Greta hace una rápida inspección de las orugas y remueve pequeños trozos de ramas de pino incrustados en la propulsión.

—La Alpina Sherpa se ha portado bien —me dice, hablando de la moto de nieve como si se tratara de una persona—. ¿Estás listo para seguir? Según tu amigo yupik, debemos seguir la costa hacia el oeste.

Muevo mis brazos, entumecidos de sujetarme a las agarraderas por dos horas. Greta no espera mi respuesta, monta la moto, se coloca el casco y me mira. La imito y minutos más tarde estamos de nuevo en camino, bordeando la costa. El hielo del lago

a nuestra derecha y un bosque de pinos y arrayanes a nuestra izquierda. Me estoy preguntando si realmente vamos a encontrar algo, cuando Greta detiene la moto. Con mi guante refriego el visor empañado de mi casco y miro alrededor. Veo solo hielo, nieve y pinos. Greta apunta su guante en una dirección. Entre los árboles, donde la distancia entre la foresta y el lago disminuye, veo una canoa, semi oculta en la nieve. Junto a ella, un estrecho sendero se interna y desaparece entre los árboles.

Greta arranca la moto y, con maestría, la maniobra pasando la canoa, los poderosos focos iluminando el estrecho pasaje, hasta que salimos de la foresta. Seguimos en el terreno ahora abierto, y llegamos a una colina. Al alcanzar el tope vemos, a un kilómetro de distancia, la luz de una cabaña. Está habitada, una delgada columna de humo se levanta de su chimenea. Greta continúa a marcha lenta y nos aproximamos a la cabaña. De repente, cuando estamos a solo unos metros, el sonido de un disparo reverbera en los pinos y un pequeño surtidor de polvo de nieve se levanta delante nuestro. Detenemos la moto y desmontamos. La puerta de la cabaña se abre apenas y desde adentro, alguien grita.

—¡Tiren sus armas al suelo y quédense donde están!

Greta saca su rifle de la funda y lo deposita delante nuestro.

La puerta se abre y un hombre mayor, caminando con dificultad y apoyándose en su rifle, sale al porche.

—¿Quiénes son ustedes? ¡Le avisé a la señora Anastasia que mataría al primero que tratara de encontrarme!

Greta se quita un guante, saca una identificación del bolsillo y la levanta, gritando:

—¡Cálmese, amigo! ¡Somos agentes de la Corona!
¡Necesitamos hablar con usted!

El hombre duda,

—¡Acérquese, usted sola, y arroje su identificación! ¡Y que su amigo no se mueva, desde aquí le puedo volar los sesos!

Greta se acerca y le arroja su identificación, que el hombre agarra al vuelo. Se coloca unos anteojos, y la observa.

—¿Qué están haciendo aquí?

—¡Usted sabe lo que estamos haciendo! —le grita Greta con voz autoritaria— ¿Vamos a entrar todos y hablar en la casa o nos vamos a agarrar a tiros aquí mismo?

Obviamente los agentes de Säpo no creen en la delicadeza; espero que el hombre no se decida por la segunda opción. Pero las palabras dan resultado.

—Vamos, entren; pero no traten nada raro. Usted puede recoger su rifle, pero déjelo en su moto.

Hacemos lo que el hombre dice.

Entramos; el hombre enciende un farol y vemos el rústico interior de la cabaña: solo lo más esencial, objetos elegidos durante años de soledad y por puro hábito. De las vigas cuelgan manojos de hierbas secas, tiras de carne curada y algunas herramientas. Contra una pared, una cama de madera con un colchón cubierto por una pesada piel de caribú. Una chimenea de hierro en una esquina y manchas de hollín que suben desde su salida hasta las vigas del techo. Un pequeño fuego crepita en su interior. Sobre ella, una olla ennegrecida cuelga de un gancho de hierro. Junto a la estufa, pilas de madera.

Una mesa y varias sillas, también hechas a mano, ocupan el centro del cuarto. En un rincón cerca de la cama descansan varios rifles.

Greta y yo nos sentamos en silencio, el hombre deja su rifle en el rincón, junto a los otros y se sienta en la cama. En la tenue luz del farol vemos la figura de un hombre envejecido, de rostro demacrado, de constitución débil. Sus manos, reducidas a huesos cubiertos de piel, tiemblan frecuentemente. Habla con esfuerzo, respirando fuerte antes de cada palabra,

—Si han venido hasta aquí buscándome —dice—, ya saben quién soy.

—Sabemos que su nombre es Jones, —dice Greta.

—Así es, y, como dijiste, creo que conozco la razón por la que han venido —mira a Greta y luego a mí—. Pero ¿quién es este?

—Creí que se conocían —dice Greta—. ¿No recuerda a Ricardo Hammer?

Jones lanza una débil carcajada que lo hace toser, y me señala.

—¿A quién quieren engañar? Éste no es Ricardo; se parece a él, pero no es él, soy viejo, pero no soy estúpido.

Estoy atónito. Entre toda la gente que me ha visto desde que tomé la personalidad de Ricardo, este viejo trampero es el único que me ha reconocido.

—Tienes razón, Jones —le digo—. No soy Ricardo, soy su hermano.

Jones sonrío complacido.

—Sabía que había algo raro desde el primer momento en que te vi, aun a la luz débil del farol —dice—. Para empezar, Ricardo no tiene esa cicatriz que llevas tú en la frente. Aparte de eso, la última vez que lo vi, cuando se robó el dinero, tuvimos una pelea. Le hice un tajo profundo en la mano con mi cuchillo y de ninguna manera puede haber cicatrizado tan bien. Cuando te quitaste los guantes vi que no la tenías.

Jones se calla por un momento, parece agotado por la larga explicación. Se cubre la boca con un trapo y tose con una tos enfermiza.

—¿Supongo que Ricardo nunca me ha mencionado? —le digo.

—El desgraciado —me dice—, nunca te mencionó a ti ni a nadie más. Nunca habló de su vida, de él solo sabemos que es un criminal y un ladrón.

Jones vuelve a toser, mira a Greta y le dice,

—Tú, agente, has llegado justo a tiempo. El cáncer me ha estado comiendo por dentro y no creo que llegue a ver el fin del

invierno. Mejor me dices que es lo que quieres saber, aunque ya me lo imagino.

—Hemos venido de Alltärvitt, estamos investigando esos asesinatos que ocurrieron hace años. Cualquier cosa que puedas decirnos sobre ello nos será útil.

—¡Ah! Los burócratas de Estocolmo por fin han levantado el culo de sus cómodos asientos y han decidido hacer algo acerca de ese nido de víboras... Déjenme preguntarles: ¿Saben ustedes algo sobre el caviar?

—Solo que es la principal industria del pueblo.

—Así es. El caviar producido en Alltärvitt es Beluga caviar, el más caro del mundo. De ahí viene el dinero. Y de la avaricia de tratar de aumentar las ganancias viene el resto. Para investigar los asesinatos, deberían haber empezado por ahí.

—Por eso estamos aquí —dice Greta—. Creemos que tú puedes saber algo del asunto.

—¿Algo del asunto? Agárrate, niña, que te voy a decir todo lo que necesitas saber para meter a todos esos miserables en la cárcel.

En la próxima media hora, deteniéndose solo para toser con una tos cada vez más débil, el trampero Jones nos relata los sucesos que culminaron con los crímenes:

El caviar se obtiene de los huevos del pez esturión. Los huevos son cosechados cuando alcanzan el tamaño, la firmeza y la composición lipídica adecuados, al final de la primavera, justo antes del desove.

Una vez extraídos, se limpian y se dejan madurar en sal, en un delicado proceso que requiere experiencia y paciencia. Los mejores caviar son apreciados por los expertos conocedores de todo el mundo y pueden producir ganancias fabulosas. El precio del Beluga caviar puede sobrepasar los mil dólares por onza.

Pero en Alltärvitt, la disputa que llevó a los crímenes fue sobre el método de extracción de los huevos.

Cuando la planta comenzó, el método usado era por cirugía cesárea: se hace en el pez una pequeña incisión y luego de la extracción el pez es cosido y devuelto al mar, donde vuelve a producir huevos.

Pero la familia dueña de la planta, en su avaricia, tratando de obtener aún más beneficio, comenzó en secreto a utilizar el método de matar al pez y extraer directamente los huevos. Este método simplifica el proceso de extracción en forma significativa, aumentando las ganancias, pero el pez es sacrificado en el pico de su madurez. Los empleados de la planta, en su mayoría mujeres, son advertidos de no hablar de su trabajo con nadie. Las que se atreven a contar algo sobre ellos son inmediatamente expulsadas y amenazadas de una manera tal que se ven obligadas a dejar Alltärvitt.

Jones sufre un ataque de tos y debe detener su relato por un momento; Greta y yo hemos reconocido la enorme importancia de lo que dice y esperamos ansiosos que continúe. Lo que sigue resulta ser la parte más importante:

El mar cerca de Alltärvitt había tenido siempre abundante esturión. Pero el método usado para extraer el caviar hizo que los pescadores comenzaron a notar que la cantidad de peces disminuía en forma anormal. La gente de la planta negó saber nada sobre el asunto, pero uno de los pescadores, un extranjero llamado José Serrano comenzó a husmear; habló con algunos de los obreros y se enteró de la verdad.

El caso era una clara violación del acuerdo entre los propietarios de la planta y el gobierno. Serrano amenazó con denunciar lo que sucedía a la Organización Nacional Reguladora de la Industria Pesquera. Pero antes de que pudiera hacerlo, los documentos con la denuncia fueron sustraídos y Serrano fue asesinado.

El asesino no fue otro que Carl Gustaf, el hijo de la señora Anastasia, la dueña de la planta productora del caviar.

Carl fue arrestado; las pruebas contra él eran evidentes. Pero Anastasia sobornó a cinco testigos que declararon que Carl había estado con ellos en el momento del asesinato y el asesino salió libre. Yo fui uno de los testigos.

Los testigos recibimos solo parte del dinero prometido. Ricardo se fugó con el resto. Le reclamamos a la señora Anastasia, pero ella descartó su responsabilidad. Quedamos descontentos, pero debido a las amenazas decidimos no decir ni hacer nada sobre el asunto.

Por varios meses todo transcurrió bien y madre e hijo estaban seguros de que todo había quedado olvidado. Pero uno de los testigos, un viejo pescador llamado Bjork, que abusaba de la bebida, comenzó a quejarse y a hablar sobre el asunto en los bares.

Una noche, cuando el ebrio regresaba a su barca, Dimitry, el hombre fuerte de la familia lo golpeó y lo arrojó al mar. El caso fue registrado como un accidente.

Otro de los testigos era una maestra llamada Frida. Cuando se enteró de la muerte de Bjork, el remordimiento de conciencia hizo que comentara que tenía intenciones de confesar. El rumor llegó a los oídos de la familia y se deshicieron de ella. El jefe de policía en ese momento, extorsionado por la familia, atribuyó el asesinato a un marino del Ferry, que no pudo ser interrogado.

Anastasia, preocupada y pensando que habían pasado el punto de no retorno, decidió eliminar al resto de los testigos. La próxima víctima fue el cazador Lucas, que fue emboscado y asesinado de un disparo cuando andaba en una de sus cacerías. Su cuerpo fue dejado donde cayó y parcialmente destrozado por los animales. Su muerte se atribuyó al sorpresivo ataque de un oso.

Jones termina su relato diciendo,

—Yo era el único testigo que todavía quedaba en el pueblo. Sabía que me iban a matar, de manera que una noche dejé Alltärsvitt y me radiqué donde no podrían encontrarme. Sabían que soy un buen tirador y que mataría a cualquiera que se acercara, de manera que me dejaron tranquilo. El jefe de policía

fue reemplazado por Eggerson. Eggerson es un policía honesto y comenzó a investigar las muertes, pero pronto se dio cuenta de la inutilidad de su investigación, dada la enorme influencia de la familia Gustaf. Cuando los escuché llegar, estaba seguro de que eran ese Dimitry y sus compinches, y que por fin me habían encontrado y habían llegado para matarme.

—No entiendo —dice Greta—, te has alejado y no has tenido contacto con nadie en el pueblo. ¿Por qué tratarían de eliminarte? No pareces ser una amenaza para ellos.

Jones sonríe.

—Esperen, todavía no les he dicho lo mejor. Frida, la maestra asesinada, era un neurasténica y quería saber lo que sus alumnos decían sobre ella. Andaba siempre con una lapicera que era en realidad una grabadora y que a veces dejaba funcionando, escondida en su escritorio. Cuando la señora Anastasia reunió a los testigos y les propuso que declararan en falso en favor de Carl, Frida grabó toda la conversación.

La revelación nos conmueve; esa puede ser la prueba que necesitamos.

—¿Quién tiene ahora esa grabación?

Jones se levanta, mueve parte de la pila de leña y, sonriendo, nos muestra un diminuto pendrive.

—Frida estaba espantada por la muerte de Bjork y me la dio a guardar. Resultó que tenía razón, al poco tiempo la mataron. De alguna manera, Anastasia se enteró de la existencia de la grabación. No hay secreto que no se haga conocido en Alltärsvitt.

Jones le entrega el pendrive a Greta y advierte con palabras en forma dogmática:

—Ahora los que corren peligro son ustedes. En ese minúsculo aparato tienen la prueba suficiente para poner a la familia y sus secuaces en la cárcel. Incluso a mí, aunque no creo que lleguen a tiempo. Solo voy a lamentar el morir antes de verlos a todos condenados.

Greta y yo estamos impacientes por irnos, hemos obtenido la información y la prueba que necesitábamos. Pero es obvio que el hombre no está dispuesto a dejarnos ir. En su soledad, quien sabe cuánto hace que conversa con alguien. Se sienta, dispuesto a charlar.

—Esa es una buena máquina —dice, refiriéndose a la moto de nieve de Greta—, pero nunca he tenido interés en poseer una; eventualmente se rompen. Los perros, en cambio, nunca van a dejarte desvarado. Lo que sí me gustaría ver es tu rifle, estoy curioso por saber que usan los profesionales de la ley.

Greta se ausenta por unos minutos y vuelve con su rifle. James lo toma con cuidado, tratándolo como si fuera un niño delicado. Lo observa por un instante y deja escapar un silbido de admiración.

—¡Un *Barret Mrad!* —exclama—, siempre admiré este arma. Uno solo de sus proyectiles magnum puede acabar con un oso, o levantar a un hombre varios metros en el aire. Y la mira telescópica Swarovski es una buena elección. Pero es un rifle de acción a cerrojo, no semi automático. Me extraña que uses algo así para tu trabajo.

Greta sonríe.

—No me preocupa —dice—. Puedo disparar los cinco cartuchos del cargador en cinco segundos y dar todos en el blanco.

En ese momento, James levanta su mano indicando silencio. Detrás de la cabaña, escuchamos ladrar a varios perros. Jones se incorpora con trabajo y camina hasta una ventana.

¡Nos han encontrado! —exclama— Los deben haber seguido a ustedes. ¡Son los miserables del grupo *Kunlig Vakt*, los guardias contratados por Anastasia!

Greta y yo nos lanzamos a la ventana. Por el liso terreno detrás de la cabaña, a un kilómetro de distancia, se acercan tres motos de nieve.

CAPÍTULO 17

PERSEGUIDOS

Son las 8 de la mañana, y hay conmoción en la Mansión.

La señora Anastasia ha convocado urgente a Dimitry, su hombre fuerte y está reunida en su oficina con él, su esposo y su hijo.

—Uno de mis espías —dice con voz de urgencia—, me ha informado que a las 6 de la mañana vio salir a esa mujer que dice ser maestra, en su moto de nieve, alejándose del pueblo hacia el norte. Iba a alta velocidad y llevaba un hombre como pasajero.

—¿Es seguro que era ella? —pregunta su esposo.

—El hombre que la vio está seguro. Iba con un casco y no le pudo ver la cara, Pero su moto de nieve es la única de ese modelo en el pueblo, y una mujer la manejaba.

—¿Pudo ver quien iba con ella?

—Eso no lo sabemos; puede ser alguien que no conocemos. Pero esa mujer había estado con Ricardo, hace unos días, hablando con los pescadores en el almacén. Andaba preguntando como ubicar al trampero Jones. Y ahora la vemos, con un hombre, yendo apurada hacia el norte. Es obvio que están tratando de llegar a Jones, quizás han averiguado donde se encuentra.

—¿Qué quieres que hagamos? —pregunta Dimitry.

—Es obvio que esa mujer no es quien dice ser. Toma tres motos de nieve y sal con dos de tus hombres en su busca. Te llevan dos horas de ventaja, pero no ha nevado y podrás ver claramente sus huellas. Elimina a los dos, no me importa quién es el hombre que la acompaña. Y deja la moto y los cuerpos para que los devoren los osos, debe parecer un accidente.

Media hora más tarde, el tronar de tres poderosas motos de nieve resuenan en el frío helado. Dimitry y sus dos hombres, vestidos en equipos de nieve negros y cascos enteros, con fusiles montados en el chasis, siguen a toda velocidad las huellas dejadas en la nieve por las orugas de la máquina de Greta.

Luego de dos horas, Dimitry y sus hombres llegan al borde del lago. Las huellas indican que la moto que siguen ha tomado hacia el oeste y las tres motos continúan en esa dirección. Ha comenzado a aclarar, y los hombres aumentan la velocidad de sus máquinas.

Cuando llegan a una canoa semi enterrada en la nieve, ven que las huellas doblan hacia la derecha y se internan dentro del bosque. Los hombres siguen por el estrecho pasaje entre los pinos; el terreno es dificultoso, los hombres maldicen y disminuyen la velocidad. Hay ramas caídas y piedras que hacen difícil el seguir las huellas. Cuando por fin dejan la foresta y salen al claro, aceleran hasta llegar a una colina. Suben lentamente con sus máquinas y al llegar a la cima, se detienen. A un kilómetro de distancia, una cabaña se levanta solitaria en la nieve, su chimenea despide una línea de humo que se eleva sobre el cielo claro.

—¡Ahí están! —exclama Dimitry—. Es probable que estén armados. No vamos a atacar por el frente. Vamos a dar la vuelta sin que nos vean, los sorprenderemos por detrás.

CAPÍTULO 18

DISPAROS SOBRE EL HIELO

Greta y yo estamos frente a la ventana, observando las tres motos de nieve que se aproximan. James toma uno de sus rifles y se coloca a un costado de la ventana.

—¡Váyanse! —nos dice, y apoya su rifle en el marco—. Yo puedo demorarlos; voy a dispararles en cuanto se aproximen un poco más.

—¡Te matarán! —dice Greta.

—Estoy muriendo, de todas maneras. Solo van a hacerlo más rápido.

Greta le da un rápido abrazo y le agradece lo que ha hecho por nosotros. Apurados, nos ponemos los cascos y un minuto más tarde estamos volando sobre la nieve.

Sobre el rugido del motor escuchamos unos disparos. Me doy vuelta, una de las motos que nos perseguía está volcada y veo un cuerpo sobre la nieve. James le ha acertado a uno de ellos. Pero veo que las otras dos motos han rodeado la cabaña y continúan detrás nuestro.

Llegamos al sendero que se interna en el bosque de pinos y Greta disminuye apenas la velocidad. La moto salta continuamente al pasar sobre las ramas y varias veces estoy a punto de caerme. Salimos del otro lado del bosque, Greta acelera y seguimos camino bordeando el lago. Miro hacia atrás con la

esperanza de que nuestros perseguidores se hayan atascado en el sendero, pero los veo salir y acelerar en nuestra dirección.

Luego de varios minutos en loca carrera, veo que se están acercando. Greta grita:

—¡Es demasiado peso para esta moto! ¡Nos van a alcanzar!

Estoy de acuerdo, pero no sé qué puedo hacer. No estoy armado.

Greta vuelve a gritar:

—¡Debes saltar, yo me encargaré de ellos!

Creo haber entendido mal. De ninguna manera estoy dispuesto a arrojarme de la moto en marcha.

Greta grita otra vez,

—¡Salta, la nieve es blanda, no corres peligro!

No me decido. Greta toma la decisión por mí. Apunta la moto hacia una colina, acelera y un momento después estamos volando. Siento que me levanto del asiento y, aún en el aire, Greta retira una mano del manubrio, se da vuelta, y de un empujón me saca de la moto.

Cuando me doy cuenta, estoy rodando cuesta abajo en la colina. Como había dicho Greta, la blanda nieve amortiguó mi caída. Me detengo al llegar al pie de la colina. Trato de ver si tengo algún hueso roto; creo que no, no siento dolor. Me incorporo y me siento sobre la nieve. Mi casco ha volado; en el apuro no me cuidé de sujetarlo, lo veo a unos metros de distancia.

Entiendo que ha pasado, pero me cuesta creer que mi compañera agente me ha abandonado. Sé que ha tratado de preservar la prueba necesaria para cumplir con nuestra misión, pero me cuesta justificarlo. Sé que nuestros perseguidores no tienen buenas intenciones en lo que a mí se refiere. Mi instinto me dice que corra, o que me esconda, pero sé que es inútil. Quizás tenga suerte y sigan de largo, en persecución de mi colega. Pero no; al verme, las dos motos desaceleran y se detienen.

Los dos hombres se desmontan y se aproximan, caminando despacio sobre la nieve. Están vestidos de negro, en trajes de moto

similares. No estoy armado, pero no haría ninguna diferencia. Los dos llevan fusiles y pistolas en la cintura. Uno de ellos, muy fornido, sobresale por su estatura. Debe ser Dimitry, el jefe del grupo de asesinos pagados por Anastasia.

Me levanto con esfuerzo, la nieve no ha evitado que el golpe me haga doler todo el cuerpo. Los dos se detienen a unos diez metros de mí. Dimitry tiene una gran barba completamente negra, ojos penetrantes, y su rostro esta cruzado por varias cicatrices. Parece uno de esos enormes cosacos de las películas.

El hombre con Dimitry levanta su fusil, dispuesto a dispararme, pero Dimitry le dice algo en ruso y baja el fusil.

—¡Así que tú eres Ricardo Hammer, el famoso criminal, que todos creían muerto! —me dice en un inglés afectado por un fuerte acento ruso—. Tenía ganas de conocerte, he oído hablar mucho de ti. Tengo gran respeto por un colega del bajo mundo. Lamento que nos conozcamos en estas condiciones.

—La verdad es que yo también lo lamento, Dimitry, y créeme, más que tú.

Dimitry sonrío.

—¡Ah, un hombre que no pierde el sentido del humor, aun enfrentado a la muerte. Me gustas. Y me agrada que sepas quien soy. ¿Me permites que te haga una pregunta?

—Adelante, no sé cómo puedo evitarlo.

Dimitry ríe, está disfrutando del momento.

—¿Fuiste tú el que mató a mi hombre en la Sala de Justicia? Dicen que fue un tiro perfecto, a distancia y justo en el corazón.

—Me gustaría contestarte, Dimitry, pero no quiero alardear.

Dimitry vuelve a reír. El otro hombre le dice unas palabras en ruso y Dimitry le responde en un tono que no permite discusión.

—Mi amigo aquí quiere que terminemos contigo. Es joven e impaciente, y no sabe apreciar momentos como éste. Pero tiene razón.

Se quita el guante de su mano derecha, desenfunda su pistola y acciona la corredera. Conozco ese sonido, siempre trae un mal presagio. Dimitry me mira a los ojos y dice:

—Realmente lamento tener que hacer esto; pero eres un profesional y sabes como son las cosas. ¡Ah, algo más! No te preocupes por tu amiguita, mis hombres la están esperando en Alltärvitt.

En ese instante, como si sus palabras hubieran conjurado un demonio, en solo segundos sucede algo tan rápido que es difícil de comprender.

Dimitry levanta hacia mí su pistola. En ese momento se escucha el estruendo de un disparo, seguido de un gran chasquido. Dimitry desaparece de mi vista, lanzado varios metros por el aire, y aterrizando sobre la nieve, como si un gigante puño invisible lo hubiera golpeado con enorme fuerza.

El otro ruso y yo nos quedamos palmados, inmóviles, mirando el cuerpo de Dimitry, que ha quedado a varios metros, en una grotesca posición, una gran flor roja brotando en el centro de su pecho.

El hombre reacciona, se ha olvidado de mí y mira alrededor, buscando desesperado el lugar desde donde vino el disparo. Pero no busca por mucho tiempo. Segundos después, el sonido de otro disparo, otro chasquido casi simultáneo y su cuerpo termina próximo al de su jefe.

En un gesto guiado por el instinto, levanto las manos y permanezco inmóvil. Unos minutos más tarde, Greta aparece en su máquina y la detiene junto a los cuerpos inertes de los dos rusos, como asegurándose de que están muertos.

—Aquí queda el gran Dimitry —dice—, el hombre que aterrorizó a Alltärvitt. Lamento no tener una cámara para tomarle una foto, ya no parece tan temible.

Me mira y exclama:

—¡Vamos, debemos irnos, no sabemos si alguien más viene!

Recojo mi casco, monto en la maquina y Greta arranca a toda velocidad. Sobre el ruido del motor, le grito,

—¡Estoy contento de verte, pensé que te habías ido!

—¡No seas idiota! Nos hubieran alcanzado, tuve que despojarme de ti y buscar un lugar desde donde pudiera dispararles.

—Según me dijo Dimitry —le advierto—, en el pueblo nos están esperando sus hombres.

—No vamos al pueblo.

—¿Adónde vamos?

—Vamos a hacer una llamada telefónica.

No sé si Greta me está bromeando; parece estar disfrutando de todo esto.

En lugar de ir hacia sur, en dirección a Alltärvitt, vamos hacia el noroeste, alejándonos aún más. Me duele el cuerpo de la caída y cada salto repercute en mis huesos. Le pido a Greta que nos detengamos por un momento, pero me responde

—Lo lamento Ricardo. No podemos detenernos, pronto se va a hacer de noche y el lugar al que vamos está camuflado. Necesito luz para encontrarlo. Pero ya falta poco.

Greta estaba en lo correcto. Al pasar una colina vemos a lo lejos una pista de aterrizaje, próxima a un pequeño edificio con un conjunto de discos satelitales en el techo. Greta apunta la moto en esa dirección y en quince minutos la detiene frente a la puerta de acero.

—Ahora ruega que se acuerden de mí —me dice—, o vamos a pasar la noche afuera.

Greta se acerca a la puerta y la luz roja se enciende. Aprieta una serie de botones al azar, tratando de llamar la atención. Vemos un flash, pero nada sucede. Esperamos un largo tiempo y estamos por retirarnos cuando sentimos que la puerta se abre.

Un joven en uniforme se asoma y nos anuncia que podemos entrar. Una vez dentro, nos dice:

—Mi nombre es Brandt, soy el oficial senior del puesto. Lamento haberlos hecho esperar. Henny está en el salón de códigos. Le mostré tu fotografía, Greta, me confirmó quien eras y me dijo que has estado aquí antes. No sabemos que necesitas, pero sé que estás en una misión oficial y me imagino que se trata de una emergencia.

Brandt es un oficial alto, delgado y con ojos azules, puedo ver que Greta no le saca los ojos de encima. Sonriendo un poco más de lo necesario, le muestra su identificación.

—Somos agentes de Säpo y necesito hablar con mi jefe en la oficina de Estocolmo. ¿Puedes ayudarnos?

Brandt le devuelve la sonrisa y dice:

—Haré lo posible, necesito una autorización oficial. Déjame comunicarme con mi base. Siéntense mientras y beban lo que quieran. Si tienen hambre, en la máquina hay sándwiches envasados al vacío.

El oficial desaparece dentro del ascensor y nos sentamos a esperar. Greta se acerca a la cocina y vuelve con dos cafés y dos sándwiches de contenido desconocido.

Media hora más tarde aparece Brandt.

—Henny te manda saludos, Greta, y se disculpa por no poder venir a saludarte en persona. Y esto es lo que tengo para ustedes: no pueden hablar personalmente. Pero pueden escribir un mensaje, mientras el recipiente sea un oficial autorizado de Säpo.

—¿Puedes enviar una grabación?

—¿Qué tipo de grabación?

—Una conversación. Es un archivo en formato WAB, grabado en una pendrive. No la hemos escuchado, pero sabemos que es muy importante.

—¿Quieres escucharla?

—¿Tienes el equipo?

Brandt sonrío.

—¡Querida! Tenemos más gadgets que Best Buy.

—Nos encantaría escucharla. Pero tiene que ser en privado.

—No hay problema, tómate otro café y espérame aquí.

Minutos después, Brandt ha configurado un dispositivo con dos juegos de auriculares y Greta y yo escuchamos el contenido de la pendrive.

La grabación comienza con el siseo áspero de un micrófono, seguido del ruido implícito de varias personas acomodándose en una sala.

Una mujer habla primero. Obviamente es una persona educada y de clase alta. Su voz es suave, pulida y autoritaria —la voz de alguien acostumbrada a ser obedecida.

En términos claros, explica la situación: su hijo ha sido arrestado por matar a un hombre. La policía cree que tiene a su culpable. Pero están equivocados, insiste—*equivocados*.

Luego presenta su oferta: una cantidad generosa de dinero, más de la que cualquiera de estas cinco sencillas personas probablemente haya visto jamás a la vez, a cambio de un solo favor. Solo tienen que testificar que, en el momento del crimen, los cinco estaban con su hijo, jugando a las cartas. No es nada complicado, dice. Solo una historia inofensiva, la historia que necesita que cuenten en el tribunal.

Un silencio sigue a su propuesta. Alguien se mueve nervioso. Otro suelta un silbido ahogado al mencionar la suma. La voz de otra mujer se escucha en voz baja, vacilante. Dice que no le gusta mentir a la policía. Pregunta qué pasará si los agarran.

Antes de que la mujer que hizo la oferta pueda responder, un hombre con voz cansada le dice que no sea tonta, que un dinero así no viene dos veces. Otro hombre le recuerda lo mucho que todos lo necesitan. Un tercero murmura que es solo una historia, nada más, y que la dama es lo suficientemente poderosa como para protegerlos a todos. Finalmente, la mujer vacilante exhala un largo suspiro resignado y acepta.

La mujer que hizo la oferta establece las condiciones del pago: la mitad por adelantado y el resto después de que

testifiquen. Alguien protesta: ¿Qué pasa si la mujer decide no pagar el resto? La mujer dice que comprende que sospechen y sugiere una solución: le dará el resto del dinero a uno de ellos para que lo guarde, la misma ilegalidad del acto les obliga a confiar el uno en el otro. Todos están de acuerdo. El trato está cerrado.

El tono de la mujer que hizo la oferta se relaja. Lista los detalles que deben memorizar: el juego de cartas, las bromas, la hora, el momento exacto en que su hijo "salió de la habitación". Dicta el guion con la precisión de quien relata hechos reales. En el fondo, las cinco personas murmuran su asentimiento.

La grabación capta el ruido de los billetes siendo repartidos, el inconfundible sonido de la culpa siendo comprada. La conversación termina sin ceremonia. Cinco personas corrientes se despiden y salen de la sala, unidas en una mentira demasiado grande para que cualquiera de ellas pueda comprenderla del todo.

La grabación termina en este punto. Greta y yo nos retiramos los auriculares y nos miramos, estáticos. La conversación es clara, indudable. Los autores de las voces —aquellos que siguen vivos—, pueden ser firmemente identificados. Es la prueba definitiva. Greta pregunta:

—Brandt, ¿Puedes enviarla?

—La recibirán en menos de una hora.

—¿La podrán oír claramente?

—Querida, estas son comunicaciones de 18 GHz, satélites militares, la oirán mejor que tu aquí.

—¡Perfecto! —dice Greta—. ¿Tienes papel y lápiz?

Greta escribe un mensaje explicando la grabación y le entrega el papel y el pendrive a Brandt.

En un rincón del salón hay un par de sillones. Me recuesto en uno y quedo dormido. Entre sueños, veo que Greta permanece despierta, leyendo una revista. Esta mujer parece incansable.

Una hora más tarde, alguien me despierta sacudiéndome el hombro. Brandt está parado a mi lado. Le ha entregado a Greta la respuesta a nuestro mensaje. Greta me pasa el papel, sonriendo. La respuesta de Anderson dice:

PRUEBA DEFINITIVA Y SUFICIENTE PARA
PROCEDER CON ARRESTOS. VA AYUDA EN
CAMINO. EXCELENTE TRABAJO. ANDERSON.”

Greta me abraza, excitada.

—¡Nuestra misión a prácticamente terminado! ¡El mensaje significa que tienen las suficientes pruebas y que nuestra tarea ha terminado! ¡Y hemos triunfado! —sonríe—. En unas semanas más podrás volver a tu casa y ver a tu Rosie.

Pero estoy tan entusiasmado como ella. El mensaje, como yo lo interpreto, no dice lo más importante.

—¿Es eso todo? —le pregunto—. ¿No hay instrucciones de cómo proceder, o de cuándo va a llegar la caballería?

—No seas sarcástico. ¿Qué esperabas? ¿Qué nos dijeran su plan de acción? Es un mensaje secreto.

—¿Les has avisado que van a tener que enfrentar a cien hombres bien armados?

—Por supuesto, además...

Brandt nos interrumpe.

—Lamento arruinar su celebración, agentes. Se avecina una tormenta seria. Pero lo bueno es que no va a durar mucho. Podrán partir en un par de días.

Greta se siente defraudada.

—Vamos a perdernos toda la acción. Para cuando lleguemos a Alltärsvitt, la gente de Säpo se habrá encargado de arrestar a todos.

A diferencia con mi colega, la posibilidad de que la violencia termine pronto no me molesta, aun si llegamos muy tarde para tomar parte.

CAPÍTULO 19

EL FINAL

Dos días más tarde, luego de despedirnos de Henny y de Brandt, salimos del puesto Sabrook, listos para partir hacia el pueblo en la moto de nieve.

El día ha amanecido claro, la tormenta se ha alejado, el sol brilla con sorprendente fuerza y el reflejo de la luz en la nieve nos enceguece hasta que dotamos lentes oscuros.

Una vez sentados en la moto, Greta me mira, empuño con fuerza las agarraderas y asiento con la cabeza. Greta arranca el motor y partimos. Las orugas cortan la nieve y el tronar del escape se expande otra vez sobre el terreno helado, reverberando en las montañas.

Greta va aumentando la velocidad, comprobando las condiciones de la nieve luego de la tormenta. Acelera hasta que el terreno pasando debajo de mis botas se vuelve un borrón. Sus manos enguantadas se afirman en los puños de la moto, haciendo los cambios sin forzarlos, pero siento que su cuerpo esta tenso.

Después de un tiempo, dominada por su sentido de urgencia, una vez que se ha asegurado de que el terreno es firme, Greta conduce a máxima velocidad. Con maestría, encara las colinas y los promontorios sin desacelerar y la moto se lanza al aire, describiendo un arco perfecto. Varias veces mi cuerpo se despega del asiento y debo aferrarme a ella con toda mi fuerza, hasta que aterrizamos en el suelo blando y las orugas vuelven a morder la nieve.

Por razones de seguridad, el mensaje de Anderson ha sido muy breve. Nos informa que ya no estamos solos y que Sāpo viene en nuestra ayuda. No nos da detalles o instrucciones de cómo proceder al llegar al pueblo.

Sé que Greta desea llegar y completar nuestra misión. Pero no puedo evitar el preguntarme, con una mezcla de temor y expectación, si al llegar al pueblo no nos vamos a encontrar con nuevas e imprevistas amenazas.

Luego de una hora el viento cambia y espesas nubes vuelven con la tormenta, oscureciendo el paisaje. Una densa neblina aparece y en poco tiempo la visibilidad se reduce a unos pocos metros. Los visores de los cascos se cubren de gotas que dificultan aún más la visión y el viento ruje, tratando de volcarnos. Greta reduce la velocidad, los potentes focos cortan dos círculos de luz en lo que es ahora un telón blanco formado por gotas de agua helada moviéndose horizontalmente. Continuamos a paso de tortuga, poniendo atención para evitar los barrancos que a veces aparecen de golpe.

En un momento, vemos en la distancia lo que parecen pálidas lucernas apareciendo y desapareciendo a través de la niebla. Son los débiles reflejos de las luces de Alltärvitt.

Greta detiene la moto y se levanta el visor para que pueda oírla en medio del ruido del viento.

—No voy a entrar por la calle principal —me grita—. Vamos a rodear el pueblo y llegar al puerto por la costa.

Cambiamos de dirección y luego de media hora, mezclado con el rugido del viento, escuchamos el ruido de las holas. Seguimos por la costa, acercándonos a las luces. Greta detiene la moto y descendemos.

—Debemos estar a menos de un kilómetro del centro —grita Greta—, seguiremos caminando.

Nos quitamos los cascos. Greta toma su fusil y empezamos a caminar hacia las luces. Podemos distinguir solo unos pocos

metros delante nuestro. El viento nos castiga con agua helada y con la espuma de las holas, convirtiendo el aire en una cascada mezcla de lluvia helada y agua salada. En un minuto, nuestros trajes quedan empapados, con el agua penetrando por las costuras. Llegamos al pueblo y nos arrimamos a algunas de las casas, el torrente de agua disminuye pero el furioso ruido de la tormenta continúa.

Caminamos con dificultad, hundiéndonos en la nieve y tratando de protegernos del viento. Al llegar a una esquina, vemos súbitamente, a mitad de cuadra, fogonazos de continuos disparos. Líneas luminosas de trazadores pasan a menos de un metro de nuestras cabezas. Greta arroja su fusil y permanecemos inmóviles, con los brazos levantados. Dos sombras se materializan desde la niebla y nos empujan contra la pared. En un minuto nos colocan esposas y, empujándonos con sus armas, nos introducen en una de las casas. Nos sentimos atrapados. El cuarto está a oscuras; se enciende la luz, pero veo solo un débil resplandor, nuestros atacantes nos han puesto vendas sobre los ojos.

Escucho un forcejeo y la voz de Greta protestando a los gritos, hasta que oigo que se abre y se cierra una puerta y la voz desaparece. Alguien me empuja y caigo sentado sobre una silla.

Pienso que de un momento a otro voy a escuchar por un instante el disparo de mi ejecución, si es que llego a oírlo. No me han golpeado y mi mente permanece clara. En el silencio y la oscuridad, pienso en lo ridículo de mi situación. Repaso en mi mente los momentos en los que mi vida estuvo a punto de terminar:

En el accidente de avión, donde perdí mi memoria por varios meses. En el desierto de Naayeene Eli, donde casi muero de sed. En los laboratorios de la droga Supralix, a mano de un gánster que me apreciaba, pero que creía que había matado a su hijo. En el pueblo de Esperanza, cuando en un tren conseguí apenas escapar de ser asesinado. En la Selva de Lacandón en Colombia,

a punto de ser devorado por un feroz leopardo negro. Y en esta misma misión, cuando los esquimales me salvaron de morir de hipotermia y cuando Greta actuó justo antes de que el mercenario Dimitry terminara conmigo⁴.

En medio de mi situación, no puedo evitar que me cause gracia. ¿Cómo puedo no haber previsto que, tarde o temprano, una de estas situaciones en las que me metía —a veces sin querer—, iba a acabar con mi vida?

Mis pensamientos varían a otras cosas. ¿Cómo se enterará Rosie de mi muerte? ¿Seré enterrado como Ricardo Hammer o con mi verdadero nombre?

La tormenta afuera no ha disminuido, siento como el viento sacude las paredes. Debe haber pasado una hora desde que me dejaron solo. De golpe, oigo que se abre una puerta y entran varias personas. Veo un reflejo de luz a través de mi venda, alguien ha encendido la luz. Me hacen levantar y me quitan las esposas. Tienen dificultad en quitarlas. Quiero gritarles, “¡Olvídense de las esposas, quítenme la venda!”

Cuando lo hacen, la luz me ciega por un momento. Cuando vuelvo a enfocar mis ojos, Greta y Anderson están parados a mi lado, sonriendo.

Anderson me estrecha la mano.

—¡Excelente trabajo, agente Hammer! Me alegra que se encuentre bien. La agente Johanson lo pondrá al tanto de lo que sucede. Debo continuar con las últimas operaciones, nos veremos luego.

Sin más, Anderson se retira. Me vuelvo a sentar, me siento física y mentalmente agotado. Greta me da un beso en la boca y me dice.

—Te lo mereces. Eres un dentista con alma de agente secreto.

—Dime que sucedió desde que te llevaron.

⁴ Todos momentos relatados en mi serie “El Hombre sin Memoria, #1 y #2”

—No mucho. Los que nos detuvieron eran agentes de Säpo. Uno de ellos me revisó y encontró mi identificación. Estaban al tanto de nuestra posible llegada, Anderson les había avisado. Inmediatamente lo llamaron, me puso al tanto de la operación, y enseguida vinimos a liberarte.

—¿Te quedaste hablando con Anderson mientras yo estaba atado en una silla, esperando que me mataran?

—Lo lamento, Ricardo, es protocolo. Mucha de la información está sobre tu nivel. Pero Anderson está impresionado contigo; creo que quiere ofrecerte una posición en Säpo.

—Dime que está pasando en el pueblo, en medio del ruido de la tormenta he oído disparos.

—Anderson me explicó que después de recibir mi mensaje, buscaron la forma más rápida de llegar a Alltärvitt. La tormenta impedía el uso de transporte aéreo, de manera que pidieron ayuda a la marina costera. Comisionaron un buque Cutter y transportaron dos compañías de marinos con armamento completo. Trabajando en conjunto con los hombres de Eggerson, los marinos no tuvieron problemas en ubicar y tomar la planta. Allí se habían atrincherado la mayoría de los hombres del Kunglig Vakt. Algunos ofrecieron resistencia y fueron ultimados. Los marinos están ahora terminando con el resto.

—¿Qué sucedió con la familia Gustaf?

—Anastasia, su esposo Sergio, y Carl, el hijo, fueron apresados cuando trataban de huir en su yate en medio de la tormenta. Se entregaron sin resistir y serán juzgados por los asesinatos y otros crímenes. Son considerados prisioneros de alto riesgo; se pensó en la posibilidad de que sus amigos rusos trataran de rescatarlos, de manera que fueron transferidos al buque.

De manera que por fin puedo creer que todo ha terminado. Respiro tranquilo, en unos días más estaré en los brazos de Rosie.

Salimos a la calle, la tormenta ha disminuido. Caminamos hacia la calle principal. En la distancia, a través de la niebla, distingo las líneas de una nave de color gris anclada en el puerto.

En un lado lleva pintado el emblema de la Corona. Es el Cutter, la nave de la marina costera.

Frente a nosotros se detiene un vehículo de nieve, un transporte con orugas en vez de ruedas en la parte trasera. Desciende un uniformado con insignias de oficial, nos saluda respetuosamente e intercambia unas palabras en sueco con Greta.

Greta me explica que solicitan nuestra presencia en el puesto de comando. Subimos al vehículo, recorremos varias cuadras y nos detenemos frente al puerto.

Descendemos y caminamos hacia la pasarela que conecta el muelle con el Cutter. El marino guardando la entrada a la pasarela nos saluda y abordamos el buque. Un oficial nos recibe y nos guía a una de las cabinas.

Entramos a un compartimento de paredes de acero que ha sido transformado en un puesto de mando de emergencia. Vemos oficiales y marinos moviéndose apurados, llenos de tensión. Contra una pared, una gran pantalla digital muestra un esquema del pueblo y un mapa táctico indicando la posición de las tropas. Una larga mesa metálica se alza en el centro, está cubierta de tazas de café vacías, gráficos laminados, lápices de cera y carpetas con el sello 'Confidencial' abiertas. A un lado de la mesa, inclinados sobre los documentos, están Anderson, el capitán y otros oficiales. En un rincón, un operador sentado frente a una unidad de radio satelital escribe notas con reportes de la acción y se las entrega al capitán. Todos llevan correajes con pistolas en la cintura.

El oficial que nos recibió se adelanta e informa a los oficiales de nuestra presencia. Anderson y el capitán se vuelven y se aproximan.

—Capitán —le dice Anderson—, permítame presentarle a los dos agentes originalmente encargados de la misión, la agente Johanson y el agente Hammer. Ellos son la razón por la que estamos aquí.

El capitán, un hombre joven, de maneras muy formales, nos saluda.

—Bienvenidos, he escuchado mucho sobre ustedes y estamos complacidos de poder ayudar. Conozco bien al agente Anderson, hemos planeado la operación juntos.

Anderson le explica.

—Johanson y Hammer acaban de llegar de su incursión en el norte, la parte más peligrosa de la operación. La información suministrada por estos dos agentes, nos permitió planear la acción contra esos mercenarios rusos que sus hombres acaban de derrotar.

El joven capitán está impresionado, dice:

—Es un honor tener a estos dos valientes como nuestros huéspedes.

El primer oficial se acerca, nos saluda y conversa por un momento con el capitán.

—Como ustedes saben —nos explica el capitán—, la familia Gustaf ha sido transferida a este buque. He ordenado que se mantengan aislados en diferentes camarotes. Un agente de Inteligencia, adjunto a la misión, ha comenzado con una interrogación inicial de los prisioneros. El primer oficial me dice que la mujer se ha negado a hablar. Ha dicho que estará dispuesta a confesar, pero solo después que satisfagamos su pedido.

—¿Qué es...? —pregunta Anderson.

El capitán duda por un momento.

—Es un pedido un poco extraño. Según me dice el primer oficial, la mujer responderá las preguntas del interrogador solo después de hablar con el agente Hammer.

Las palabras sorprenden a todos, luego de un momento de silencio, el capitán me pregunta:

—Hammer, durante la misión, ¿Tuvo la oportunidad de hablar o de conocer a la señora?

—En absoluto. Me he informado de quien era, pero nunca la he visto en persona, o hablado con ella.

El capitán se dirige ahora a Anderson.

—Anderson, el pedido está fuera de mi jurisdicción, se trata de un asunto confidencial. Solamente usted puede autorizarlo.

Anderson piensa por un momento y dice:

—Bueno, no sabemos el motivo del pedido, pero creo que lo descubriremos luego que el agente hable con ella —me mira—. ¿Qué piensa, agente Hammer, está dispuesto a hablar con la señora Anastasia? Creo que podría facilitar la tarea del interrogador.

Una hora más tarde estoy parado frente a la puerta de una de las cabinas. El marino que me acompañó golpea en la puerta y una voz de mujer responde que entremos. El marino toma una llave de un manajo, acciona la cerradura, abre la puerta y los dos entramos. En el centro del cuarto, en la estudiada pose de alguien que ha pasado toda su vida cultivando su propia imagen, está parada una mujer: Anastasia Gustaf.

Cerca de los cincuenta, Anastasia es atractiva en la manera de una mujer que creció ya siendo hermosa. Refinada, deliberada, inconfundiblemente seleccionada. Su rostro, enmarcado por un largo cabello negro, peinado con maestría, muestra sutil ayuda del arte cosmético: la suavidad alrededor de los ojos, la elevación precisa de las mejillas, la complexión impecable que sugiere cuidado y disciplina. Su figura es firme; muestra años de rutinas rigurosas: entrenamientos tempranos por la mañana, dietas estrictas y una voluntad de hierro. Sus hombros son rectos, su cintura estrecha, su busto firme, sus movimientos gráciles y determinados. Su edad se percibe solo en la desinhibida intensidad de su mirada.

Anastasia hace un gesto de aproximarse, pero el marino la detiene, diciendo algo en Sueco. Le pido al hombre que por favor nos deje solos por unos minutos; el hombre duda, pero no sabe quién soy y no se anima a negarse. Apunta a su reloj y deja la cabina. Tan pronto como la puerta se cierra, Anastasia se acerca

a mí, levanta su brazo derecho y antes de que pueda reaccionar me aplica una bofetada que me hace tambalear. Debe haber algo en mí que hace que las mujeres quieran abofetearme.

Trato de mantener mi balance, pero Anastasia me abraza y me da un largo beso en la boca. Luego se separa dos pasos, y me mira con la mirada más iracunda que he visto en mi vida. Pienso: “Si los ojos pudieran asesinar...”

Anastasia, completamente compuesta, me dice:

—Por fin te has dignado venir a verme; aunque sé que no ha sido por tu voluntad —veo que en sus ojos se forman lágrimas—. Desde que me enteré de que habías llegado a Alltärvitt te estuve esperando, lista para perdonarte. Pero aparentemente no te interesaba. ¿Cómo pudiste hacerme eso?

No sé qué decir; es obvio que cree que soy mi hermano. Y no conozco que clase de relación tenían o que puede haberle prometido. Pero no está interesada en que hable, aparentemente, solo quiere desahogarse.

—Nunca te creí —continúa— cuando me decías que íbamos a fugarnos a un lugar caliente, lejos de aquí y de esta gente tan fría. Sabía que no me decías la verdad, pero no me importaba, solo quería escuchártelo decir.

Se detiene, esperando que diga algo. Titubeo.

—Verás, Anastasia...

Me interrumpe.

—¿Anastasia?! ¿Ya no soy más tu ‘Any’? ¿O tienes miedo? —me mira en forma acusadora—. Tienes miedo de que cuando confiese diga lo que sé sobre ti, ¿verdad?, que se enteren de que miserable clase de persona eres.

Su elaborada fortaleza parece derrumbarse; se sienta y toma su cabeza entre sus manos. Sé que esta mujer frente a mí es una criminal que ha ordenado la muerte de personas inocentes. Pero no puedo evitar el sentir pena por ella.

—No tienes que preocuparte, Ricardo. Nunca hablaré o diré nada malo de ti, y sabes que te digo la verdad. Cuando ordené a

Dimitry que te matara fue lo más doloroso que he hecho en mi vida. Pero te odiaba, y no estaba dispuesta a perder todo por tu culpa.

Permanezco callado. Quien sabe qué clase de conjeturas e ideas se han formado en la torturada mente de esta persona.

—Eres un tonto, Ricardo. Estaba dispuesta a darte millones, solo por tenerte cerca. No me hubiera importado que te vieras de vez en cuando con esas mujeres sin cerebro que andan tras de ti, como esa ramera con la que te juntaste aquí.

El dolor que siente brota de su piel. Trato de tomarle una mano pero la retira.

—Ahora vete, Ricardo. Solo quería verte antes de que me encerraran. Me han dicho que la prisión es Suecia es una de las más civilizadas del mundo. Y puedo aguantarla, sabes que soy fuerte. En unos días, hasta los guardias tratarán de congraciarse conmigo. No sé cómo hacer que la gente me adore, pero sí sé cómo lograr que me tengan miedo —pausa por un momento y me mira a los ojos—. Y ahora vete; adiós, Ricardo.

No creo haber conocido una persona más fuerte. Anastasia está por ir a la cárcel por muchos años y no ha perdido una gota de su determinación. Golpeo en la puerta y, abrumado por la escena que acabo de vivir, espero a que el marino la abra.

Cuando regreso al puesto de comando, Greta y Anderson están charlando con el capitán y el primer oficial. Greta me mira sorprendida.

—¿Qué te ha pasado? ¡Estás pálido, parece que has visto un fantasma!

Busco un lugar tranquilo y me quedo callado. No vale la pena explicar lo sucedido.

Las cosas más increíbles pasan cuando uno menos las espera.

El pueblo de Alltärsvitt está revuelto y todo el mundo, excitado, habla de los últimos acontecimientos. A pesar del intenso frío, cuando terminó la batalla entre los mercenarios rusos

y los marinos, todo Alltärvitt salió a la calle a festejar el final de la familia que por codicia había estado a punto de eliminar la única riqueza natural del pueblo.

La presencia del Cutter de la marina había atraído a todos al puerto y la nave estaba rodeada por una multitud de curiosos.

Eggerson había asumido la autoridad y él y sus hombres, con la ayuda de voluntarios, trataban de aliviar la confusión y mantener el orden.

Alltärvitt se había despojado de su manto de congoja y mostraba que era un pueblo como todos. Familias con niños encendían hogueras en las calles e invitaban a los marinos a compartir comidas de pescado, cocinadas allí mismo.

El restaurante estaba repleto de oficiales y marinos del Cutter y de mujeres jóvenes que trataban de fotografiarse con los marinos. Ebba y Helga, mis dos amigas meseras, extasiadas, disfrutaban del asedio continuo de los galantes jóvenes en uniforme.

Greta, Anderson y yo estamos cenando en un rincón, alejados de la conmoción. Los acontecimientos han eliminado las barreras impuestas por formalidades del trabajo y somos tres amigos reviviendo las increíbles experiencias del día.

Anderson le está pidiendo a Greta que le relate una vez más como ha salvado mi vida, cuando un marino se presenta frente a nuestra mesa, saluda formalmente a Anderson e intercambia con él unas palabras en Sueco.

Greta, que ha entendido la conversación, me dice:

—Algo ha sucedido. El capitán dice que necesita vernos inmediatamente.

Quince minutos más tarde, volvemos a abordar el buque y un oficial nos conduce a la oficina del capitán.

—Uno de los prisioneros ha escapado, —nos dice, con evidente frustración.

—¿Quién ha sido? —pregunta Anderson.

—Es la mujer.

—¿Anastasia ha escapado? —exclama Greta—. ¿Cómo ha sucedido?

—Todavía no lo sabemos; el marino que estaba de guardia fue herido y está en la enfermería. Estaba por ir a interrogarlo cuando ustedes llegaron.

Unos minutos más tarde entramos los cuatro en la enfermería del buque.

Al entrar, dos marinos armados se cuadran y saludan al capitán. En una de las camillas está acostado un hombre con la cabeza parcialmente vendada. Junto a él hay un médico y un enfermero.

Lo que sucede a continuación nos sorprende a todos.

El capitán se aproxima a la camilla, el médico y el enfermero se apartan y lo saludan. El herido trata de incorporarse pero el capitán le apoya la mano en el hombro, diciéndole:

—Quédese acostado, marino, no trate de levantarse. Dígame nomás lo que sucedió.

El herido, haciendo un esfuerzo, le explica:

—Estaba de guardia junto a la puerta y el hombre se aproximó. Me saludó muy cortésmente y me dijo que tenía autorización para hablar con la prisionera. Tomé mi llave y cuando me di vuelta para abrir la puerta el hombre me dio un golpe en la cabeza que me hizo caer casi desvanecido.

—No entiendo, marino, ¿El hombre le mostró alguna autorización?

—No, capitán; pero era el mismo hombre que usted autorizó a ver a la prisionera unas horas antes. Entiendo que era uno de los agentes...

En ese momento, Greta y yo nos arrimamos a la camilla. El hombre se interrumpe, me mira con ojos espantados y, haciendo un esfuerzo, me señala, gritando:

—¡Es él, ese es el hombre que me golpeó, vi muy bien su cara!

Todos se dan vuelta y me miran por un momento.

Anderson reacciona y dice:

—Eso no tiene sentido, el agente Hammer ha estado con nosotros desde que dejamos el buque.

El herido continúa gritando:

—¡Es él, estoy seguro! Cuando me desvanecía vi que en la mano tenía una especie de martillo; con él me había golpeado.

El doctor nos aparta de la camilla y le habla al capitán:

—El marino ha recibido un golpe muy fuerte en la cabeza. Tiene una herida abierta y es probable que no sepa lo que dice. Aunque tiene razón en algo: la herida tiene la marca de haber sido hecha con un martillo, o una herramienta parecida.

Greta, Anderson y yo nos miramos. Sabemos lo que ha sucedido, pero no podemos explicárselo al capitán ni a nadie más.

El capitán se aproxima a mí y se disculpa, explicando que se trata de un error justificado, dada la condición del herido. Le digo que no tiene importancia, pero en mi mente hay solo un nombre: *Ricardo*.

—Voy a enviar varios grupos de búsqueda, pero dudo que los encuentren—dice el capitán, frustrado—. Todo sucedió hace más de una hora y con la confusión es probable que hayan dejado el pueblo desapercibidos. Voy a enviar cables a las autoridades de los pueblos cercanos, alertándoles y describiendo a los fugitivos. Tarde o temprano los vamos a encontrar.

Se vuelve hacia nosotros.

—Lamento haber interrumpido su cena. Lo sucedido es casi inexplicable. Conozco al marino que estaba de guardia. Es uno de mis mejores hombres, no entiendo cómo puede haber cometido un error así.

Greta, Anderson, y yo, no volvemos al restaurante del hotel. El pueblo sigue alborotado y después de caminar un rato encontramos un lugar tranquilo en la parte trasera de un pequeño café.

—Bueno, dice Greta. Los tres sabemos lo sucedido. Pero lo siento por el capitán y por el marino herido, nunca van a saber la

verdad. Me alegro de que no haya habido cámaras de vigilancia —me dice—. En este momento estarías detenido y las explicaciones nunca serían suficientes.

—Esto es lo más raro que he visto en mi vida —dice Anderson, mirándome—. Tu hermano debe ser idéntico a ti, de otra manera el marino hubiera sospechado. Y debe ser un criminal muy astuto; quien sabe desde cuando nos ha estado observando.

—Así es —le digo—, y su amante Anastasia debe tener suficiente fondos escondidos para que él haya decidido arriesgarse de esta manera para rescatarla.

—Quizás ha sido por amor —dice Greta—. Después de todo sabemos que eran amantes. Y hay que reconocer que Anastasia, es una mujer única.

Ha pasado una semana. Bajo la pálida luz del norte, el Palacio Real de Suecia se eleva sobre Estocolmo, imponente, como una colosal nave de piedra, anclada al borde de la vieja ciudad. Sus vastas fachadas—severas, simétricas, inflexibles—parecen talladas por el propio invierno. Los muros de arenisca, desgastados por siglos de viento del Báltico, brillan tenuemente dorados, como si guardaran el recuerdo de un sol ya desvanecido. Muy arriba, los tejados de cobre, cubiertos de verde moho por el tiempo, forman una corona de metal forjado a fuego. En el medio de la fachada, soportadas por grandes columnas corintias, una línea de estatuas de guerreros y otras figuras místicas se eleva vigilante, monumentales guardianes de la Corona.

A las seis de la tarde, frente a una de las puertas posteriores, se detiene un automóvil Rolls-Royce. Un guardia en uniforme azul, luciendo un casco de metal con incrustaciones doradas, abre la puerta. Desciendo del automóvil junto con un grupo que incluye, Greta, Anderson, el director general de Säpo Henderson Wilks, y un secretario de su majestad, el rey Carl Gustaf de Suecia.

Pasamos las enormes puertas y el secretario nos conduce dentro de una sala iluminada por enormes candelabros de cristal, con el piso completamente cubierto por una alfombra roja. Un par de altas ventanas arqueadas, cubiertas con pesadas cortinas de brocado, dejan entrar destellos de luz boreal.

El secretario nos pide que esperemos por un momento. Greta y Anderson me explican que los suecos adoran las ceremonias reales y ésta tiene que ver con el suceso de nuestra misión. Quiero preguntarle cuando voy a poder volver a Dallas, que es por ahora lo único que me interesa, pero nuestra conversación es interrumpida por la alta voz de un guardia que anuncia que alguien importante está por entrar.

Un instante después, la puerta se abre y entra un hombre anciano, vestido en un frac, con una gran medalla colgada de una cinta roja que cruza su pecho. Camina apoyado en un bastón, seguido por dos secretarias extremadamente jóvenes y atractivas.

El secretario me explica que es el conde de Bergum, Fiscal General de la Corona y representante personal de su majestad.

El anciano se detiene frente a nosotros y en turnos nos estrecha la mano, hablando en sueco. Mis acompañantes le agradecen sus palabras con inclinaciones de cabeza. Luego, el conde recita un corto discurso que el secretario me traduce como un elogio a nuestro coraje y nuestra dedicación. Cuando concluye su discurso, una de las secretarias le alcanza un estuche. Greta se adelanta, me indica que haga lo mismo y el anciano nos entrega un pergamino enrollado, atado con una cinta azul.

Una vez que hemos vuelto a nuestro lugar, el director general de Säpo Henderson Wilks se adelanta. El conde, con palabras efusivas, toma del estuche una medalla y se la coloca. Me doy cuenta de la ironía del asunto, Greta y yo arriesgamos nuestras vidas y el director de Säpo se lleva una medalla. Vive y aprende.

El anciano nos vuelve a saludar; las secretarias me miran con curiosidad, probablemente preguntándose quien soy, y los tres se retiran. La ceremonia ha concluido. Como es de costumbre en

estas ceremonias de entidades secretas, no ha habido reporteros ni fotos.

El director de Săpo se retira en el Rolls y Greta y Anderson me invitan a caminar hasta un Pub cercano.

—Vamos a tener nuestra propia ceremonia —me dicen, y acepto encantado.

El Pub está repleto y tenemos que hablar fuerte para escucharnos. A pasado media hora desde que llegamos y media docena de vasos vacíos descansa sobre la mesa. El alcohol ha eliminado las inhibiciones y la conversación se ha vuelto completamente espontánea. Pido otra ronda y cuando llega, levanto mi vaso y exclamo:

—¡Brindo por la puntería de Greta, la más acertada y la agente más seductora que he conocido en mi vida!

Todos reímos; Greta me dice:

—Te voy a extrañar. Eres como un pequeño cachorro que hay que andar cuidando.

—¡Cuidado! También puedo morder.

—Me tientas —me contesta sonriendo—, y creo que me encantaría. Pero me parece mejor que esperes a ver a tu querida Rosie. Se que la extrañas, te he oído mencionar su nombre de noche. Nuestro breve encuentro fue debido a causas mayores, mejor que quede solo como un recuerdo.

Anderson dice.

—Esta conversación se está poniendo interesante y lamento interrumpirla. Pero quiero preguntarle algo a Ricardo mientras todavía pueda hablar con alguna coherencia.

—¡Adelante, jefe, pregunte!

Anderson habla, arrastrando sus palabras.

—Tu jefe, el agente especial Santoro, me ha dicho que en realidad eres un dentista, que no has sido entrenado como agente de campo. Pero estoy pensando que ha mentido para que no trate de contratarte. Dime la verdad.

—Santoro te ha dicho la verdad, Anderson. En realidad soy un cirujano dentista y no, no estoy interesado en seguir trabajando como agente.

Greta me toma una mano y me dice:

—¿Ni siquiera si trabajamos juntos? En esta misión, todavía no te conocía. Pero si me das la oportunidad, creo que puedo hacer que nuestra próxima misión te resulte muy interesante.

Entiendo lo que Greta sugiere, y es la más tentadora oferta de trabajo que he recibido en mi vida. Trabajo con ‘extra beneficios’, podría llamarse. Pero me niego, en estos últimos días, la imagen de Rosie ha vuelto seguido a mi mente. No me extrañaría que desde tan lejos me estuviera enviando vibraciones.

Me despidió de mis amigos por última vez, no sin sentir un dejo de pena. Greta me ha salvado la vida dos veces, favores así no se olvidan fácilmente.

Cuando llego al hotel, me dan un mensaje diciendo que debo llamar a un teléfono. Reconozco el número, es el de Santoro, mi amigo y mi jefe durante mi trabajo con el FBI.

Es la una de la mañana en Suecia, son las siete de la tarde en Washington. Lo llamo.

—Ricardo —me dice—, Anderson me ha contado el éxito de tu misión. Y, aparentemente, has estado bien acompañado.

Me da la impresión de que estos ejecutivos a veces semejan viejas chismosas. Santoro continúa.

—Y sé que te has vuelto a meter en un lio y que tu amiga debió salvarte. ¿Cuándo vas a aprender a tener cuidado? ¡Te manejas en tu profesión de agente como si estuvieras vendiendo helados! No siempre va a haber mujeres corriendo en tu ayuda...

A Santoro le encanta divertirse conmigo, pero debo aguantarlo. Le pregunto:

—¿Terminaste de hincharme las bolas?

—No todavía, pero supongo que me llamaste para que te saque del frío.

—Así es. Estoy tratando de conseguir pasajes a Dallas, pero todos los vuelos directos están llenos. ¿Puedes hacer que el FBI me consiga uno? No quiero pasarme quince horas en un avión.

—¡Ah... mi querido amigo, puedo hacer algo mejor! Déjame ver mis notas —Santoro deja la línea y vuelve en unos minutos.

—Tienes más suerte de la que mereces. Mañana a las doce del mediodía un jet del FBI te va a recoger en Estocolmo, en el sector privado del aeropuerto. Vas a volar derecho a Dallas.

Estoy sorprendido, por fin, buenas noticias.

—Te lo agradezco Santoro. ¿Cómo lo has conseguido?

—La verdad es que no es obra mía. Le has hecho un gran favor al FBI cuando accediste a ayudar a la gente de Säpo y, nada menos que el director general, ha cedido su jet personal para que te traigan de vuelta. Y hay todavía algo más: el jet está equipado para viajes nocturnos, con una recámara completa. Si quieres, vas a poder dormir todo el viaje.

Casi no puedo creerlo. Pero lo entiendo. Debe ser mi recompensa por hacer que casi me maten dos veces. Pienso en llamar a Rosie, pero decido no hacerlo, le voy a dar una sorpresa.

El día siguiente, al mediodía, un automóvil conducido por un agente de Säpo me deja en el salón privado del aeropuerto.

Me siento bien; más que ello: estoy exuberante, no puedo dejar de sonreír. Pero la sorpresa más grande está por venir. Quince minutos más tarde, el mismo agente viene a informarme que el jet está listo para ser abordado. El hombre toma mi maleta y lo sigo, ni siquiera me han revisado el pasaporte. Cuando salgo del edificio, veo que el espléndido Gulfstream está estacionado en la pista, con sus dos turbinas en marcha. Camino hacia él y en un momento me detengo. Es imposible, no puede ser. En lo alto de la escalinata, recortada en la luz dorada del mediodía, me espera Rosie, sonriendo.

Siento que el mundo ha decidido detenerse por unos segundos alrededor de su figura. Es la misma de siempre: una belleza que no necesita adornos, elegante, natural, segura.

En un momento la tengo en mis brazos, ni siquiera recuerdo trepar la escalinata. Rosie me da un beso que no quiero que termine. Cuando nos separamos, sonriendo me dice:

—Debes agradecerse a tu amigo Santoro. Se ha congradado conmigo; según él, no quiere que use mi magia y lo convierta en un conejo.

Los dos nos reímos, pero en un momento Rosie me mira con una expresión que me hace pensar que está utilizando sus talentos de brujería.

—Algo me dice que has tenido una aventura que me hace sospechar —vuelve a sonreír—. Pero hablaremos de eso más tarde. El jet tiene una recámara, tenemos seis horas para recuperar el tiempo perdido. Vamos, entremos al avión.

Subimos al avión. Una azafata nos dice que estamos listos para despegar, que nos sentemos y ajustemos los cinturones.

En respuesta, Rosie me toma de la mano, me lleva a la recámara y cierra la puerta.

Fin



Jorge Morel es un ingeniero radicado en Chicago.

Jorge vivió durante 25 años en Europa y Asia, y escribió sobre sus experiencias en el libro "*7 años en Japón, India e Indonesia*", publicado en español.

Otra obra de no ficción es el libro "*La seducción comienza cuando la mujer dice 'no'*".

Sus trabajos de novela negra, publicados en inglés y español, incluyen:

"Dos criaturas inocentes",

"Flora, la mujer de los cuchillos",

"El Guardabosques"

"El sastre y la niña del pendiente de perlas"

"Venganza"

"Gina"

"La mujer del faro"

"El hombre sin memoria"

email: jorgemorel@hotmail.com

